
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00647052 0





HISTORIA DE LOS VASCOS

en el descubrimiento, conquista y civilización de América

HISTORIA DE LOS VASCOS
EN EL DESCUBRIMIENTO,
CONQUISTA Y CIVILIZACIÓN
DE AMÉRICA

SEGUNDO DE ISPIZUA

TOMO I

IMPRENTA
JOSÉ A. DE LERCHUNDI
LEDESMA, 10. - BILBAO
1914



A las Diputaciones de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava.

El Autor.

PRÓLOGO

Creo necesarias dos palabras para explicar las causas que han motivado la aparición del presente trabajo.

Esta obra se escribió con ocasión de un certamen abierto por el «Círculo de Estudios Vascos», organismo anejo a la Juventud Vasca de Bilbao, ofreciendo un premio de cinco mil pesetas al mejor trabajo sobre la HISTORIA DE LOS VASCOS EN EL DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA Y CIVILIZACIÓN DE AMÉRICA. Caso de otorgarse el premio, la propiedad del libro sería de la entidad promotora del certamen. Una de las condiciones del concurso decía: «Los trabajos deberán exceder de 300 páginas en 8.º».

Dudé mucho antes de dar comienzo a la labor. He residido durante largos años en América, consagrado a las tareas del periodismo, lo que hacía que me fuera en parte conocida la historia del origen o formación de aquellas nacionalidades, su topografía, algo de sus razas primitivas y el cúmulo inmenso de dificultades de todo género con que debieron luchar aquellos héroes y aventureros que sometieron tan vastos, apartados, y, por su grandiosidad, indescriptibles territorios, a la Corona de

Castilla, en el breve tiempo de cosa de medio siglo. No hay hazaña igual a ésta, en los anales del mundo.

Conocía, digo, en parte, la historia del descubrimiento y la conquista de América; pero, para escribirla, hube de dedicarme a consultar bibliotecas, en cuya labor invertí cuatro meses, al término de cuyo tiempo, resolví apechugarme con el trabajo. Una vez emprendido éste, me encontré con que ni yo ni los libros que consultaba conocían la historia de América. Apelé a las fuentes y a *todos los autores contemporáneos que pude* hallar, y fuí *rehaciendo* la historia. Debido a mis anteriores conocimientos e informes, pedí libros y colecciones de documentos publicados en América, para lo cual hallé amigos que me prestaron su generosa ayuda. En fin, que dedicando al trabajo largas vigilias, sin desatender por ello a mis obligaciones, pude dar cima a la empresa en el breve espacio de nueve meses, sin contar los cuatro invertidos en reunir notas. Para tener una idea del esfuerzo que tuve que desplegar, basta saber que hago un bosquejo o esbozo de toda la historia americana referente al *descubrimiento, conquista y colonización;* y que en este esbozo o labor común, incluyo la labor de los vascos de las tres provincias, Vizcaya, Guipúzcoa y Alava. Esto, como se ve, no podía encerrarse en un tomito de 300 páginas en 8.º

La obra ha estado bajo el estudio de jurados durante el increíble tiempo de un año y ocho o nueve meses. Los jurados han sido tres: dos de ellos fallaron que se me dieran dos mil pesetas y la propiedad de la obra a medias con la Juventud Vasca. No sé lo que dictami-

naría el tercer jurado. El hecho es que me han otorgado mil quinientas pesetas, y a más quinientas para ser impresa, quedando la *propiedad* mía. El fallo no me disgustó, pues se salvaba la propiedad. De rebajárseme del premio una sola peseta, perdiendo la propiedad, no hubiera aceptado el dictamen, pues creo que las labores intelectuales, tan penosas a veces o más que las labores manuales y en las que se consumen esfuerzos largos y sostenidos, son tan dignas de remuneración como los trabajos materiales más ínfimos, que, parece mentira, resultan no pocas veces mejor retribuídos.

Y ahí tienes, lector, la historia de esta HISTORIA DE LOS VASCOS EN EL DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA Y CIVILIZACIÓN DE AMÉRICA.

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

CRISTOBAL COLON

I. La vida de Colón.—No ha sido estudiada bajo su aspecto íntimo.—¿Qué le impulsó al descubrimiento de América?—Escritores antiguos y modernos.—Estado del problema.—II. Las cartas de Toscanelli.—Fuerza de las ideas geográficas en tiempo de Colón.—¿Fueron éstas las que le decidieron?—Una autoridad en contra.—III. Los escritos de Colón.—Su vida está en ellos.—Misión providencial que se arroga.—Recogía con avidez lo que le contaban los marineros.—IV. Sus ideas geográficas.—Afán con que guardaba los secretos.—Conclusión.

I

Entre los casi innumerables historias que se han escrito sobre Cristóbal Colón, no hemos encontrado una en que se estudie a fondo la vida del celebrado marino, tan rica en episodios. Se conoce, en trazos generales, lo que se llama vida de Colón, sus peregrinaciones

y penalidades, sus amarguras y desengaños, la constancia inquebrantable de su ánimo, sus navegaciones a través del Atlántico, siendo, histórica u oficialmente, el primero que lo exploró, dando a conocer al resto del mundo, la existencia de un nuevo e ignorado hemisferio y las tierras en él ocultas hasta entonces. Pero nadie se ha consagrado aún, a indagar y escudriñar el alma, rara y compleja, del ilustre navegante; a seguir paso a paso sus pensamientos y las fluctuaciones y dudas de su espíritu, sus fantasías, sus sueños, sus delirios... Porque Colón fué un gran crédulo y un soñador extraordinario. Tal vez estribó en esto la fuerza de su genio. Vivió toda su vida soñando, y acabó soñando sus días. Soñó haber llegado a las tierras del Catay y de Cipango, situadas en el Asia oriental por los geógrafos y viajeros de la época, y alimentó este sueño durante largos años de su existencia, sin darse cuenta de que en realidad eran otros los territorios a que había arribado en las frágiles carabelas. Cuando en los primeros tiempos del descubrimiento, la miseria y el hambre rodeaban a los desventurados descubridores y expedicionarios en las prolíficas tierras americanas, y la mayoría de ellos, decepcionados, volvíanse mustios a la Península, él soñaba con inesperados tesoros y fantásticas riquezas, merced a los cuales podrían los cristianos arrebatar del poder de los turcos otomanos la ciudad de Jerusalén y el Santo Monte de Sión, tema o asunto de otro de sus hermosos sueños.

No es nuestro objeto, por no serlo el de este trabajo, hacer un estudio de lo que fué Colón íntimamente considerado; pero no será inútil lo que a este respecto di-

gamos con el propósito de aclarar un punto importantísimo de su vida: aquel que se refiere a los móviles que le impulsaron a acometer la empresa por entonces reputada por loca, de descubrir las tierras orientales del continente asiático por la ruta de Occidente. Los escritores modernos, en general, alegan que fué una razón científica—la esfericidad de la Tierra—, lo que inclinó totalmente su ánimo para lanzarse a la temeraria empresa. Los historiadores antiguos, incluso los contemporáneos a él o casi contemporáneos, dan mayor importancia a los indicios materiales que tuvo el ilustre navegante acerca de la existencia de otras tierras al Occidente de Europa, indicios adquiridos por diferentes conductos. Muchos de ellos, de peso y autoridad, refieren además una extraña historia: la de un navegante o piloto, recogido por Colón en su casa, quien le comunicó la noticia de la existencia del Nuevo Mundo.

Qué fé merezca esta especie, quién y de dónde podría ser este navegante, son los puntos que en primer término nos proponemos esclarecer.

II

En el broncineo carácter de Colón, resalta de un modo poderoso una condición soberana: su inquebrantable tesón, su firmeza de voluntad, su perseverancia a través de toda clase de obstáculos para llegar a un fin y caminar hacia el logro de sus aspiraciones. Este sello del temple de su espíritu, nótase en todos los momentos de su vida, en todas las situaciones y circunstan-

cias; pero de una manera especial desde que concibió el proyecto de llegar a las desconocidas regiones de la India. Dieciocho años antes de que pudiera realizarlo, ya lo acariciaba su fantasía y era el objeto fijo y constante de su acerada voluntad. «Veo, le escribía el famoso cosmógrafo florentino Toscanelli, en carta de 25 de junio de 1474, el noble y grande deseo vuestro, de querer pasar a donde nacen las especerías, por lo cual, en respuesta de vuestra carta, os envío la copia de otra, que escribí algunos días ha a un amigo mío, doméstico del Serenísimo Rey de Portugal...»

En ésta y otra carta de Toscanelli se ha querido ver la razón decisiva que impulsó a Colón en su empresa. Para los historiadores modernos, familiarizados con la idea de la redondez de la Tierra, el argumento es concluyente, no tiene réplica. Sin embargo, a los historiadores coetáneos a Colón no les hacía tanta mella como a los de nuestro tiempo, un razonamiento al parecer tan sencillo y tan lógico. ¿Por qué? Porque lo que a nosotros se nos presenta como cosa trivial y sencilla, no debió serlo tanto tal vez para ellos Desde la infancia nos familiarizamos hoy con las ideas geográficas corrientes en el día; vemos constantemente en los mapas y en otras representaciones gráficas, la figura de nuestro *globo;* nos penetra este concepto hasta por el habla común; nos lo imbuyen desde la niñez; y pensamos equivocadamente que este género de conocimientos, que son al presente del dominio hasta del vulgo ignaro, debieron ser o eran en otras épocas, nociones tan claras, tan perspicuas y tan incontrovertibles como

en nuestro tiempo. La idea de la esfericidad de la Tierra, de este gigantesco globo sostenido sin apoyo en el espacio, y la existencia especialmente de los antípodas, hombres que caminaban con la cabeza para abajo, han sido doctrinas controvertibles en otras edades y aun rechazadas como absurdas por hombres de gran cultura. No atribuyamos igual poder a las ideas en todos los tiempos. Las ideas, como muchas otras cosas, antes de llegar a su plena madurez, pasan por períodos de gestaciones dolorosas. Medir al hombre antiguo por el moderno, es uno de los más graves prejuicios históricos, que conduce a muy lamentables errores.

Don Hernando Colón, en la *Historia del Almirante,* su padre, trae otra carta de Toscanelli, que dice así: «Recibí vuestra carta con todo lo que me habéis enviado, de que quedo muy obligado: alabo vuestro designio de navegar a Occidente: y estoy persuadido a que habréis visto por mi carta que el viaje que deseais emprender no es tan difícil como se piensa; antes al contrario, la derrota es segura por los parages que he señalado. Quedaríais *persuadido* ENTERAMENTE si hubiérais comunicado, como yo, con muchas personas que han estado en estos países—del Asia Oriental—... Por lo cual y otras muchas cosas que podrían decirse, no me admiro tengáis tan gran corazón como toda la Nación Portuguesa, en que siempre ha habido hombres señalados en todas empresas».

Las palabras marcadas en el texto dan a indicar que Colón no se hallaba «enteramente persuadido», por lo que a Toscanelli le decía en su carta, de la posibilidad

de llegar a las partes orientales del Asia por el camino de Occidente. La prueba no aparece, pues, decisiva.

Fray Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias,* se ocupa extensamente de los motivos de toda especie que a Colón le impulsaron a efectuar el descubrimiento. Enumera entre estos móviles las autoridades de los escritores antiguos, las razones científicas basadas en la esfericidad de la Tierra, de las que no estaba, al parecer, enteramente convencido el Almirante, como luego se verá; las opiniones de los cosmógrafos y navegantes de aquel tiempo y época anterior, y los indicios materiales que se poseían para sospechar que hubiese tierras o islas al Occidente de Europa. Alude, por último, a la historia del oscuro navegante que fué lanzado por los temporales a tierras ignotas ultramarinas, siendo a su vuelta a Europa recogido en su casa por Colón, y escribe, con relación a este hecho, lo siguiente: «Esto —lo del piloto recogido por Colón—es lo que se dijo y tuvo por opinión, y lo que entre nosotros, los de aquel tiempo y en aquellos días comúnmente, como ya dije, se platicaba y tenía por cierto, y lo que, *eficazmente,* movió —a efectuar el descubrimiento—, *como a cosa no dudosa,* a Cristóbal Colón». En opinión de este discutido escritor, tanto las razones especulativas, como las autoridades de los antiguos y los indicios materiales, todo hizo fuerza en el ánimo del Almirante para que acometiese la hazañosa empresa.

Otro historiador casi coetáneo niega de una manera categórica que fuesen razones de un orden científico

las que le movieron a Colón a poner en práctica su proyecto. Este historiador es el Inca Garcilaso, quien al referirnos esto, se apoya en lo que oyó contar a su padre, que perteneció a la Corte de los Reyes de España, y a otros, compañeros suyos, que trataron a los descubridores y conquistadores de América. «Por su sola imaginación de cosmografía, escribe Garcilaso, no pudo prometer—Colón—tanto y tan certificado como prometió, ni salir tan presto con la empresa del descubrimiento», si no fuera por el secreto de que llegó a adueñarse.

III

¿Qué nos cuenta, por su parte, el mismo Cristóbal Colón? ¿Cuáles eran sus ideas geográficas? ¿Puede sacarse alguna luz a este respecto de sus numerosos escritos, que corren hoy coleccionados, ofreciendo un hermoso asunto para estudiar un espíritu tan interesante, tan complejo, de tan variados matices, tan grande y tan... extraño a la vez?

En 1501 compuso Colón un tratado al que se le llama *El libro de las profecías*: es un libro místico, en el que a sí mismo se atribuye una misión providencial. Para él, el descubrimiento de América estaba anunciado en los Libros Santos y aun lo predijo un escritor latino. Se inmortaliza y se diviniza casi a sí mismo. Colón nunca pecó de modesto, a pesar de su humildad cristiana. No reconoce otro igual, menos superior... Pero oigámosle a él:

«De muy pequeña edad entré en la mar navegando, e lo he continuado fasta hoy... Ya pasan de cuarenta años que yo voy en este uso. Todo lo que fasta hoy se navega, todo lo he navegado. Trato y conversación he tenido con gente sabia, eclesiásticos y seglares, latinos y griegos, judíos y moros, y con otros muchos de otras setas.

«...En la marinería me fizo abundoso—el Señor—; de astrología me dió lo que abastaba, y ansí de geometría y arismética; y engenio en el ánima y manos para dibujar esferas, y en ellas las cibdades, ríos, montañas, islas y puertos, todo en su propio sitio.

«En este tiempo he yo visto y puesto estudio en ver de todas escrituras, cosmografía, historias, corónicas y filosofía y de otras artes, ansí que me abrió Nuestro Señor el entendimiento, con mano palpable, *a que era hacedero navegar de aquí a las Indias*, y me abrió la voluntad para la ejecución dello; y con este fuego vine a V. A...

«Todas las ciencias de que dije arriba non me aprovecharon ni las autoridades dellas; en sólo V. A.—se dirige a los Reyes Católicos—, quedó la fe y constancia; ¿quién duda que esta lumbre no fué del Espíritu Santo, *ansí como de mí?*

«...Siete años pasé aquí, en su real Corte, disputando el caso con tantas personas de tanta autoridad y sabios en todas artes, y en fin concluyeron que todo era vano, y se desistieron con esto de ello».

¿Qué se deduce de lo que nos cuenta el propio Colón? Que tuvo trato con toda clase de gente marinera,

que el proyecto que constantemente le preocupaba lo discutió con personas de su profesión y aun de otras, que estudió el asunto en libros y cosmografías, y que todo ello le convenció que «era hacedero navegar de aquí a las Indias», dejando entrever en estas palabras que influyeron más en su resolución las razones científicas que las de otra especie. Pero aun cuando fuera más cierto lo contrario, es decir, que la noticia de la existencia del Nuevo Mundo la obtuvo por otros medios, no es presumible que lo diera a conocer, dado el extraordinario concepto que de su propio valer tenía el ilustre navegante y el afán con que en todas las circunstancias de su vida guardaba los secretos que le interesaban, jactándose con harta frecuencia de ello y declarando a los demás incapaces de saber y hacer lo que él sabía o hacía.

Hay dos escritores coetáneos y de la patria de Colón que aseguran que éste se consultaba con los marinos de la época y recogía con sumo cuidado las noticias que le comunicaban sobre la existencia de tierras lejanas. Uno de ellos es Antonio Gallo, que vivía en 1499, y escribió sobre el primer viaje de Colón un buen comentario que publicó Muratori; es el otro Fray Agustín Justiniani, religioso dominico y obispo de Nevio, Córcega, que resumió la vida del Almirante en una exposición sobre los salmos que imprimió en Génova en 1510. Al comentar las palabras del Salmo XVIII, *et in fines orbis terrae verba eorum*, «y sus palabras llegarán hasta los confines de la Tierra», dice que Colón se alababa frecuentemente de ser él el suje-

to escogido por Dios para el cumplimiento de lo anunciado en cste salmo.

No sólo en los Libros Santos, aun en las letras profanas halló Colón vaticinios que anunciaban su extraordinaria hazaña de disipador de las brumas que ocultaban tras el turbulento Atlántico, las desconocidas regiones americanas. Él propio se aplica a sí los siguientes versos de Séneca en su *Medea,* famosos desde entonces:

Venient annis
Saecula seris, quibus Occeanus
Vinculas rerum laxet et ingens
Pateat tellus, Tiphisque novos
Detegat orbes, nec sit terris
Ultima Tille,

que los traduce en esta forma, pues conocía el idioma latino: «Vendrán los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar Océano aflojará los atamientos de las cosas y se abrirá una gran tierra; y un nuevo marinero, como aquel que fué guía de Jasón, que hobo nombre Tiphis, descubrirá nuevo mundo; ya entonces no será la isla Tille la postrera de la tierra».

En esta traducción, como en todos sus escritos, aparece el alma enfática de Colón.

IV

Respecto a las ideas geográficas del Almirante, el siguiente pasaje, tomado del diario de su tercera na-

vegación, es lo más significativo que sobre esta materia nos dejó escrito. Había, en este viaje, llegado, sin que lo sospechara, al litoral del continente americano, cerca de las bocas del río Orinoco, Venezuela. Como uno de los brazos de dicho río levantara su bajel sobre el nivel común de las aguas, así lo dice él, se entrega con tal liviano motivo a muy originales disquisiciones. Llevado de su fantasía, de su espíritu eminentemente soñador, coloca por allí el asiento del paraiso terrenal, pondera con sus acostumbradas hipérboles las excelencias de las tierras americanas y asegura que el paraje donde se encuentra es el más elevado de la Tierra, de modo que la figura de ésta no era perfectamente esférica, sino que tenía la forma de una pera o de una bola redonda con una protuberancia. Véanse sus palabras:

«Yo siempre leí que el mundo, tierra e agua, era esférico, e las autoridades e esperiencias que Tolomeo y todos los otros escribieron de este sitio, así por eclipses de luna y otras demostraciones que hacen de Oriente fasta Poniente, como de la observación del polo de Septentrión en Austro... Agora ví tanta disconformidad... y fallé que no era redondo en la forma que escriben: salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el pezón, que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda, y en su lugar della fuere como una teta de mujer allí puesta...»

En este pasaje da Colón, al parecer, como un hecho, la esfericidad de nuestro planeta: y aduce o hace refe-

rencia a las razones y experiencias que se alegaban en favor de esta tesis. De aquí deducen la generalidad de los escritores contemporáneos que Colón se fundó en una razón científica al acometer su grandiosa empresa. Pero existe otro documento posterior, en el cual, de manera clara y terminante, confiesa el descubridor del Nuevo Mundo que la redondez de la Tierra no era doctrina recibida en sus días como verdad científica incontestable y absoluta. En las *Cartas de Indias*, colección de documentos referentes a América, publicados por el ministerio de Fomento, página 7, se registra una carta de Colón a los Reyes Católicos, que lleva la fecha de 6 de febrero de 1502, y en la cual se lee: «Si reconozemos el mundo ser esférico, según el sentir de muchos scriptores que así lo afirman, o que la sciencia nos haga asentar otra cosa con su autoridad...» ¿No se ve claro en estas palabras que no existía convicción científica en Colón, ni la había en su época, acerca de la esfericidad de nuestro planeta? El testimonio parece decisivo.

. . . .

Colón guardaba con suma avidez los secretos que le interesaban. De vuelta de su primer viaje, asegura que nadie conoce la ruta del Nuevo Mundo, a pesar de que llevó peritísimos pilotos, como Juan de la Cosa o Juan Vizcaíno, Yáñez Pinzón, Peralonso Niño, etcétera, quienes *carteaban* a bordo y probaron más tarde de lo que eran capaces. En el cuarto viaje quitó a los *marineros* los planos y cartas que dibujaban para conservar él sólo el secreto del rumbo, declarando que la

travesía o ruta que había realizado no era conocida de nadie más que de él, habiendo meses antes recorrido las costas del Darién o Istmo de Panamá, en que acababa de tocar al finalizar su navegación, nuestro incomparable Juan de la Cosa.

Lo expuesto nos autoriza a deducir la conclusión de que Colón se llevó consigo a la tumba la causa verdadera que le impulsó a emprender el descubrimiento de América; y que, dado su carácter y la exagerada opinión que tenía acerca de su persona y del propio valer, no era posible que revelara a nadie el hecho de que llegó a conocimiento de la existencia de tierras ultramarinas debido a un oscuro navegante, cosa que nos toca dilucidar y será materia de otro capítulo.

CAPITULO II

¿QUIÉN DESCUBRIÓ LA AMÉRICA?

I. Una famosa frase de Gomara.—La historia del piloto que reveló a Colón la existencia del Nuevo Mundo.—Lo que dicen Las Casas y Hernando Colón.—Tradición recibida en tiempo de Colón y épocas posteriores.—Oviedo la reputa por novela.—II. ¿Era vasco el piloto que reveló a Colón la existencia de América?—Razones que abonan esta tesis.—III. Testimonios del Inca Garcilaso y del padre Acosta.—Se refuta a Oviedo.—Lo que dicen Garibay y el P. Victoria.—Opinión de Feijoo y de Henao.—Autores contemporáneos.—Coincidencia entre Las Casas y un escritor norteamericano.—El piloto Andalouza.

I

No es el historiador Gomara el primero que recogió la especie o tradición del marino que fué arrrastrado hasta América por los temporales, siendo, más tarde, al regreso, recogido por Colón en su casa; pero bien

merece ser citado el primero por lo significativo de sus palabras, que son éstas:

«No os admiréis de nuestra ignorancia, *pues no sabemos quién*, de poco acá, halló las Indias, que tan señalada y nueva cosa es».

Gomara publicó su historia el año 1535, fué capellán de Hernán Cortés, conoció al famoso navegante Sebastián Caboto y trató a varios descubridores y conquistadores de América. En las palabras trascritas, expone un estado de la opinión de su tiempo, una especie recogida por varios de los historiadores coetáneos, *una tradición corriente* por entonces en España y América y aun en la propia Corte de los Reyes, no entre el vulgo, como afirma Oviedo, de que Colón llegó a conocer la existencia de las Indias por noticias comunicadas por un oscuro navegante. Véanse los detalles con que refiere el hecho en el capítulo que titula así: *El descubrimiento primero de las Indias.*

«Navegando una carabela por nuestro mar Océano, tuvo tan forzoso viento de levante y tan contínuo, que fué a parar en tierra no sabida ni puesta en el mapa o carta de marear. Volvió de allí en muchos más días que fué; y cuando acá llegó, no traía más de al piloto y a otros tres o cuatro marineros, que, como venían enfermos de hambre y de trabajo, se murieron dentro de poco tiempo en el puerto. He aquí cómo se descubrieron las Indias por desdicha del que primero las vió, pues acabó la vida sin gozar de ellas y sin dejar, a lo menos sin haber memoria de cómo se llamaba, ni de dónde era, ni qué año las halló...

«Unos hacen andaluz a este piloto, que trataba en Canarias y en la Madera cuando le aconteció aquella larga y mortal navegación; otros *vizcaino*—vasco—, que contrataba en Inglaterra y Francia; y otros portugués, que iba o venía de la Mina o India... Concuerdan todos en que falleció aquel piloto en casa de Cristóbal Colón, en cuyo poder quedaron las scripturas de la carabela y la relación de todo aquel luengo viaje, con la marca y altura de las tierras nuevamente vistas y halladas».

Pero debemos iniciar estas averiguaciones acudiendo ante todo a los escritores coetáneos a Colón, a ser posible a los que le conocieron y trataron. Uno de éstos es el Padre Fray Bartolomé de Las Casas, quien refiere que tuvo a la vista unos libros de memorias escritos por Cristóbal Colón, en los cuales, ocupándose de los indicios que había tenido de tierras al Occidente por varios pilotos y marineros portugueses y españoles, cita entre otros a un Pedro de Velasco, vecino de Palos, que le afirmó, en el monasterio de la Rábida, que había partido de Fayal y andado ciento cincuenta leguas por el mar, descubriendo a la vuelta la isla de Flores; *a un marinero tuerto,* que hallándose en el Puerto de Santa María, y a otro gallego, que estando en Murcia, le hablaron *de un viaje que habian hecho a Irlanda,* y que desviados de su derrota navegaron tanto al Noroeste, que avistaron una tierra que imaginaron ser la Tartaria y era Terranova o la isla de los Bacallaos. Añade Las Casas que los primeros que fueron a descubrir y poblar la isla Española, hoy Haití

y Santo Domingo, a qnienes él trató, oyeron a los naturales que pocos años antes habían aportado por allí otros hombres blancos y barbudos como ellos.

Don Hernando Colón, por cuyas venas corría sangre vasca, hijo de Cristóbal Colón, en la ***Historia del Almirante de la India,*** se ocupa extensamente de las razones que tuvo su padre para lanzarse por el Occidente a buscar las costas orientales del Asia. Entre estas razones, la primera y más importante la hace estribar en la esfericidad de la Tierra, opinión de la que supone se hallaba convencidísimo el descubridor del Nuevo Mundo. Con tal motivo, hace gala de la erudición que poseía, para demostrar lo factible del proyecto. Aduce asimismo con este objeto las dos cartas del cosmógrafo Toscanelli de que hemos hecho ya mención.

Era don Hernando Colón persona de buen entendimiento y muy versada en materia de náutica y cosmografía, y para elevar, como es natural, el mérito de su padre, se esfuerza en probar con copia de erudición que las razones más poderosas que le indujeron fueron las científicas. Pero esta alegación más parece hecha después que por los resultados llegaron a ser decisivas las conclusiones que supone, no que fueran tales en el ánimo de su ilustre progenitor.

Pero sin negar, antes reconociendo, el peso de los argumentos que expone Hernando Colón, no deja por ello de admitir la existencia de un navegante que llegó a América antes que su padre y con quien tuvo ocasión de hablar. En efecto, después de referirnos lo del

marinero de Palos, Pedro Velasco, quien habiendo partido de la Isla Fayal y navegado ciento cincuenta leguas al Occidente descubrió la isla Flores, siguiendo a unos pájaros que volvían a ella, lo que acaeció cuarenta años antes que Colón partiese al Nuevo Mundo, agrega: «Otro piloto le contó en el Puerto de Santa María, que haciendo *viaje a Irlanda,* vió una tierra, que tuvo por parte de Tartaria, que daba vuelta al Occidente, e sería la que aora llaman de Bacallaos, adonde no pudo llegar por el mal tiempo».

Estas dos autoridades, la de Hernando Colón y la Las Casas, coinciden perfectamente en todos los detalles, como que ambos bebieron la noticia en la misma fuente, en los escritos de Colón. Un navegante, *viajando a Irlanda*, avistó una tierra que imaginó ser la Tartaria. Aquello otro, de que dicha tierra, que el navegante imaginó ser la Tartaria—el Asia—, fuese la Tierra de los Bacallaos o Terranova, es de la cosecha de Las Casas y de Hernando Colón, porque cuando éstos escribieron, era conocida ya, *oficialmente*, Terranova, no en la época en que se supone realizado el hecho.

Ahora bien: ¿quién o de dónde podía ser el marino arrojado a las supuestas tierras de Tartaria y en realidad a las de América? El hecho de que el bajel en que viajaba llevara la ruta de Irlanda, ¿no autoriza para sostener como la hipótesis más verosímil que fuese vasco? Para ello nos fundamos en que la navegación de los mares del Norte de España, especialmente con las Islas Británicas, estaba monopolizada por los vas-

cos y los buques de estas provincias, hasta el punto de que la marina de nuestras costas sostuvo largas y empeñadas luchas con la marina británica durante el siglo XV. Nuestros barcos visitaban las costas de las tierras septentrionales, manteniendo con ellas un activísimo comercio. ¿Qué tiene, pues, de extraño que fuese vasca la nave que, viajando a Irlanda, fué arrojada a la América Septentrional?

A la historia de este oscuro navegante debe referirse Gomara cuando por noticias recogidas de la tradición de su tiempo, da respecto de él y de su viaje por vez primera, los detalles que arriba quedan copiados. Sólo hay un historiador contemporáneo que considera la especie como novelesca y no digna de crédito, porque en su concepto era aceptada únicamente por el vulgo, lo cual no es exacto. Debemos trascribir la manera cómo este historiador, que es Oviedo, relata los hechos, porque de su contexto se desprende que la carabela perdida y llevada por las tempestades a América no podía ser otra que una nave vasca, si se tiene en cuenta que, por aquel tiempo, el comercio de vinos y bastimentos, entre España e Inglaterra e Irlanda, se efectuaba, tal vez exclusivamente, por los puertos de nuestra costa, especialmente por los de Guipúzcoa.

Dice Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias,* escrita en la isla Santo Domingo, entonces la Española: «Quieren decir algunos que una caravela que desde España pasaba *para Inglaterra,* cargada de mercancías y bastimentos, assí como vinos e otras co-

sas que para aquella isla se suelen cargar—de que ella caresce o tiene falta—, acaesció que le sobrevinieron tales e tan forzosos tiempos e tan contrarios, que ovo de necesidad de correr al poniente tantos días, que resconoció una o más islas destas partes e Indias; e salió en tierra, e vido gente desnuda de la manera que acá hay, y que cessados los vientos—que contra su voluntad acá le truxeron—, tomó agua y leña para volver a su primer camino. Dicen más: que la mayor parte de la carga que este navío traía eran bastimentos e cosas de comer e vinos; y que assí tuvieron con qué se sostener en tan largo viaje e trabajo; que después le hizo tiempo a su propósito y tornó a dar la vuelta, e tan favorable navegación le subcedió, que volvió a Europa, e fué a Portugal. Pero como el viaje fuese tan largo y enojoso, y en especial a los que de tanto temor e peligros forzados le hicieron, por presta que fuese su navegación, les duraría quatro o cinco meses—o por ventura más—en venir acá e volver a donde he dicho. Y en este tiempo se murió quasi toda la gente del navio, e no volvieron en Portugal sino el piloto, con tres o quatro o algunos más de los marineros, e todos ellos tan dolientes, que en breves días después de llegados, murieron.

«Dícese junto con esto que este piloto era muy amigo de Christóbal Colom, y que entendía alguna cosa de las alturas, y marcó aquella tierra que halló de la forma que es dicho, y en mucho secreto dió parte de ello a Colom, e le rogó que le hiciera una carta y assentase en ella aquella tierra que había visto. Dícese

que él le recogió en su casa, como amigo, y le hizo curar, porque también venía muy enfermo; pero que también murió como los otros, e que assí quedó informado Colom de la tierra e navegación de estas partes, y en él sólo se resumió este secreto. Unos dicen que este maestre o piloto era andaluz; otros le hacen portugués; otros *vizcaíno;* otros dicen que Colom estaba entonces en la isla de la Madera, e otros quieren decir que en las de Cabo Verde, y que allí aportó la caravela que he dicho, y él ovo por esta forma noticia desta tierra. Que esto passase assí o no, ninguno con verdad lo puede afirmar; pero *aquesta novela* assí anda por el mundo entre la *vulgar gente* de la manera que es dicho. Para mí yo la tengo por falsa, e como dice el Agustino: *Melius est dubitare de occultis, quam litigare de incertis:* mejor es dubdar en lo que no sabemos, que porfiar lo que no está determinado».

Por los testimonios que más adelante se trascriben se verá que no tiene base la afirmación de Oviedo de que la historia del piloto recogido por Colón sólo fuese recibida «entre la vulgar gente». Lo interesante por ahora para nosotros es conjeturar por las autoridades copiadas, cuál podía ser la nacionalidad del oscuro navegante. Gomara dice que se le creía por unos andaluz y navegaba a Canarias y Madera, por otros vasco y que traficaba con Inglaterra, por otros portugués, que viajaba al Africa Occidental. Este, como los demás historiadores, hacen depender su nacionalidad de la ruta o navegación del barco, en lo cual no parece que andan desacertados. Según este modo de pensar,

la nave extraviada, conforme con la opinión de la mayoría, navegaba por los mares del Norte, a Inglaterra o Irlanda—¡quién sabe si a Terranova!—debiendo ser, por tanto, como más probable, vasca.

Así, según el bien documentado Padre Las Casas y el hijo del propio Almirante, que aluden siempre a memorias que se conservaban escritas por Colón, un marinero que viajaba la travesía de Irlanda, refirió a éste el hecho de ser arrojado a las lejanas costas de la América Septentrional; y agrega el famoso Obispo de Chiapa, que en Santo Domingo corría la especie de que en época anterior aportaron a aquella isla hombres blancos y barbudos. Oviedo, por su parte, a pesar de no dar crédito a la tradición y no obstante relatarla con toda fidelidad, cuenta que la nave extraviada navegaba con bastimentos, sobre todo vinos, para Inglaterra. haciéndole al piloto andaluz, vasco o portugués.

No parece, pues, aventurado el afirmar, que si la supuesta carabela navegaba en los mares del Norte, según la opinión más generalmente recibida, debía ser vasca y vasco su piloto. ¿Es, además, descabellado el suponer que la voz *andaluz,* empleada en este caso por los que trasmitieron la tradición oral, antes de ser recogida por los historiadores, no sea corrupción de algún apellido vasco? Ya se indicará algo al respecto.

II

El Inca Garcilaso, que escribió su historia el año 1560, recoge también la tradición, oida a su padre, que

sirvió a los Reyes Católicos, y trató a los contemporáneos de los primeros descubridores y conquistadores. No corría, pues, la novela sólo entre la gente vulgar. *Cómo se descubrió el Nuevo Mundo,* titula Garcilaso el capítulo en que, en los términos conocidos, narra la aventura del oscuro piloto, agregando que se llamaba éste Alonso Sánchez de Huelva, *nombre que suena por primera vez unido a este episodio.* Apunta que estas cosas las oyó en su tierra, Perú, a su padre y a los contemporáneos de éste, «que en aquellos tiempos la mayor y más ordinaria conversación que tenían era repetir las cosas más hazañosas y notables que en sus conquistas habían acaescido»; pues «como alcanzaron a muchos de los primeros descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo, hubieron dellos la entera relación de semejantes cosas, y yo la oí a mis mayores—aunque como muchacho—con poca atención».

Trae luego la autoridad del Padre Acosta, que también escribió con anterioridad en el Perú, quien dice: «Que los primeros moradores blancos vinieron a las Indias por un acaso y por fuerza de tormentas; y sucedió así cuando aquel marinero, *cuyo nombre aun no sabemos,* para que negocio tan grande no se atribuya a otro autor que a Dios, dejó por paga del buen hospedaje a Colón la noticia de cosa tan grande».

Más arriba, en el capítulo anterior, se ha trascrito el respetabilísimo testimonio de Las Casas, quien, como se vió, asegura que lo del viaje del piloto a tierras occidentales desconocidas, era asunto que «en aquel tiempo y por aquellos días, se comentaba, se platicaba y *se tenía por cierto*».

Debemos hacer notar que Las Casas, al escribir su *Historia de las Indias* en los últimos años de su larga vida, conocía los escritos de Oviedo, que relega la especie a la categoría de novela, trató a Cristóbal Colón y a su hermano Bartolomé Colón, y poseía numerosos libros y manuscritos de estos dos navegantes.

El guipuzcoano Garibay escribió su *Compendio historial de España* el año 1586. Pudo, por tanto, alcanzar casi a los contemporáneos de Colón. Por otra parte, como historiógrafo de los Reyes de Castilla, es natural que tuviese facilidades para consultar toda clase de documentos. Pues Garibay afirma, en primer término, que la carabela mandada por el desconocido piloto era vizcaína. «Siendo Cristóbal Colón, son sus palabras, hombre avisado y práctico en la arte de navegación, y viniendo de hazer cartas de navegar, casó en la isla de la Madera, adonde una nao *Vizcaína*—vasca—, o según otros Andaluza o Portuguesa, avía los años pasados aportado, aviendo con tormentas y tiempos contrarios descubierto parte de las tierras, que agora decimos Indias Occidentales o Nuevo Mundo». Merece de paso ser conocida la descripción que del carácter y de la persona de Colón hace este historiador guipuzcoano: «Fué, dice, gran sufridor de trabajos, *duro* de condición, *muy enojadizo,* de buena estatura, y grandes miembros, y la color bermeja, llena de pecas, y cariluenga».

Fernández Duro, en su libro *Colón y la Historia póstuma,* trae una cita de la obra del P. Juan de la Victoria, manuscrito existente en la Real Academia de

la Historia, que dice así: «Este año de 1488, Cristóbal Colón, italiano, natural de Cuguy o Nervi, aldea de Génova, marinero, habiendo casado en la isla de la Madera y aportado allí y a su casa del puerto una nao *vizcaína* muy derrotada, que había sido con temporal arrojada a las islas de las Indias Occidentales y muertos en su casa el piloto y cuatro marineros de puro molidos y entendido dellos el descubrimiento que habían hecho y cogido sus papeles, vino a tratar con el rey Don Juan II de Portugal, etc.»

El ilustre Feijoo, a pesar de ser gallego, tiene por vasco al piloto recogido por Colón. Además, apunta el nombre. «Sabido es, escribe, que el primer origen del descubrimiento de las Indias Occidentales, hecho a fines del siglo décimo quinto, se debió a una tempestad, que arrojó azia aquellas partes al piloto *Vizcaíno Andalouza,* el qual, muriendo después en los brazos del famoso Colón, le pagó la caridad del hospedaje con la noticia bien reglada de aquel hallazgo».

El hecho de llamarse Andalouza el piloto vasco, corrupción sin duda de algún apellido euskérico, ¿no autoriza a pensar que por la semejanza de sonido entre Andalouza y Andaluz se le supusiera por algunos oriundo de las provincias meridionales de la Península al héroe de este oscuro episodio histórico?

Para reforzar la tradición constante desde la época del descubrimiento de América, aduzcamos lo que trae el P. Henao: «El conocimiento del Nuevo Mundo se debe a una nao *vizcaína,* que dió noticias de las Indias Occidentales al argonauta cristiano Cristóbal Co-

lón, estando en la isla de Madera. Así lo publican Gonzálo Fernández de Oviedo (1) y Esteban de Garibay, quien sabía bien cuán competida era esta gloria; y así añade que otros hacían aquella nao andaluza o portuguesa».

Los escritores modernos se refieren a lo que dejamos trascrito respecto al desconocido navegante. Pero hay uno entre éstos, el norteamericano Potlewayt, citado por Fernández Duro, quien rotundamente afirma, *apoyado en testimonios de muchos cosmógrafos,* que un vizcaíno que habitaba en Terranova comunicó a Colón la existencia del Nuevo Continente, especie sobre la que podrían aducirse algunas razones.

Este escritor americano, que conoce el Canadá y Terranova y ha sostenido con brillante argumentación el descubrimiento de aquella isla por los vascos, coincide con la opinión respetabilísima del P. Las Casas y de Hernando Colón, quienes, como se ha visto, aseguran que un buque que navegaba para Irlanda fué lanzado por las tempestades a lejanos territorios, que creyeron ser los de Tartaria, en Asia, y eran Terranova, de donde volvió a las costas europeas; aludiendo el primero a la existencia de una tradición conservada en Santo Domingo entre los indios, de haber llegado allí, antes de Colón, hombres blancos con barbas.

---

(1) Hemos visto que Oviedo tiene el hecho por novelesco. El Padre Henao no supo leerle.

CAPITULO III

LOS VASCOS EN EL PRIMER VIAJE DE COLÓN (1492)

I. Los buques que llevó Colón.—La «Santa María», nave capitana, vasca.—Su propietario fué en ella.—Pruebas.—Juan de La Cosa o Juan Vizcaíno.—II. ¿Cómo se conocieron La Cosa y Colón?—Juiciosa observación de Reclús.—III. Los vascos en el primer viaje.—Lo eran gran parte o la mayoría de la nave capitana.

I

No le bastó a Colón esperar dieciocho años por lo menos, once fuera de España y siete en la Península, para poner en ejecución su grandioso proyecto. Aun después de firmadas, el 17 de abril de 1492. en la villa de Santa Fe de la Vega de Granada, las célebres capitulaciones por las que se le hacía «Almirante, Visorrey y Gobernador General de todas las islas y tierras-firmes que por su mano e industria se ganasen en el mar Océano», tuvo que luchar su genio con otras dificultades, las de la falta de naves y de gente con que tripularlas.

Los vecinos de Palos, de donde salió la histórica

expedición, estaban obligados por sentencia del Consejo de Castilla a facilitar navíos para la comisión que llevaba el novel Almirante. Esto, en términos llanos y corrientes, significaba un embargo del Fisco, cosa que con lamentable frecuencia practicaban los Reyes de Castilla en las costas del litoral vasco una vez que llegaron a llamarse Reyes de Guipúzcoa y Señores del Condado de Vizcaya.

«Pero los de la villa de Palos, escribe Colón en el diario de su primer viaje, no cumplieron con el Rey y la Reina lo que le habían prometido, dar navíos convenientes para aquella jornada». En este conflicto, halló Colón a dos hombres, mejor dicho, a tres: a los hermanos Pinzón y a Juan Vizcaíno o Juan de La Cosa, este último muy poco sonado en la historia de estos memorabilísimos acontecimientos y cuya colaboración fué tan eficaz como la de los dos célebres hermanos.

Colón llevaba muy ventajosas proposiciones caso de que tuviera éxito la empresa, y es lógico suponer que interesaría en el negocio a esos personajes, en especial a nuestro Juan Vizcaíno, que arriesgaba nave propia en la expedición. Fueron tres los navíos o carabelas: la velera *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*, esta última capitana, en que nuestro paisano iba de maestre o patrón.

En el pleito que D. Diego Colón, muerto su padre, promovió contra el Fisco, en defensa de sus prerrogativas, a su parecer mermadas por la Corona, hay varios testigos que deponen que Cristóbal Colón ofreció a Martín Alonso Pinzón la mitad de lo que ganase caso

de facilitarle navíos, pues llevaba dos meses en Palos sin hallar barcos en que comenzar su atrevida empresa. Y si esta oferta hizo a los Pinzones, sin cuya ayuda y prestigio no hubiera hallado naves ni marineros, es de suponer que haría parecidas proposiciones a Juan de La Cosa, cuya autoridad de experto navegante contribuiría asimismo a alentar a la gente que tomó parte en el viaje. Estas circunstancias dan a conocer que la colaboración de los Reyes Católicos en esta empresa no fué tan grande ni tan eficaz como se cree y se elogia, a pesar de que aquellos nautas inmortales, los Pinzones y nuestro Juan de la Cosa, jugaban hacienda y vida en la jornada, en provecho de los soberanos.

Endebles e insignificantes eran las históricas carabelas que se lanzaron a cruzar el Océano. La mayor de ellas, la *Santa María,* construída sin duda en playas vascas, con la madera de sus montañas y por obreros vascos, era, según observaciones de Fernández Duro, próximamente de treinta y cuatro codos de quilla, cuarenta y uno de eslora, doce de manga, seis de puntal y de ciento veinte a ciento treinta toneladas. No pasaban de cien las otras.

Los tres navíos conducían, al decir de Hernando Colón, Las Casas y Herrera, noventa tripulantes; según Oviedo, ciento veinte. En esta diversidad de cifras, tenemos por más segura la que los primeros apuntan, ya porque Las Casas, Colón y Herrera escribieron sus historias basados en papeles auténticos que en su poder tenían, ya también porque los informes de Oviedo,

al decir de Las Casas, fueron suministrados, desde luego fundándose en simples recuerdos o en informes no inmediatos, por marineros y gente de esta laya, uno de ellos un tal Hernán Pérez. Ya el Padre Las Casas, en su tiempo, restaba autoridad a mucho de lo que Oviedo cuenta.

Labayru supone que la *Santa María* fué nave gallega o construída en Galicia. La llama asimismo la *Gallega,* denominación empleada únicamente por Oviedo. Los documentos e historiadores de la época la llaman la *Santa María.* Como Labayru, para los asuntos americanos, sólo leyó a Oviedo, escritor parcial y apasionado, de aquí las lamentables equivocaciones en que incurre, según se verá más adelante. Nosotros creemos que la *Santa María* fué nave construída en nuestras costas, porque el *capitán* era vasco, la mayoría de su *tripulación,* como se probará, *vasca;* navegaba entre las Vascongadas y Andalucía, y entre nosotros se construían los mejores navíos y los más baratos. ¿A qué íbamos a buscar afuera cuando lo que en casa teníamos era más barato y mejor?

Pero no son simples conjeturas las que autorizan a pensar así. En el juicio promovido contra Luis Colón, nieto del Almirante, por Juan Martín Pinzón, hijo del capitán de la *Pinta,* Martín Alonso Pinzón, afirma aquél, contestando a la pregunta duodécima del Fiscal acerca de los que tomaron parte en la histórica expedición y acerca de quién o de quiénes eran los navíos, lo siguiente: «Que vió ir al dicho Martín Alonso Pinzón—su padre—y a ciertos parientes y hermanos suyos

y amigos con el dicho Cristóbal Colón, a hacer el dicho descubrimiento, y que lo demás en la pregunta contenido no lo sabe. antes eran los navíos de *otras personas*, que *ni eran* de Martín Alonso Pinzón *ni* del dicho Cristóbal Colón, y que no se acuerda cómo se llamaban dichas personas». Un Hernán Pérez Mateos, el mismo de quien, al decir de Las Casas, se enteró Oviedo de las noticias acerca del descubrimiento del Nuevo Mundo, residente en Santo Domingo, llamado entonces la Española, de más de ochenta años, primo de Martín Alonso Pinzón, declara que la nave capitana se llamaba *Mari-galante*, «en el que venía el dicho Cristóbal Colón, y que los dichos navíos, el dicho Cristóbal Colón, *los fletó*, y que este testigo lo sabe porque se halló presente a todo». Hernando Colón, Las Casas, Herrera, Muñoz y otros historiadores, dan el nombre de *Santa María* al navío almirante; Cristóbal Colón, en una ocasión, y Pérez Mateos, según se ha visto más arriba, le llaman *Mari-galante*. Sólo Oviedo le denomina la *Gallega*. Estas diferencias provienen de que las naves en aquellos tiempos y aun en épocas posteriores tenían diversos nombres. *Mari-galante* pudo ser, por decirlo así, el nombre de guerra, a más del que solían llevar tomado de algún santo o advocación religiosa, práctica muy general entonces. Asienta Fernández Duro que la *Santa María* fué construída en la costa Norte de España; y como por otra parte se sabe que la *Santa María* o *Mari-galante*, nombre de sabor local vasco, navegaba entre las costas de Guipúzcoa, Vizcaya y las de Andalucía, antes que su propietario y

capitán lo fletara, hemos de suponer que con su dotación ordinaria, para la inmortal hazaña, es lógico deducir como cosa muy verosímil y casi segura, que fuese construída en nuestras costas, con la madera de nuestros bosques y por obreros vascos.

No queda género alguno de duda en que tomó parte en el primer viaje de Colón el renombrado piloto vasco Juan de la Cosa. Lo asegura así terminantemente una real cédula: «Fuísteis por *Maestre*—patrón o capitán en la acepción moderna—, de una nao *vuestra* a los mares de Occidente, donde en aquel viaje fueron descubiertas las tierras e Islas de las Indias, e vos *perdísteis* la dicha nao, e por vos lo remunerar e satisfacer, etc». Sabido es que la *Santa María* quedó encallada en las costas de Santo Domingo.

Escribe Las Casas que «Juan de la Cosa, vizcaíno, vino con el Almirante cuando descubrió esta isla», la de Santo Domingo, lo que ocurrió en el primer viaje. Y en la segunda parte de su discutida *Historia de las Indias,* casi repite lo mismo al afirmar que Bastidas se concertó para una expedición a las costas de la actual Colombia e Istmo de Panamá, «con Juan de la Cosa, vizcaíno, que era por entonces el mejor piloto que para aquellos mares había, por haber andado en *todos* los viajes que hizo el Almitante», y, por consiguiente, en el primero.

Consta asimismo por declaración de varios testigos en el pleito promovido por D. Diego Colón, que Juan de la Cosa estuvo en este primer viaje de descubrimiento. En efecto, Bernando de Ibarra declara que fué el Almirante el primero que descubrió las Indias y el continente o tie-

rra firme, «pues nunca supo ni oyó decir que otro viniese ni había venido a descubrirlos primero que el Almirante, como se quejaba de Juan de la Cosa, diciendo que porque le había traido consigo a estas partes por la *primera vez,* y porque hombre hábil él, le había enseñado el arte de navegar, andaba diciendo que sabía más que él...»

De esta preciosa declaración de Ibarra, afecto en el pleito a los intereses de la familia Colón, se desprenden dos conclusiones: Primera, que Juan Vizcaíno, como declara otro testigo, trabajaba con el Almirante en hacer las cartas de navegar y en «encaminar las derrotas»; Segunda, que hombre hábil Vizcaíno, despertó celos de parte de Colón, pues presumía saber más que éste, presunción que no está injustificada ante la historia. Lo inadmisible en la declaración de Ibarra es que Colón le enseñara el arte de navegar, pues La Cosa era hábil marino anteriormente.

Otro testigo declara que fueron con el Almirante, en el primer viaje, Hojeda—lo cual no es exacto—, Juan de la Cosa, Pero Alonso Niño y varios otros, de Palos.

II

¿Cómo o de qué manera llegaron a conocerse Cristóbal Colón y Juan Vizcaíno? Punto histórico es éste muy difícil de esclarecer. Se sabe que Juan de la Cosa navegaba entre las costas de Guipúzcoa y del Condado y Señorío de Vizcaya y las de Andalucía. También se reconoce que llegó a visitar las costas de Guinea, en el África Occidental, pues examinando su famoso mapamundi se ven anotados en él detalles de las mencionadas costas que no se en-

cuentran en las cartas de navegar portuguesas de aquel tiempo. La Cosa, desde esta primera expedición de Colón, continuó navegando en el resto de su vida para América. Luego sus viajes al Africa los debió realizar con anterioridad a este encuentro con Colón. Luego no era un novicio en el arte de navegar como lo prueba su repetido mapamundi.

El descubridor de América declara, por otra parte, en varios de sus escritos, que durante su larga vida habia visitado todos los mares conocidos. «Yo he andado veintitrés años en la mar—en otra ocasión dice que cuarenta—, sin salir de ella tiempo que se haya de contar, que vi todo el Levante y Poniente, que dice por ir el camino del Septentrión, que es Inglaterra, y he andado la Guinea». No tiene, pues, nada de extraño que se conocieran con anterioridad los dos insignes nautas.

Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto y comprobado es que Juan Vizcaíno facilitó a Colón su navío, que fué en éste de patrón y piloto, y que ayudaba al Almirante en los trabajos náuticos que efectuó durante sus dos primeros viajes de descubrimiento. Véase, por tanto, que si la gloria de Colón en este acontecimiento geográfico, el más memorable que recuerdan los siglos, fué grande, no debe escatimarse la parte que en él les cupo a los que tuvieron fé en la empresa, facilitaron los medios materiales para llevarla a cabo y corrieron iguales aventuras.

«Una tendencia natural del espíritu humano, observa el geógrafo Reclús, hablando de la empresa colombina, ha llevado a numerosos escritores a atribuir excesivamente el mérito del descubrimiento al genio audaz de

Colón, genio de primer orden... Con todo, la parte principalísima que ese hombre tomó en los progresos de su tiempo, no autorizaba para glorificarle a costa de tantos otros colaboradores... Entre los navegantes de aquel tiempo se podía citar a algunos, tal vez iguales a Colón en sabiduría, y a él superiores en desinterés. Pero en la obra colectiva del progreso, consciente o inconscientemente, contribuyen millares de hombres, y entre ellos hay siempre uno en quien cabe la suerte de aparecer en el momento favorable para realizar el acontecimiento decisivo». Estas palabras, en gran parte, parecen escritas para nuestro ilustre compatriota.

III

De otros vascos que se hallaron en esta navegación, se han publicado hasta hoy muy pocas noticias. Sólo se ha sabido de dos: el uno, Pedro de Bilbao, de Larrabezúa; el otro, Domingo de Bermeo, natural del puerto del mismo nombre. Pero nosotros hemos averiguado, pues la noticia, hasta la fecha, no hemos visto publicada en ninguna historia sobre estos memorables sucesos, que la mayor parte de los que componían la tripulación de la nave vasca *Santa María,* propiedad de un vasco y que llevaba capitán vasco, eran de las provincias vascas, de la *misma tierra de donde era* el célebre nauta y geógrafo Juan de La Cosa o Juan Vizcaíno. Estos nuestros compatriotas perecieron, por desgracia, en la colonia Navidad, establecida por Colón en la isla Santo Domingo, a consecuencia de haberse

encallado en sus costas la nave *Santa María,* de lo que, por su importancia, nos ocuparemos en capítulo aparte.

El vasco que sobrevivió a la expedición fué el mencionado Pedro de Bilbao, cuyo nombre aparece en el pleito sostenido por el hijo de Cristóbal Colón en defensa de las concesiones otorgadas por los Reyes Católicos a su padre y descendencia. Declara Bilbao a favor de los Colones y fué el autor de una especie que ha sido recogida con avidez por los historiadores extranjeros con el fin de elevar el mérito del Almirante en detrimento de los que mandaban el resto de la escuadra o figuraban en ella. Dijo Pedro de Bilbao que «oyó decir muchas veces que algunos pilotos y marineros querían volverse, si no fuera por el Almirante, que les prometía dones y les rogaba esperasen dos o tres días, y que antes del término ser cumplido, descubrieron tierra».

Respecto a esta especie de que Bilbao se hace eco, habría mucho que decir. Los adictos a Colón, que lo eran en general los vascos, y los historiadores de igual parcialidad, su hijo Hernando Colón y Las Casas, se ocupan con extensión de las murmuraciones que durante el viaje se tetían a bordo de los navios, del disgusto nacido de tan larga y aventurada navegación y aun apuntan ciertos principios o síntomas de insubordinación. Hernando Colón refiere además que hasta se pensó en arrojar al mar al Almirante, hecho que se explicaría diciendo que cayó él estando observando las estrellas. Los de la parcialidad de los Pinzones, como Oviedo, que pone en duda todo esto

de las sediciones, y varios de los testigos que declaran en el pleito promovido contra el nieto del Almirante, aseguran por el contrario que fué Colón el que quiso tornar, oponiéndose a ello abiertamente Martín Alonso Pinzón. En nuestro sentir creemos que hay exageración de parte de unos y otros, porque de haber tomado las cosas tanta gravedad como se supone, ya lo hubiera pregonado el propio Colón en alguno de sus numerosos escritos, porque era hombre que no callaba sus méritos y servicios, menos sus trabajos. Lo que sí debemos hacer constar es que según el relato de Las Casas, el descontento, al parecer, se propagó sólo en las carabelas *Pinta* y *Niña*, mandadas por los Pinzones, y no en la *Santa María*, tripulada en parte por marineros vascos, donde iba el Almirante y que llevaba por capitán a un vasco. De todos modos, no dejó de haber diferencias entre Pinzón, el comandante de la *Pinta*, y el jefe de la escuadrilla, pues ese navío llegó, en cierto modo, a salir de la obediencia de Colón, hallándose los buques en Santo Domingo, de lo que sí se lamenta el Almirante en su diario.

CAPITULO IV

JUAN DE LA COSA Y LA TRIPULACIÓN DE SU BARCO

I. Comiénzase a demostrar el gran número de vascos que le acompañaron a Colón.—La vizcainía de Juan de La Cosa. —Lo que dice Labayrù.—Juicios inexactos.—Sus errores históricos —II. Primera demostración de la vizcainía de Juan de La Cosa.—Testimonio de Colón.—Naufragio de la «Santa María».—«Todos o los más eran de su tierra».—III. Testimonios de Hernando Colón, Las Casas y Herrera, en confirmación de lo anterior.—Un documento apócrifo.—IV. Más pruebas de que La Cosa era vasco.—Autoridad de Las Casas —Citas de Herrera.—Opinión general entre los contemporáneos.—V. Se refuta la opinión contraria.—Lo que dice Fernández Duro.—VI. Los escritores montañeses.—No aducen ninguna prueba en favor de su tesis.

I

Queda demostrado que Juan de La Cosa o Juan Viz-

caíno acompañó a Colón en el primer viaje, en navío propio, el cual, según documentos que existen en el archivo de Simancas y a los que hace referencia el competente escritor en materia de historia de la marina española en los pasados siglos, Fernández Duro, navegaba entre las costas vascas y las andaluzas. ¿De dónde eran sus tripulantes? En nuestra opinión, fundada en testimonios solidísimos, la mayoría de los que tripulaban la nave capitana que llevó Colón al Nuevo Mundo, se componía de vascos. Como esta cuestión está en parte íntimamente enlazada con la nacionalidad de Juan de La Cosa, es decir, con la cuestión de si este ilustre cartógrafo era o no vasco, es necesario tratar de ambos puntos a la vez.

El historiador Labayru, en su *Historia general de Bizkaya,* sufre con frecuencia ciertas debilidades en su conciencia histórica que le hacen fluctuar sobre muchas cosas. Así al tratar del descubrimiento de Terranova por los vascos, claudica en sus convicciones ante el hallazgo de un documento en que se dice por los Reyes a Juan de Agramonte, que efectuó un viaje a aquellas regiones por los años 1511, que contrate pilotos bretones o de otras partes «que hubiesen estado allí»; y este documento le hace apartar de la opinión general de que los vascos conocían la isla de los Bacallaos antes que Agramonte, que Cortereal y que los Cabotos. Otro tanto le ocurre al ocuparse de si La Cosa era o no vasco

Comienza Labayru conjeturando acerca de los vascos que acompañaron a Colón en el primer viaje, y escribe que en la información hecha a bordo de la *Niña,* persua-

dido Colón de que Cuba era tierra firme, depusieron Juan de España, vizcaíno, y Gonzalo Vizcaíno, grumete, y otro Juan Vizcaíno, etc.

En esto, Labayru padece un grave error: la información de si Cuba era o no continente, no se hizo en el primer viaje, en 1492, sino en el segundo, que fué el año 1494, en cuya ocasión se hallaba asimismo a bordo de la nave capitana nuestro Juan de La Cosa.

«Al mismo Juan de la Cosa, prosigue Labayru, marinero de la *Niña*—fué de maestre en la *Santa María*—y maestro de hacer cartas, se le llamó vizcaíno, por considerársele natural del Señorío, en su Encartación, aunque avecindado en el Puerto de Santa María. Que este último marino y maestro de hacer cartas haya sido vizcaíno no es fácil de demostrar, por más que en Portugalete y otros lugares de la Encartación, así como en Bilbao, haya habido familias de tal apellido». Cita luego la autoridad de Lope García de Salazar para deducir que el apellido La Cosa es originario de Santoña, lo que no es óbice para que haya existido, según el propio Labayru, en las Encartaciones y aun en Bilbao. Agrega luego que bien pudiera ser que de alguno de este linaje, por traslado a Somorrostro o Portugalete, venga el Juan de la Cosa, vizcaíno, avencidado en el puerto de Palos (?); «pero que no hay pruebas ciertas de su naturaleza encartada, por lo que sería ligero e insubsistente recabar para Vizcaya, el haber producido a este hombre arriesgado y que tanto figuró a fines del siglo XV y principios del XVI, aunque después la vanidad (?) y la codicia deslustraron su vida».

Labayru no estudió con acierto esta parte importantísi-

ma de la historia del descubrimiento, como se ve por el hecho de confundir los dos viajes de Colón, el primero, que fué el año 1492, con el segundo, en que ordenó que se hiciese una información acerca de si Cuba era o no continente. En este segundo viaje, la nave capitana se llamaba *La Niña*, homónima de aquella otra que tomó parte en la expedición primera y que mandaba Alonso Yáñez Pinzón. En la primera ocasión, la capitana era la *Santa María*, de propiedad de La Cosa y tripulada en su mayoría por marineros vascos como pasamos a demostrarlo.

II

En la víspera de Navidad de 1492, hallábase Colón en la isla Española, llamada por los indígenas Bohío, hoy Santo Domingo, y determinó continuar sus descubrimientos, pues habiendo viento o no haciendo tormenta, tenía costumbre de no parar en ninguna parte, para descubrir mayor número de tierras. Mas dejemos hablar al propio Colón, quien nos dará un indicio clarísimo, una clave segura, acerca de qué tierra era su maestre Juan de la Cosa.

«Navegando ayer, 24 de diciembre, se lee en el diario extractado por Las Casas, con poco viento, desde la mar de Santo Tomé--bahía de Acul--hasta la Punta Santa, como a las once de la noche, acordó echarse a dormir, porque hacía dos días y una noche que no había dormido. Como era calma, el marinero que gobernaba la nao acordó irse a dormir, y dejó el gobernario a un grumete, lo que siempre había prohibido el Almirante... Como habían visto

acostar y reposar al Almirante y veían que era calma muerta y la mar como una escudilla, todos se acostaron a dormir y quedó el gobernalle en la mano de aquel muchacho; y las aguas que corrían, llevaron la nao sobre uno de aquellos bancos, los cuales, puesto que fuese de noche, sonaban que de una legua se oyeran o vieran, y fué tan mansamente que casi no se sentían. El mozo, que sintió el gobernalle y oyó el sonido de la mar, dió voces, a las cuales salió el Almirante. Luego el *Maestre* de la nao, de cuya era la guardia, salió, y díjoles el Almirante a él y a los otros, que halasen el batel que traían por la popa, y ***él***, con *otros muchos*, saltaron al batel; y pensaba el Almirante que hacían lo que les había mandado. Ellos no curaron si no de huir a la carabela—la *Pinta*—que estaba a barlovento media legua».

Este episodio relata Hernando Colón en los mismos términos, pues lo copia con iguales o parecidas palabras del diario de su padre, y son éstas: «Salió luego el *patrón* de ella—de la nave, Juan Vizcaino—, a quien tocaba la guardia, a quien dijo y a los *demás marineros,* que entrasen en el batel, que iba fuera del navío, echando un áncora por la popa: al instante se echaron, y creyendo yo que iban a hacer lo que les mandaba, bajaron, huyendo hacia la otra carabela, que estaba media legua distante».

Es indispensable fijar con claridad los detalles de este accidente, para precisar bien, por lo que dirá el propio Colón y por otras noticias ciertas, de dónde eran los «demás marineros» o los «otros muchos» que, con el patrón, saltaron al bote o esquife, para huir a

la otra carabela. Y continuemos narrando los sucesos.

El accidente ocurrido a la capitana, trastornó los planes de Colón. Desistió del viaje emprendido y dió las órdenes del caso para poner a salvo los efectos del navío, en cuya tarea les auxiliaron eficazmente los indios. Con este motivo se vió obligado a permanecer en tierra y tuvo las primeras muestras de oro, en cantidad bastante considerable, de lo que Colón recibió «mucho placer y consolación y se le templó el angustia y pena que había recibido y tenía de la pérdida de la nao, y conoció que Nuestro Señor había hecho encallar allí la nao, para que hiciese allí asiento, y a esto vinieron tantas cosas a la mano, que verdaderamente no fué aquel desastre, salvo gran ventura».

Agrega Colón que de no encallar la nave, no pudiera dejar gente en aquella tierra, ni, aunque lo quisiera, la podría surtir de tan buen avío, ni de tantos pertrechos y mantenimientos. Ordenó, pues, que se hiciese una fortaleza, que fué la primera colonia establecida en las vírgenes tierras americanas, formada en parte considerable por vascos.

«Con los restos de la nave, continúa relatando Colón, tendrán tablas para hacer la fortaleza, se les dará mantenimientos de pan y vino para más de un año y simientes para sembrar, y la *barca* de la nao, y habrá un calafate y un carpintero y un lombardero y un tonelero... «Así es que todo es venido mucho a pelo para »que se faga este comienzo, pues como hubo calma al »encallar, no se perdió ningún efecto». Todo esto dice el Almirante, continúa narrando Las Casas, en el ex-

tracto del diario. «Y añade más, para mostrar que fué gran ventura y determinada voluntad de Dios que la nave allí se encallase, porque dejase allí gente, que si no fuera por la traición (?) del *maestre* y de la gente —marinera—, *que eran* TODOS O LOS MÁS *de su tierra*, de no querer echar el ancla por popa, para sacar la nao, como el Almirante *les* mandaba, la nao se salvara, y así no pudiera saberse de la tierra como se supo».

He ahí la prueba que hemos ofrecido: la gente, que al encallarse el barco, salió fuera de sus alojamientos con el *maestre;* la gente que no obedeció la orden de halar el bote o *barca* y se marchó a la otra carabela, esta gente era TODA o eran LOS MÁS de la tierra de Juan de La Cosa o Juan Vizcaíno, es decir, eran vascos. La deducción es rigurosamente lógica. Por tanto, el núcleo de los que formaron la colonia Navidad, primer asiento o población europea establecida en el Nuevo Mundo, estaba compuesto en gran parte por vascos.

Esta conclusión se robustece por la clase de personas que dejó el Almirante en la colonia: «Dejóles, se lee en el diario, la *barca* de la nao, por ser los más de ellos marineros, y había entre ellos un carpintero de naos y un calafate, y un buen lombardero que sabe hacer de ingenios—cañones—(1), y un tonelero y un físico y un sastre, y todos diz que hombres de mar».

(1) Los vascos construían en esta época buena artillería, como se verá al ocuparnos del descubrimiento del estrecho de Magallanes.

III

De que en el primer viaje de descubrimiento se hallaron numerosos vascos, cuyos nombres se ingnoran desgraciadamente, tenemos otras tres autoridades de gran peso que así lo afirman.

La colonia Navidad tuvo un triste fin. Se produjeron disensiones y rivalidades entre los colones, ora por asuntos de interés, ora por cuestión de mujeres, ora por antagonismos entre los jefes designados por Colón y aquellos rudos marineros no acostumbrados en tierra a la disciplina. Algunas de estas causas menciona el autorizadísimo historiador Herrera, terminando el relato con las siguientes palabras: «De lo sobredicho y de diversas relaciones que por otras vías se supieron, se entendió que fué verdad que hubo división entre aquellos christianos y que la causaron LOS VIZCAÍNOS» (vascos). Herrera es uno de los historiadores de América que goza de gran reputación y crédito. Escribió su obra en 1596, por orden de Felipe II, quien puso a su disposición todos los archivos y papeles, por lo que asegura un investigador y compilador paciente de los archivos españoles, el laboriosísimo Muñoz, «que ya no existen muchos de los documentos, libros y relaciones de que Herrera se aprovechó».

Asimismo, el hijo del Almirante, D. Hernando Colón, en la historia de su padre, tantas veces citada, abona la afirmación de Herrera. «Luego que el Almirante partió para Castilla, dice, empezaron a nacer discordias, por-

que cada uno quería rescatar el oro para sí, y tomar las mujeres que les parecía, no contentos con las que el mismo Guanagarí--cacique--les daba, antes se dividieron en muchas cuadrillas a varias partes, y habiéndose juntado *algunos vizcaínos,* llegaron a un lugar, donde todos fueron muertos; que esta era la verdad de lo que había sucedido, y lo que podían contar al Almirante.»

Las Casas a su vez refuerza los dos testimonios anteriores con el suyo, pues escribe que la muerte de los colonos provino, «porque luego que el Almirante se fué comenzaron a rifar y a tener discordias entre sí, tomaban las mujeres a sus maridos e iban a rescatar oro cada uno para sí. Juntáronse ciertos *vizcaínos* contra los otros, y así se dividieron por la tierra, donde los mataron por sus culpas y malas obras».

Pero hay un documento que echa por tierra las afirmaciones que hasta ahora venimos haciendo sobre la participación que tuvieron numerosos vascos en el descubrimiento de América. Se sabe que Colón, en el segundo viaje, no halló ningún sobreviviente de las personas que dejó en la colonia Navidad. Navarrete, en su utilísima *Colección de Viajes*, tomo II, trae la lista de estos muertos, sacada de un pregón que la Casa de Contratación de Sevilla publicó al parecer en 1511, diecinueve años más tarde, de los que en servicio de la Corona de Castilla perecieron en el descubrimiento del Nuevo Continente. Esta lista se ha reproducido en todas las historias, y en ella no figura más que un vasco, Domingo de Bermeo. ¿Cómo, pues, conciliar esta con-

tradicción manifiesta entre lo que asegura el propio Cristóbal Colón, de que eran de *su tierra la mayoría* de los que le siguieron a Juan de la Cosa, y las autorizadísimas afirmaciones de Hernando Colón, Herrera y Las Casas, de que la división en la colonia Navidad fué ocasionada por los vizcaínos, por un lado; y el silencio y la omisión de nombres vascos, por otro, en la lista de los presuntos muertos que publica Navarrete? (1). Para nosotros la contradicción existe, y consideramos la lista publicada por el coleccionador Navarrete y reproducida por la generalidad de los historiadores de América que de estos sucesos se ocupan, incluso por nuestro Labayru, como apócrifa en todo o en parte, no sólo por estar ella en pugna con el testimonio de Colón en su diario, con el de Las Casas, que lo extractó, con el del hijo del Almirante, Hernando Colón, con el de Herrera y con el del repetido Las Casas en su ***Historia de Las Indias,*** sino además por las siguientes razones:

Primera: Cuentan Hernando Colón y Herrera, que después que partió el Almirante de la colonia Navidad, comenzaron las discordias de los colonos entre sí, no obedeciendo al superior, porque insolentemente iban a tomar las mujeres y el oro que querían. Esta situación se agravó por el hecho de que Gutiérrez y Escobedo, subalternos del gobernador Diego de Arana, de

(1) A más de Domingo de Bermeo, aparece en la lista de los muertos un Juan de Urniga. Teniendo en cuenta la manera como en tiempos pasados se desfiguraban los apellidos euskéricos, puede este Urniga ser vasco, pues la raiz *Ur* es netamente euzkérica.

origen vasco, aunque natural de Córdoba, mataron a un Jácome o Jacobo. Este muerto, de nombre Jácome o Jacobo, no figura en la nómina de los desgraciados que quedaron en Santo Domingo en el primer viaje de descubrimiento.

Segunda: Al decir de Colón y conforme con la opinión más autorizada, había en la colonia Navidad a lo sumo treinta y nueve personas, sólo treinta y seis al decir de Hernando Colón, y treinta y ocho según Gomara; y en la lista se cuentan hasta cuarenta y tres. ¿De dónde este aumento? Recordemos que Las Casas, Hernando Colón y Herrera dicen que el total de los expedicionarios, en las tres carabelas, ascendía a noventa personas.

Tercera: El propio Navarrete y en la propia *Colección*, tomo III, página 497, registra un documento en que se dice que Diego García Franco, vecino de Sevilla, demandaba cierta cantidad de dinero a Rodrigo Sánchez, de Segovia, porque su hijo Gonzalo Franco, que fué con el Almirante en el primer viaje de descubrimiento, quedó en la isla Española, Santo Domingo, con otros, hallándolos muertos cuando Colón volvió. En la lista no aparece ninguno con el nombre de Gonzalo Franco.

Cuarta: Parece indudable que la mayoría o la casi totalidad de los hombres que dejó Colón en el fuerte Navidad debieron pertenecer a la capitana *Santa María*, por cuanto la *Pinta*, mandada por Martín Alonso Pinzón, andaba aquellos días alejada de los otros dos barcos. Y caso de haber tomado parte los vascos

en la memorable expedición, de lo cual tenemos pruebas convincentes sacadas de las palabras del Almirante y de los testimonios de Hernando Colón, de Las Casas y de Herrera, debieron nuestros paisanos formar parte de la dotación de la nave capitana, por ser vasco su propietario y maestre, y haber con anterioridad estado navegando entre nuestras costas y las andaluzas, todo lo cual hace presumir que los originarios de nuestra tierra debieron, en su mayoría, quedar en la primera colonia establecida en el Nuevo Mundo. Observaremos también que cuando los testigos contemporáneos, cuyas declaraciones aparecen en los pleitos promovidos contra Diego Colón y Luis Colón, hijo y nieto del Almirante, dicen que, arrastrados por el prestigio que los Pinzones—eran tres hermanos—gozaban en las cosas de la mar, sus parientes, amigos y numerosos vecinos de Palos, se decidieron a tomar parte en la histórica expedición, dan claramente a entender que dichas gentes se embarcaron en las carabelas mandadas por los Pinzones. No hay referencias concretas respecto a la composición de los tripulantes del barco principal, la *Santa María*. Y, por último, anotaremos que, según Las Casas, era de sesenta personas la dotación de la capitana y de la *Niña* en los precisos días en que, por la ausencia de la *Pinta*, se hizo la designación de los que debían quedar en América. ¿Podría, según esto, reducirse la dotación de los dos navíos sólo a diecisiete tripulantes, dejando cuarenta y tres en la colonia?

Estas razones, que podrían fácilmente ser reforzadas con otras, nos parecen de bastante peso para poner en

duda la autenticidad, siquiera parcial, de un documento que se alega sin suficiente examen, y que se halla, por otra parte, como se ha visto, en pugna abierta con autoridades de gran valía y que merecen entero crédito.

IV

Nos corresponde ya establecer sólidamente, por testimonios directos, la vizcainía de Juan de La Cosa, materia puesta en duda por algunos historiadores extraños al país vasco y por Labayru, pues de este modo quedará demostrado que fueron muchos los vascos que tomaron parte en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Se trata aquí de dos proposiciones cuya verdad se demuestra recíprocamente. Si Juan de La Cosa era vasco, fueron muchos los compatriotas nuestros que acompañaron a Colón en su primer viaje; si fueron numerosos los vascos que perecieron en la colonia Navidad, era vasco Juan de La Cosa. Hemos expuesto los testimonios que comprueban que los vascos contamos con numerosas víctimas en la colonia Navidad; expongamos ahora las pruebas directas que militan para demostrar que Juan de La Cosa fué vasco.

El severo Padre Las Casas trató personalmente a los descubridores y conquistadores de América y poseía una rica colección de papeles y documentos relativos al descubrimiento y a la conquista. Será, pues, la segunda autoridad que citemos. De la primera queda hecha mención: las palabras del Almirante al ocurrir el naufragio de la *Santa María*.

En dos partes de su *Historia de las Indias* afirma Las Casas la vizcainía de Juan de la Cosa. Es la primera, con motivo del viaje que nuestro paisano efectuó en unión de Hojeda, siendo los primeros que, después de Colón, tocaron en el Continente. Ocúpase Las Casas extensamente en destruir el error histórico, en su tiempo extendido fuera de España, de haber sido Américo Vespucci el primero que arribó a las playas del continente americano. Para ello se esfuerza en poner en evidencia que la expedición de La Cosa y Hojeda, en la que, como grumete o aspirante a marino, tomó parte Américo, fué posterior a la de Colón; y al enumerar a los que en dicha expedición tomaron parte, escribe esto: «Trabajó —Hojeda— en llevar todas las personas que pudo, marineros, y que más de las navegaciones de estas tierras sabían, que no eran otros sino los que habían venido y andado con el Almirante. Estos fueron los principales en aquel tiempo: uno de ellos, Juan de la Cosa, *vizcaíno,* que vino con el Almirante cuando descubrió esta isla» —Santo Domingo—, lo cual fué en el primer viaje de descubrimiento.

En 1501, por el mes de octubre, salió una expedición de Cádiz, mandada par Bastidas, que alcanzó un éxito muy lisonjero, pues recorrió por vez primera las costas de Colombia, el Istmo de Panamá y una sección de la América Central. Para esta expedición, escribe Las Casas, Bastidas «se concertó con algunos, y en especial con Juan de la Cosa, *vizcaíno,* que por entonces era el mejor piloto que para aquellos mares había, por haber andado en *todos* los viajes que hizo el Almirante...»

Bastidas y La Cosa, después de haber perdido sus naves en el golfo Xaraguá, en el viaje de regreso, salvando los efectos que contenían, se trasladaron por tierra, en 1502, a Santo Domingo; y agrega Las Casas: «Allí—en esta isla—los vide yo entonces, y parte del oro que se había habido.» No caben dudas: Las Casas conoció y trató a Juan Vizcaíno en Santo Domingo, en 1502, año en que, el futuro protector de los indios, llegó a América con Ovando, por lo cual tuvo sobrados motivos para enterarse de la nacionalidad del esclarecido piloto.

En la expedición que Hojeda organizó en 1499, según refiere Herrera, «iba por piloto Juan de la Cosa *Vizcaíno*, hombre de valor»—valer.—Parece que en este pasaje, a primera vista, emplea Herrera la voz *Vizcaíno*, con letra mayúscula y sin ningún signo gráfico de separación del nombre propio La Cosa, como si fuese el segundo apellido, pero no es así. La usó para designar la patria del ilustre navegante. Comprúebase ello con los siguientes pasajes y otros muchísimos de sus décadas: «Bretones y gente de Dinamarca ha ido también a los Bacallaos y Joaquín Cartier *Francés*...» «Américo Vespucci *Florentín*, que otros dicen que fué *Veneciano*, era gran piloto». Y ocupándose de la dotación de la flota de Magallanes: «Juan de Elorriaga *Vizcaíno*...» En efecto, Elorriaga era de Guipúzcoa. En todas estas citas, las palabras *Francés*, *Florentín* y *Vizcaíno*, se emplean para indicar la nacionalidad de esos navegantes, al igual que en el caso de Juan de la Cosa. La exégesis es patente.

La Cosa era conocido indistintamente con el apellido propio o con el de Vizcaíno, costumbre muy extendida en aquella época para dar a conocer de dónde era una persona. En los primeros tiempos, se le llamaba con más frecuencia con el apellido patronímico o de nacionalidad que con el propio. En 1499, Hojeda y La Cosa, de vuelta del viaje en que tocaron, los primeros, después de Colón, en el Continente americano, arribaron a Santo Domingo, donde se hallaba el Almirante. Celoso éste de los descubrimientos que otros realizaban, ordenó al ex-rebelde Roldán, distinto del piloto Bartolomé Roldán, que se informase de si tenían permiso los de la carabela de Hojeda para dedicarse a efectuar descubrimientos. Roldán, en carta que Las Casas asegura haber visto y la copia en parte, dícele a Colón: «Hago saber a V. S. cómo yo llegué a donde estaba Hojeda el domingo que contaron 27 de septiembre... Así que, señor, yo ove de ir a las carabelas, y fallé en ellas a Juan Velázquez y Juan *Vizcaíno, el cual* me mostró una capitulación para descubrir, firmada por el señor Obispo—Fonseca—, en que le daba licencia para descubrir».

En el libro *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América,* publicados con motivo del cuartó centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, se registra una *Pesquisa contra Hojeda sobre su primer viaje a Indias*. Este viaje de Hojeda, llevando por piloto a Juan de La Cosa, es el mismo a que anteriormente nos hemos referido Pues en dicho documento se lee: «El piloto principal era Juan *Vizcaíno,* vecino del Puerto de Santa Ma-

ría». Y un maestre Alonso, cirujano de Guete, dice «que sabe que dicho Hojeda comunicaba mucho sus cosas y descubría sus secretos a Juan *Vizcaíno*, piloto». En otra parte: «Venía él mismo—Hojeda—por capitán, e por maestre el piloto Juan *Vizcaíno*».

En carta de la Reina Católica a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, de fecha 7 de septiembre de 1503, se concede «a Juan *Vizcaíno* que, por no querer ir con Cristóbal Guerra, pueda armar, y vaya él con tres navíos al golfo de Urabá».

Contestando a la pregunta décima cuarta, en las probanzas del Almirante, en el pleito sostenido por Diego Colón en defensa de sus privilegios, se lee: «Jácome Ginovés sabe que con Hojeda fué Bartolomé Roldán e *Juan de La Cosa* o *Juan Vizcaíno*, y que ambos, *Roldán* y *Vizcaíno*, fueron con el Almirante». Se ve aquí patente el empleo indistinto de las dos denominaciones, la propia y aquella con la que se designaba la patria. Era de uso frecuentísimo en aquel tiempo el llamar a las personas con el nombre apelativo de origen. Podríamos aducir infinitos ejemplos. En la información hecha en el segundo viaje de Colón respecto de si Cuba era o no continente, se encuentran estos nombres: «Domingo *Ginovés*, Estéfano *Veneciano*, Francisco *Ginovés*, vecino de Córdoba, Juan *Vizcaíno*—es otro, no La Cosa—, vecino de Cartaya, marinero; Johan *Griego*, vecino de Génova...»

Queda, por tanto, demostrado, a nuestro parecer fuera de toda duda, el hecho de que Juan de La Cosa era vizcaíno, como lo eran la mayoría de los tripulantes de

la *Santa María* que quedaron en América y fundaron la primera colonia o población en el Continente por ellos descubierto.

V

Se alega que Juan de La Cosa pudo ser de Santoña, pero no existe ningún documento, absolutamente ninguno, en que se pueda apoyar este aserto. Los escritores montañeses que sostienen esta afirmación, aducen dos argumentos: el primero, que Juan de La Cosa fué vecino de Santoña; y el segundo, que el apellido La Cosa no es vasco o euzkérico. Como se ve, los escritores montañeses no presentan ninguna razón o probanza positiva en favor de su tesis, como las tenemos nosotros de que fué vasco-vizcaíno.

Es cierto que Juan de La Cosa fué un tiempo vecino de Santoña. En la *Colección de Viajes,* de Navarrete, hay una carta de la Reina Católica al entonces Obispo de Badajoz, encargado de los negocios de Indias, a instancias de Juan de La Cosa y Juana del Corral para el pago de ciertos alcances a los que murieron en servicio de los Reyes, fechada en Laredo el 25 de agosto de 1496, que dice así: «Juan de La Cosa, vecino del puerto de Santoña, y Juana del Corral, vecina asimismo del mismo lugar, dieron dos peticiones que con vos mandé enviar para que las examinen, etc.» Dícese aquí que La Cosa era ese año vecino de Santoña, pero nada se asegura respecto al lugar de origen. En el nombra-

miento hecho en 1503, siete años más tarde, en la persona de Vizcaíno, de alguacil del golfo de Urabá, lado atlántico del Istmo de Panamá, en premio de haber sido descubierta por él la tierra, se dice que era vecino del Puerto de Santa María, provincia de Cádiz: «Doña Isabel, &. A vos, Juan de La Cosa, vecino de la villa del Puerto de Santa María...» Nada, pues, demuestra el primer documento, como no prueba este segundo que La Cosa hubiese nacido en Santa María.

Asimismo, en la información levantada por Colón a bordo de la *Niña*, en el segundo viaje, el 12 de junio de 1494, para corroborar con el testimonío de «todas las personas destos navios, entre los que hay Maestros de hacer cartas de marear y muy buenos pilotos, los mejores quel—Colón—supo escoger en la armada grande que trajo de Castilla», de que Cuba no era isla sino continente, se halla la firma de nuestro paisano así: «Johan de la Cosa, vecino del Puerto de Santa María, Maestro de hacer cartas». De modo que, en los primeros años del descubrimiento, era Juan de la Cosa vecino del Puerto de Santa María, vecindad que poseía antes de su casual encuentro con Colón, cuando con su navío *Santa María,* se dedicaba al tráfico entre las costas de Guipúzcoa, Vizcaya, las de Andalucía y Guinea. En 1496, figuraba como vecino de Santoña: y en 1503, vuelve a aparecer de nuevo como vecino del Puerto de Santa María. De valer el argumento de la vecindad, más razones tendrían los andaluces para considerarle como suyo al renombrado piloto que los de Santoña. ¿Qué prueba todo esto? Que la vecindad es

mudable y puede ser transitoria; no así el lugar de nacimiento.

Entre los escritores modernos, no ha habido interés en averiguar la verdadera patria de La Cosa. Los extranjeros, en su mayoría, entre otros Humboldt y Washington Irving, apoyado aquél en el categórico, clarísimo y repetido testimonio de Las Casas, a quien cita, le tienen por vasco: los españoles se limitan a consignar que era de la costa cantábrica, inclinándoles a considerarle por vizcaíno, el hecho de que así era tenido por los contemporáneos. De esta opinión es Navarrete en su *Biblioteca Náutica,* y al parecer Fernández Duro, quien agrega «que el ser vecino de Santa María puso en duda si sería natural de allí, inclinándose, sin embargo, la mayoría de los autores a creerle hijo de la costa cantábrica, tanto por conservarse todavía el apellido en familias de Santoña y las Encartaciones, como por tenerle por vizcaíno sus coetáneos y aun aplicarle este adjetivo en algunos escritos—en muy numerosos—; y a mi juicio confirma esta opinión más de una cédula de los Reyes Católicos que existe en el archivo de Simancas, autorizando a Juan de La Cosa, vecino de *Santa María del Puerto* (1) para el tráfico y navegación de

(1) Con esto de Santa María del Puerto, en vez de Puerto de Santa María, puede dar Fernández Duro lugar a un equívoco. Todos los documentos y citas, sin excepción alguna, de aquella época, que se refieren a la villa marítima próxima a Cádiz, la llaman Puerto de Santa María. Como pudiera haber en Santoña alguna parroquia con la advocación muy general de Santa María, y como podía darse que la iglesia parroquial de tal advocación estuviese enclavada en el puerto, de ahí el equívoco que pudiera originarse. Así, en efecto, el mismo Fernández Duro, en

cabotaje entre las costas de Andalucía y las de las provincias de Guipúzcoa y Señorío de Vizcaya».

Estas palabras demandan un pequeño comentario. Más de una cédula existente en el archivo de Simancas, afirma Fernández Duro, autoriza a Juan de La Cosa, vecino del Puerto de Santa María, para el tráfico y navegación de cabotaje, entre Andalucía, Guipúzcoa y Vizcaya. Esto ocurría antes de su casual encuentro con Colón en el puerto de Palos. Pues si La Cosa navegaba entre nuestras costas y las andaluzas, ¿no es verosímil que la tripulación de su barco fuese en su mayoría vasca, contando, como entonces contábamos, con excelentes marineros de fama mundial, en tal grado que vino a ser un proverbio el dicho de: Mercader floerntino y marinero vizcaíno? Y esta afirmación de Fernández Duro, ¿no viene a explicar las palabras de Colón cuando el naufragio del *Santa María*, de que *todos o los más* de los tripulantes eran de la tierra de Juan de La Cosa?

El segundo argumento que se alega es que no es vasco el apellido La Cosa. En efecto, este apellido no es originariamente euzkérico. Su origen viene de Santoña, según atestigua en sus *Bienandanzas e Fortunas* nuestro Lope García de Salazar. Pero ya, aun en su

---

algún trabajo, al referirse a la nacionalidad de Vizcaíno, apunta: «Juan de La Cosa, de Santa María del Puerto, Santoña». Equivale esto a pretender solucionar una cuestión histórica con un mero juego de palabras. Además, al referirse a la nacionalidad o vecindad de un individuo, no se cita nunca la parroquia, sino la ciudad, villa o poblado. No creemos ociosa esta nota.

tiempo o mucho antes, al principiar el siglo XV, sonaba este apellido en Portugalete y las Encartaciones, lo cual confirma asimismo Labayru en su *Historia General de Bizkaya.* Y el haber habido este apellido La Cosa en Vizcaya, a lo menos al principiar el siglo XVI, debe hacernos creer que era vizcaíno y no guipuzcoano, como pudiera alegarse diciendo que la voz vizcaíno en aquellos tiempos era empleada como sinónima de vasco, pues no sabemos que familias de igual apellido se hubiesen trasladado a Guipúzcoa o a otras partes del país vasco.

VI

¿Pero qué es lo que nos dicen los escritores montañeses, más que nadie interesados respecto a la patria de Juan de la Cosa? Es éste el último punto que nos toca dilucidar.

No es muy abundante la bibliografía existente acerca de nuestro marino. Las obras hasta ahora publicadas y conocidas por nosotros son las siguientes:

VÁSCANO A.—*Ensayo bibliográfico del célebre navegante y consumado geógrafo Juan de la Cosa, y descripción de su famosa carta geográfica.* Madrid. Es obra citada, sin indicación de fecha, en la *Historia de España y de la civilización española,* por Rafael Altamira: índice bibliográfico.

LEGUINA E. DE.—*Juan de la Cosa, piloto de Colón,* Madrid, 1877. Se admite en esta obra que Juan de la Cosa era de Santoña—el autor es sin duda santande-

rino—, pero no aduce ninguna probanza desconocida, como se verá al ocuparnos de otros escritores.

JOSÉ ANTONIO Y ALFONSO DEL RIO.—*Marinos ilustres de Santander.* Santander 1881. En una nota tratan de recabar para Santoña la gloria de haber producido a nuestro ilustre marino. El principal argumento que para ello aducen es la ya conocida cédula de la Reina Católica en que se dice haber sido por un tiempo vecino de aquel puerto. Otra de las razones es el apellido La Cosa, que «era conocido en Santoña antes que el famoso Juan viniese a enaltecerle». Hemos visto que el apellido La Cosa existía también en Vizcaya cuando menos antes de mediar el siglo XV Los autores de *Marinos ilustres de Santander* citan la obra de Leguina, *Juan de la Cosa, piloto de Colón*, limitándose a decir que éste le tiene por natural de Santoña. Sostienen igualmente los autores de los *Marinos ilustres de Santander*—faltando en ello a la verdad histórica—, «que no hay datos para establecer *(sic)* la duda de que fuese Santoña el pueblo de su naturaleza, aunque las probabilidades que lo evidencian son numerosas, que el haberse empleado el calificativo de vizcaíno, al ocuparse en algún documento—en muchos—que se refieren a él; pero esto en época en que montañeses y vizcaínos navegaban tan frecuentemente juntos, estando Santoña y Vizcaya tan inmediatos por la costa, nada significa, habiendo, como hay, pruebas concluyentes—¿y por qué no presentarlas?—de que era natural de la susodicha villa». Lo cual no obsta para que en la propia página se sostenga que muchos montañeses tuvieron parte en la gran obra de la

conquista de las extensas tierras americanas, fundándose en que muchos de ellos ostentaban apellidos de pueblos y lugares de la Montaña, pues «era muy común en aquellos tiempos darse a conocer bastantes individuos por los nombres de sus pueblos, hasta constituirlos en apellidos».

Cotéjese ahora esta completa carencia de razones y pruebas para demostrar que Juan de La Cosa haya nacido en Santoña con las múltiples y poderosas por nosotros aducidas a favor de la tesis de que fué vasco; y será lógico concluir que, indudablemente, el gran marino y descubridor Juan de La Cosa era de nuestra tierra, y de esta misma tierra la mayoría de los tripulantes de la famosa nave capitana que condujo al inmortal Almirante a las playas del Nuevo Mundo.

CAPITULO V

SEGUNDO VIAJE DE COLÓN

(1493—96)

I. Triunfo de Colón.—Asombro que causó entre los contemporáneos el hecho del descubrimiento.— Su importancia en los destinos mundiales.—Consecuencias políticas del descubrimiento.—¿En qué sentido ha influído en los destinos de nuestra región?—II. Se prepara en Vizcaya la flota para el segundo viaje de Colón.—Número de naves y las dotaciones de mando.—III. Partida de Colón.—Los vascos que le acompañaban.—Un vizcaíno muerto por los caribes.—¿Quién era Diego de Arana? —Reconocimiento de Cuba.—Vascos que en ello se hallaron.—IV. Regreso de Colón. —Garay es el primero en descubrir minas de oro.

I

A principios de 1493 abandonó Colón las playas del Nuevo Mundo, dejando, como tenemos dicho, establecida una colonia, formada en gran parte por vascos, en el punto denominado hoy Cabo Francés o el Guarico,

por la multitud de bajos y restingas que dificultan la entrada y salida de las naves. El 15 de marzo llegó a Palos, habiendo antes entrado de arribada en Saltes, puerto vecino a Lisboa. Al tener el rey de Portugal conocimiento de su llegada, lo mandó llamar a su presencia, le hizo sentar, honor el más elevado que podía otorgar un monarca, se enteró del viaje, y al terminar la entrevista, ordenó que se le facilitase una mula para el regreso y otra a su piloto, a quien, además, «diz que le mandó hacer merced de veinte espadines», según refiere Colón.

Como los Reyes Católicos se hallaban en Barcelona, el Almirante se encaminó a la ciudad condal, siendo recibido triunfalmente por los pueblos del tránsito. Colón llevaba a los indios ataviados a la usanza de su tierra, conduciendo vistosas aves y adornados ellos con los arreos propios de sus primitivas selvas, espectáculo ante el cual quedaban desiertas las ciudades con objeto de contemplarlos. Los Reyes y la Corte dispensaron a Colón un recibimiento digno de parangonarse con los que la Roma pagana tributaba a sus guerreros victoriosos. La noticia de las nuevas tierras descubiertas se esparció rápidamente por las Cortes europeas, despertando en todas ellas el natural asombro y en algunas estímulos para lanzarse a explorar los nuevos y misteriosos territorios. Pedro Mártir de Anglería, en las cartas que por aquellos días dejó escritas, bajo la impresión cálida de los hechos, nos ha trasmitido algo de la emoción que entre las personas cultas provocó el descubrimiento, y habla, lleno de admiración, de aque-

llos marineros que lograron llegar hasta las «tierras antípodas».

Pero no eran aquellos tiempos, faltos de experiencia histórica, capaces de darse cuenta de la importancia que envolvía para los destinos del mundo el acontecimiento geográfico a que habían dado remate feliz el intrépido Colón y sus compañeros. Más tarde, corriendo los años, debían tocarse todas sus trascendentales consecuencias.

«El descubrimiento de América, dice un escritor, influyó de rechazo en los destinos de los pueblos que enviaron a aquellas regiones navegantes, conquistadores y colonos. Al abrir Colón la vía del Oeste, se abandonó el curso que hasta entonces había seguido el tráfico. Colón, Vespucci y Caboto—italianos—arruinaron a Italia. Venecia, en cuanto los bajeles comenzaron a atravesar el Atlántico, no supo qué hacer de sus factorías de Oriente. El monopolio de las drogas, por la vía del Cabo, pasó a los portugueses, y el del oro a España. La decadencia, en la riqueza primero y la ruina política después, anonadó a las oligarquías italianas, y la península entró en un período de languidez, miseria y sujeción política. Los cristianos intermediarios del comercio de Oriente se arruinaron. Vasco de Gama, Colón, Magallanes—y débese agregar que Elcano—dieron golpe mortal a los estados musulmanes que monopolizaban el cambio entre Europa e India. La decadencia de los árabes, apartados del comercio, fué irremediable. España y Portugal decayeron tan pronto como tomaron posesión de los inmensos dominios que les daban metales, piedras preciosas y drogas en abundancia. Estas nacio-

nes importaron oro por toneladas (1), pero estas riquezas engendraron el amor al lujo, fomentaron el vicio del juego, crearon monopolios económicos y contribuyeron a que la gente menospreciara el trabajo. El valor moral de la nación disminuía a medida que se acrecentaban sus tesoros.

«A mediados del siglo XVI, España, la primera de las potencias europeas por la fuerza militar y por los ingresos del Tesoro público, parecía inquebrantable, y pudo temerse que Felipe II, ya muy fuerte en Portugal, Italia, Francia, en los Paises Bajos y en Inglaterra, por sus armas o su diplomacia, realizara sus aspiraciones a la monarquía universal, a que Hernán Cortés se refiere en uno de sus despachos. Pero el gran resorte de la poderosa máquina se había roto. Los distintos Estados de la Península Ibérica, *que hasta entonces habían vivido autónomos, contra cuyas libertades ningún Rey se había atrevido, veíanse sojuzgados por completo a la voluntad del monarca y las energías locales estaban cohibidas, todos los ciudadanos eran* SOLDADOS, FUNCIONARIOS O SIERVOS; ante el poder del Rey, los súbditos españoles no eran más considerados que los naturales de aquellas regiones innominadas que dió a España la bula pontificia. Durante el período de expansión que siguió a la conquista de Granada, a la

---

(1) Según Robertson, el oro y la plata importados por España de 1492 a 1775, ascendió a 50.000,000,000 de pesetas. Pero Altamira, muy conocedor de la historia americana, observa que no hay bases seguras para formular un cálculo acerca del valor de los metales importados en la Península.

expulsión de los moros y al descubrimiento del Nuevo Mundo, la gloria conquistada por la monarquía compensaba la libertad perdida, y los españoles sometíanse sin protesta a los caprichos del poder real. Pero al terminar el siglo XVI, cuando las fuerzas vivas de la nación se habían agotado en los campos de batalla de toda Europa y en las expediciones de Ultramar, España se sentía postrada y sin fuerzas para el trabajo. La nación recibía cargamentos de oro, pero no podía dar en cambio objetos manufacturados, y tenía que acudir al extranjero para obtener lo que sus naturales no sabían fabricar: las riquezas de México y del Perú iban a parar a Flandes, Alemania, Francia e Inglaterra. La marina mercante de España, *que a principios del siglo XVI contaba con mil bajeles*, había dizminuído gradualmente, hasta quedar reducida casi a nada; faltaban barcos de guerra para escoltar a las flotas que venían de América y que a menudo se veían asaltadas por los piratas. España sucumbía bajo el peso de su imperio colonial y fué para ella una dicha verse al fin libre de este peso. Colonias y metrópoli se arruinaban mutuamente».

Esta decadencia alcanzó asimismo a nuestra región. Cuando el descubrimiento de América, no podía ser más pujante nuestra situación económica. Producíamos el mejor hierro del mundo y los mejores artefactos; el número de nuestros astilleros era asombroso y las expediciones pesqueras rendían pingües utilidades. Nuestra marina y nuestro comercio, que tenían vida propia en casa, apenas conocían rival en el mundo. Era bo-

yante y próspera nuestra situación. Pero, con el descubrimiento del Nuevo Mundo, dejando aquello en que podíamos hallar el desarrollo natural, legítimo y propio de nuestras fuentes interiores de riqueza, nos lanzamos a adquirir el fácil y tentador oro americano; y nuestra marina, unas veces por mala inteligencia, otras por apremios de los Reyes castellanos, se dedicó a sostener los intereses de la monarquía castellana, invadiéndonos los vicios comunes en la Península, tan hábilmente descritos por el escritor que acabamos de citar, haciéndonos *cortesanos*, causa principal de todas nuestras posteriores desdichas.

II

Los Reyes Católicos dábanle gran prisa a Colón para la pronta preparación de la flota que debía conducirle al Nuevo Mundo en su segundo viaje. Como se creía que el Almiranre había llegado a las partes orientales del Asia, muy cerca de donde tenían asiento ricos y poderosos imperios, era grande el interés de los monarcas como del propio Colón para ponerse cuanto antes en contacto con los misteriosos pueblos.

Las primeras órdenes para aparejar la escuadra se dieron al Señorío de Vizcaya, a donde fueron enviados dos comisionados de los Reyes a quienes ayudó eficazmente el naviero bilbaíno Juan de Arbolancha. La flota se alistó en la por entonces floreciente villa de Bermeo y tal actividad se dieron los armadores vascos, que estuvo en disposición de hacerse a la mar en julio, es

decir, en cosa de algo más de tres meses después que Colón volvió de América, puesto que en dicho mes, su general y capitanes prestaron juramento de fidelidad y de cumplir lo que se les ordenara bajo pena de perder sus navíos. Esta flota, preparada en Vizcaya, se componía de una carraca de mil doscientos cincuenta toneles, de cuatro navíos de ciento cincuenta a trescientos toneles y de una carabela, siendo su comandante el general de marina D. Iñigo de Artieta, natural y vecino de Lequetio.

Aunque no se emplearon en el segundo viaje de Colón las naves de Artieta, por la resonancia que el hecho alcanzó en su tiempo, por los numerosos documentos que sobre ello se han publicado y por las referencias que hacen a ellas nuestros historiadores, daremos cuenta circunstanciada de cada nave y de la dotación de mando que tenía.

La primera que estuvo lista con hombres y pertrechos fué la que se confió a Sancho López de Ugarte, y disponía de ciento setenta y dos hombres de armas, dieciocho grumetes y cuatro marineros.

La de Iñigo de Artieta, que fué fletada por mil toneles, a pesar de que medía más, se componía de unas trescientas personas, cien marineros y doscientos hombres de armas, incluyendo grumetes y pajes.

La de Antonio Pérez de Larzola o de la Izola, de capacidad de ciento cinco toneles, llevaba por capitán a Juan de Balsa, por maestre a un hijo del primero; Esteban Corda —Acorda—, de contramaestre; Juanote, piloto; Juan Martínez—no se cita el apellido—, escribano;

Juan Pérez de Fagaza, condestable; Juan Galán, cirujano; y Juan de la Rustesia—Rentería—. Según documentos que se guardan en la Real Academia de la Historia, citados por Labayru, formaban parte de la tripulación de esta nave, sin especificar los cargos, Pedro de Sopórtegui—Aróstegui o Arístegui—, Pablo de Estola—Otaola (?)—, un tal Chipión, sin duda mote; Martín de Plasencia—Plencia—, Martín de Alcántara y Martín de Arteaga, componiendo un total de ciento diecinueve personas.

Mandaba otra nave Juan Ruiz de Loyola, propiedad de Pedro de Dima, de doscientos veinte toneles, y llevaba ciento veinticinco personas, de ellas marineros cuarenta, hombres de armas ochenta y cinco.

En la nave de Martín Pérez de Fagaza o Pagaza, apellido de antiguos marinos de Bermeo, se contaban sesenta marineros y ciento cuarenta hombres de armas: esta nave medía cuatrocientos cinco toneles.

La de Juan Pérez de Amezqueta, del porte de cien toneles, se componía de veinticinco marineros y cuarenta y cinco hombres de armas.

Todas estas naves hicieron sus alardes o revistas, en diferentes días del mencionado mes de julio, en el puerto de Bermeo, para formar el rol de sus tripulaciones y hombres de armas, lo que da una idea de la importancia y prosperidad de aquella villa, llamada por entonces Cabeza de Vizcaya. Verificadas las revistas, se les pagó por anticipado un semestre a cuantos hombres tomaban parte en la flota. Aunque se había convenido en que la salida de ésta de las aguas del Ma-

chichaco se verificaría el segundo lunes de julio, no pudo zarpar hasta fines de este mes; y entonces tomó rumbo a Cádiz, en cuyo puerto debía esperar órdenes.

Pero en vista de los preparativos que por repetidas disposiciones de los Reyes efectuaba Colón para aprestar la escuadra que debía conducirle por segunda vez al Nuevo Mundo, se hubo de pensar en darle otro destino a la que se armó en Bermeo, según se desprende de la carta escrita por los Reyes al Almirante con fecha 18 de agosto: «Muy bien nos pareció, le decían, lo que dijistes a Iñigo de Artieta, nuestro Capitán de la Armada, que no se moviese a cosa alguna sin nuestro mandamiento, y Nos le escribimos con un mensajero lo que conviene sobre ello y vos non debéis llevar su armada a ninguna parte, porque ha de partir a pasar allende al Rey Moro y a otros moros que se pasan con él, y tenemos prometido que a día cierto ha de estar nuestra Armada en la costa de Almunécar o allí cerca para lo embarcar; parécenos que vos no le habéis de necesitar, porque si alguna armada se hiciera contra vos luego se proveerá como cumple, con el ayuda de Dios y ésta podrá a tiempo volver.»

En efecto, la escuadra dispuesta en un principio, según orden de los Reyes, en las costas vascas, para la segunda expedición de Colón, fué destinada a llevar al Africa al Rey Boabdil de Granada, y más tarde se le envió a Sicilia. Sin embargo, en algunas otras comunicaciones, los Reyes le participaban a Colón que, en caso de necesidad, se le enviarían las naves de Artieta, pues no se estaba seguro de lo que se presentaría al otro lado del Atlántico.

III

Con diecisiete navíos y mil quinientos hombres, zarpó Colón para su segundo viaje del puerto de Cádiz, el 25 de septiembre de 1493, media hora antes de salir el Sol. Estas cifras dan a conocer el entusiasmo que había despertado la jornada. En la expedición iba mucha gente distinguida, criada en la corte y los campamentos. Bien presto la realidad debía venir a arrebatarles sus ilusiones, pues refiere un historiador que cuando Colón, en Santo Domingo, ordenó que se dedicaran todos a los trabajos de fundación de la villa Isabela, aquellos nobles aventureros sentían a par de muerte el trabajar.

¿Cuál fué el contigente con que, para este viaje, contribuyeron los vascos? Es de creer que entre la gente marinera tendríamos numerosa representación; pero los historiadores sólo han conservado los nombres de los que irán apareciendo en este relato, el más escrupuloso y documentado que nos ha sido posible formar.

Figura en primer término Juan de la Cosa o Juan Vizcaíno, a quien se le da el título de maestre de hacer cartas de navegar, arte en el cual estaba llamado a adquirir justo renombre.

Por recomendación hecha por los Reyes a Colón, llevaba el cargo de receptor de la armada Sebastián de Olano, persona muy adicta siempre al Almirante. Este Olano, sin duda, debía ser pariente de Lope de Olano y Martín Sánchez de Zamudio, bilbaínos, quienes, más adelante, figuraron mucho en el establecimiento de las

primeras colonias fundadas en el Continente. Es asimismo probable que en esta ocasión se embarcaron otros bilbaínos para el Nuevo Mundo, entre otros Adrián de Mújica y Hernando de Guevara, primos, que hicieron mucho ruido en las turbulencias ocurridas en Santo Domingo. Según cuenta Oviedo, también se embarcó el famoso Francisco de Garay, vizcaíno (1), llamado a desempeñar puestos importantes, que fué el alma y el organizador de las expediciones en que más tarde se descubrió por vez primera casi todo el golfo mexicano, desde la península de la Florida hasta el río Pánuco, es decir, hasta casi donde hoy se asienta el puerto de Veracruz, y que jugó importante aunque desgraciado papel en los sucesos de la conquista de México, como se verá en el lugar oportuno.

La primera tierra en que tocaron los expedicionarios fué en la isla Dominica, luego en Guadalupe e infinidad de otras, y más tarde en Puerto Rico o Boriquén. La armada había llegado a las Pequeñas Antillas, islas pobladas, según los escritores de la época, por gente antropófaga. En la isla Guadalupe ocurrió una refriega entre un bote tripulado por blancos y una canoa ocupada por indios. Estos, al verse acosados y a punto de caer en poder de aquéllos, hicieron uso de sus flechas, hiriendo gravemente a un marinero vasco, que falleció

---

(1) Hacemos notar que los historiadores de la época emplean la denominación de vizcaíno en un sentido general, es decir, como sinónimo de vasco. Téngase presente esta advertencia, pues al constarnos el punto, lugar o pueblo de donde sea originario un compatriota, lo anotaremos escrupulosamente.

al arribar la expedición a Santo Domingo, punto final de su destino. «Aquel día, escribe Colón en su diario, se nos murió un marinero vizcaíno, que fue herido de los caribes por su mala guarda, y fué enterrado». Washington Irving, historiador norteamericano, muy dado a lo fantástico y sentimental, agrega que mientras se verificaba el entierro del vizcaíno se quedaron dos carabelas cerca de tierra para guardar la tripulación que hacía el servicio fúnebre.

La escuadra llegó a Santo Domingo el 25 de noviembre, enterándose los expedicionarios del triste fin de la colonia Navidad. Una nueva víctima, la de la isla Guadalupe, acababa de ir a hacer compañía y en la misma tierra, a aquellos otros hermanos de raza, puesto que no caben dudas de que la mayoría de los colonos, tripulantes del bajel *Santa María*, que naufragó, fuesen vascos.

El gobernador que dejó el Almirante en la colonia Navidad, muerto como los demás, fué Diego de Arana, natural de Córdoba, pero de descendencia vasca. Este Diego de Arana tenía una hermana, llamada doña Beatriz Enríquez de Arana, «de linaje de hijosdalgo de esta ciudad, dice Andrés de Morales en la *Historia general de la muy leal ciudad de Córdoba,* descendiente de Vizcaya,» y de ella tuvo «Cristóbal Colón a don Hernando Colón, caballero de gran entendimiento, saber, virtud y grandes letras.» Por esto tenemos dicho más arriba que por las venas de don Hernando Colón y Arana, autor de la *Historia del Almirante de las Indias*, circulaba sangre vasca. Fué don Her-

nando hijo natural del Almirante. El Diego de Arana, padre del gobernador del mismo nombre muerto en la colonia Navidad, hay sospechas de que fuese vasco de nacimiento, y que desempeñaba el cargo de escribano en la ciudad de Córdoba.

Observa Eustaquio Fernández de Navarrete, en la *Noticia para la Vida de D. Hernando Colón,* que el trato del futuro Almirante de las Indias con doña Beatriz de Arana, determinó a éste a no salir de España sino en último extremo, siendo una de las causas que más contribuyeron a que se hiciese por los españoles el descubrimiento del Nuevo Mundo, para comprobar lo cual basta ver la carta del rey de Portugal que debió recibir Colón en marzo de aquel año, cuando D.ª Beatriz estaba en cinta de cuatro meses y medio, y en la que el monarca lusitano le invitaba a pasar a sus estados.

La excesiva gente que llevó Colón a América; el no hallarse con los abundantes y fabulosos tesoros en los que les había hecho creer el Almirante, quien si en sus escritos es muy dado a la hipérbole no escatimaría los adjetivos al comunicarse por viva voz, el encontrarse ante una naturaleza bravía, hostil y malsana para el europeo, en vez de núcleos de población contra quien esgrimir las armas y dar pábulo al espíritu de aventuras, fueron causas perennes de malestar y descontento entre los expedicionarios y aun de hostilidad contra el Almirante. Colón redujo a prisión a los que más se significaban en esta actitud, uno de ellos Bernal Díaz de Pisa.

Para poner remedio a la situación, pensó el Almi-

rante en enviar a España a la mayor parte de la gente. En efecto, ordenó que regresaran doce buques, quedándose con cinco, los mayores, dos navíos y tres carabelas. A Bernal Díaz de Pisa le remitió preso junto con otros rebeldes. Antes de salir a continuar los descubrimientos, nombró jefe a Margarite, otro que debía convertirse en enemigo suyo. Le dió las instrucciones oportunas para el gobierno de los que quedaban bajo sus órdenes e indicóle a la vez que averiguase si había minas de oro en la isla, suprema aspiración de Colón, pues pensaba, y pensaba bien, que tanta mayor importancia se daría a los nuevos territorios, cuanto fuesen más ricos en minas de oro y plata y encerraran mayor cantidad de tesoros. Ordenó asimismo que se facilitase una escolta de veinticinco hombres a Luis de Arriaga, «si antes no se la doy yo», dice Colón, para que provea de mantenimientos a toda la hueste y con el objeto de evitar que otros, al efectuar los rescates o trueques de cosas, «causen enojo a los indios,» palabras que denotan el buen concepto que este caballero le merecía.

Dispuesto todo, partió Colón con una nave grande y dos carabelas, de los cinco navíos que se reservó, a continuar los descubrimientos. El 29 de abril de 1494 avistó Cuba y estuvo reconociéndola detenidamente. El día 14 de mayo tocó en Jamaica y volvió otra vez a Cuba, verificando nuevas y prolijas exploraciones, persuadido de que había llegado a tierra firme o continente. Al efecto, para hacerlo contar así, levantó una información a bordo de *La Niña*, jueves 12 de junio, declarando, confor-

me se lee a la cabeza del documento, «todas las personas destos navíos, entre los que hay maestros de hacer cartas de marcar y muy buenos pilotos, los más famosos quel—Colón—, supo escoger en la armada grande que trajo de Castilla» *(sic).*

Los tripulantes que por sus apellidos aparecen ser vascos, de entre los que formaban la dotación de las naves expedicionarias, se encuentran éstos:

De la carabela *Niña:* Johan de la Cosa, vecino del Puerto de Santa María, maestre de hacer cartas; Juan de España Vizcaíno, marinero; Gonzalo Vizcaíno, grumete; Juan Vizcaíno, diferente de Juan de la Cosa. De entre los marineros y grumetes de la carabela *Cordera,* otra de las tres naves, depone un tercer Juan Vizcaíno, vecino de Cartaya, distinto de los anteriores.

IV

Volvió Colón a Santo Domingo el 7 de septiembre y encontró en ella a su hermano Bartolomé Colón, «persona de genio algo áspero,» y esto mitigó en parte el desconsuelo del Almirante. Bartolomé Colón había llegado con tres buques y en ellos despachó para España a Margarite y Bohil, quienes en la corte continuaron sosteniendo que era una invención lo de las riquezas de las nuevas tierras.

Los Reyes enviaron a Juan Aguado con cuatro navíos para saber lo que hubiese de las quejas que Margarite y el Padre Bohil daban en España contra Colón. Este Aguado, al igual de los precedentes y de los que le

debían seguir, trató con poco comedimiento al descubridor de América, quien en vista de ello resolvió emprender el viaje de regreso. Ordenó antes que se levantaran varias fortalezas, para asegurar la tierra contra cualquier tentativa de rebelión de parte de los indios, nombró por alguacil de una de ellas, la de la Magdalena en la Vega Real, a tres o cuatro leguas de la villa de Santiago, a Luis de Arteaga, sin duda vasco. Como le indicasen los indios que a la parte Sur de la isla había minas de oro, ordenó al vizcaíno Francisco de Garay, persona que siempre le fué muy adicta, que marchara al lugar señalado, confirmando en efecto las noticias dadas por los indígenas y siendo el primero que descubrió minas de oro de alguna importancia en el Nuevo Mundo.

En este año de 1495, los Reyes escribieron a Colón diciéndole que en las carabelas que salían aquellos días les ordenaba el regreso de América a los caballeros de progenie vasca Fernando de Guevara, Bartolomé de Salcedo y Miguel de Mulcaraz—Muncharaz—. El Fernando o Hernando de Guevara no abandonó la isla, pues posteriormente fué muy sonado su nombre, como se verá en el curso de esta historia.

Dejando en Santo Domingo por sustituto a su hermano Bartolomé Colón, y por alcalde a Francisco de Roldán, quien más tarde debió sublevarse abiertamente contra su autoridad, partió Colón para España el 10 de marzo de 1496, llevando consigo doscientos veinte hombres entre enfermos y descontentos. Llegó a Cádiz el 11 de junio y la corte le recibió en Burgos.

CAPÍTULO VI

DESCUBRIMIENTO DEL CONTINENTE

(1498-1500)

I. Decae la fama de América.—La culpa la tuvo Colón.—Se contesta a un reparo que se hace acerca de si los vascos descubrieron Terranova.—II. Tercer viaje de Colón.—Vascos que le acompañaron.—Bernardo de Ibarra da cuenta del descubrimiento.—III. Famoso viaje de Juan Vizcaíno.—Descubre el primero las costas de Guayana, Venezuela y parte de las de Colombia.—Descripción del litoral recorrido.—IV. Importancia del viaje de Juan Vizcaíno.—Américo Vespucci.—V. El viaje de la Cosa fué el más largo y rápido de los realizados hasta entonces.—Incredulidad de Colón.

I

Los asuntos de América languidecían de una manera sensible. El segundo viaje, que había despertado tantos entusiasmos, constituyó un fracaso. En vez de soñados reinos, poblados de fantásticas ciudades, se hallaron

con tribus bárbaras y un clima ardiente e impropio para el europeo. Esto produjo una desilusión general. Por estas causas, apenas tocó Colón en Santo Domingo, tuvo que despachar doce navíos, de los quince que llevó, por no querer los expedicionarios continuar en aquellas tierras. Trajo además consigo, a la vuelta, algunos centenares de estos descontentos, que debieron convertirse en detractores de las empresas del Almirante. Por otra parte, no se adelantó en el descubrimiento de nuevos territorios. El hecho más importante fué el reconocimiento de la isla de Cuba El resto del tiempo lo invirtió Colón en el establecimiento de nuevas poblaciones en Santo Domingo, originándose de aquí la inactividad que en esta materia se nota entre los años de 1493 a 1498.

La culpa principal de esta inactividad la tuvo el propio Colón. Varios particulares solicitaron permisos para aprestar armadas con destino al descubrimiento de nuevas tierras, los Reyes Católicos concedieron los permisos y dictaron las disposiciones del caso para reglamentar estas expediciones; pero Colón se opuso tenazmente a ellas alegando que la concesión de tales permisos iba contra sus privilegios.

La actitud de Colón, al pretender que nadie más que él tenía facultad para descubrir tierras, pudo traer malos resultados. Los paises rivales de España en materia de navegación, Portugal e Inglaterra, descubierta la nueva ruta por la vía de Occidente, se aprestaron a aparejar armadas para lanzarlas en aquella dirección. En 1494, Juan Caboto, célebre navegante italiano al servi-

cio de Inglaterra, descubrió Terranova y los territorios limítrofes, siendo el primer marino que llegó oficialmente al continente americano, considerado hasta entonces como parte del continente asiático, por lo que no hace fuerza el argumento de los que alegan que si los vascos en sus expediciones pesqueras llegaban con anterioridad al famoso banco, debieron darlo a conocer, *por tratarse de nuevas tierras*. Tardaron aún bastantes años para hallar la continuidad de estas tierras con las del resto de América. Lo cierto es que los Cabotos encontraron allí pescadores europeos de ballenas y hablan de *bacallaos*, palabra euzkérica con que se designa el pez que en extraordinaria abundancia vive en aquellas aguas.

Ajustó Colón con los Reyes un convenio para llevar pobladores a los nuevos territorios, pero no halló gente para cumplir con sus compromisos. De aquí vino que se pensara—y se dictaron las disposiciones del caso—en utilizar los presidiarios. Al efecto, se concedió indulto a los reos de delitos comunes, excepción hecha de los más graves, como el de lesa majestad, herejía, muerte sobre seguro, moneda falsa, etc., para que pudieran ir a poblar las nuevas tierras americanas. Débese advertir que estas disposiciones duraron poco tiempo, y que las primeras poblaciones de América estaban compuestas de toda clase de personas, no escaseando gente distinguida y de significación en todos los órdenes. Pero por estos años, la fama de América, por causas ya expuestas, sufrió un enorme quebranto; y Colón, en su tercer viaje, no hallando hombres de mar

para tripular los barcos, echó mano de presidiarios, costumbre seguida en otras partes, especialmente en Inglaterra, y que imperó durante varios siglos. La gente de galeras era gente de presidio; y la *chusma* de la marinería, la hez de los establecimientos penales. Mas en la carrera de América, conviene observarlo, por no emplearse los remos como agente motor de las naves, no se conocían los que propiamente se llamaban galeotes.

II

Al mando de seis naves zarpó Colón para su tercer viaje del puerto de San Lúcar el 30 de mayo de 1498. Al llegar a Gomera, dispuso que tres de ellas marcharan directamente a Santo Domingo al mando de Pedro de Arana, «natural de Córdoba, dice Las Casas, hombre muy honrado y bien cuerdo, al cual yo muy bien conocí, hermano de la madre de don Hernando Colón, hijo segundo del Almirante y primo de Arana, muerto en Navidad.» Estos Aranas, como queda dicho, eran de progenie vasca. Con las otras tres naves, tomó Colón la derrota de Cabo Verde, desde donde puso proa al Sudoeste. Llegó a las cercanías del Ecuador, pero el excesivo calor y las persistentes calmas, le obligaron a subir más al Norte, manteniéndose luego en la dirección primera. Cuando los bajeles no tenían más que un barril de agua cada uno, pues por habérseles roto los aros, a causa del calor, se les derramó gran parte del líquido, el 30 de julio, divisaron la isla Trinidad,

donde hicieron aguada, y el 1.º de agosto, miércoles, el Continente, que tomaron por isla. La costa a la que habían llegado era la del golfo de Paria, situada cerca de las bocas del Orinoco, Venezuela, en el paralelo 10 Norte.

Una de las naves de la expedición era vasca, mandada por el piloto Pedro de Ledesma, a quien Labayru, al parecer, le hace vasco, siendo, según Herrera, sevillano. También tomaran parte en este descubrimiento, Martín de Arriarán, tonelero, avecindado en Sevilla; Pedro de Bilbao, el larrabezuano del primer viaje; Bernardo de Ibarra, vecino de la villa de Santiago. Estos vascos llevaban puestos de alguna importancia, pues Ledesma aseguraba más tarde «haber ido con Colón a Paria» y que «iba de piloto»; a Arriarán se le consideraba como oficial, y Bernardo de Ibarra figura repetidas veces en el pleito entre el Fisco y don Diego Colón, donde declara que en este viaje «escribió una carta que el Almirante escribiera al Rey e Reina, nuestros señores, haciéndoles saber las perlas y cosas que había hallado, y le envió señalado con la dicha carta una carta de marear los rumbos e vientos por donde había llegado a Paria; e que este testigo—Bernardo de Ibarra—oyó decir que por aquella carta se habían hecho otras copias», de las que otros se sirvieron en las navegaciones sucesivas. Se ve por lo que antecede que nuestro paisano Ibarra debió poseer cierta ilustración cuando sirvió a Colón de secretario o amanuense.

No fué larga la estancia del Almirante en las costas del Continente americano. Atravesó el estrecho o las

llamadas bocas del Drago o Dragón, entre la isla Trinidad y Venezuela, tocó en la isla Margarita y la reconoció, y se dirigió a Santo Domingo, centro único por entonces de la vida europea en América, encontrando más alterada que nunca la nueva colonia, en cuyos disturbios tenían parte no escasa los hijos del país vasco.

III

Por el mes de mayo del año siguiente de 1499 se verificó el viaje más largo y de mayor importancia de los hasta entonces efectuados a las costas del Nuevo Mundo. Y el que condujo la brillante expedición era el mismo que facilitó su buque a Colón para el primer viaje; el mismo que en éste y en el segundo, le acompañó, marcando los rumbos; el mismo que, a la vuelta, debía dar a conocer las nuevas tierras americanas en un trabajo geográfico que ha arrancado los mayores elogios a las personas entendidas en la materia.

Se trata de Juan de la Cosa o Juan Vizcaíno.

En las Navidades de 1498, llegaron a la Corte de España noticias del descubrimiento del golfo de Paria por Colón en carta que el vasco Bernardo de Ibarra asegura haberla escrito por orden del Almirante. Se recibieron asimismo muestras de perlas y granos de oro; y la presencia de estos indicios de riqueza despertó la codicia y el espíritu aventurero de los osados nautas y capitanes de aquel tiempo. El primero en adquirir licencia para los descubrimientos fué Alonso de Hojeda, natural de Cuenca, quien asoció a su empresa a Juan

de la Cosa, «gran marinero en el concepto común, escribe Navarrete, y en el suyo no inferior al mismo Almiralte». «Iba por piloto Juan de la Cosa Vizcaíno, se lee en Herrera, hombre de valor»—valer—, en cuyo pasaje emplea el concienzudo cronista el aditamento de Vizcaíno, no como segundo apellido, sino para indicar el lugar de nacimiento, conforme lo hace en otras partes de sus décadas, tratando de otros personajes, inclusive vascos.

El venerable Padre Las Casas da prolijas noticias respecto a los preparativos de esta expedición y acerca del personal de más viso que en ella tomó parte, todo ello para rebatir, como lo hace victoriosamente, la incalificable audacia de Américo Vespucci al pretender que fué él el primer navegante que arribó a las playas del Nuevo Mundo. Trascribamos sus palabras, por ser ésta una de les veces en que al referirse a Juan de la Cosa, le llama clara y distintamente vizcaíno. «Llegó la relación de este descubrimiento—la de Paria—y la figura de la tierra que el Almirante envió luego a los Reyes, todo lo cual vino a manos del Obispo Fonseca», de quien en otra parte dice que «era muy capaz para mundanos negocios, señaladamente para congregar gente de guerra para armadas por la mar, que era más oficio de vizcaínos que de Obispos». «Esto, continúa, le inclinó a ir a descubrir. Buscó armadores en Sevilla y en el Puerto de Santa María. Y así el primero que después del Almirante fué a descubrir no fué otro que Alonso de Hojeda... que trabajó en llevar en su compañía todas las personas que pudo, marineros, y que más de las

navegaciones de esta tierra sabían, que no eran otros que los que habían venido con el Almirante. Estos fueron los principales en aquel tiempo: uno de ellos, Juan de la Cosa, vizcaíno, que vino con el Almirante cuando descubrió esta isla, y que después fué también con él al descubrimiento de las islas de Cuba y Jamaica...»

Formaba también parte de la expedición, como indicado queda, un hombre célebre, pero con celebridad robada: Américo Vespucci, que debía legar su nombre para designar las nuevas tierras que iba a conocer en una extensión considerable merced a la extraordinaria pericia y acierto del insigne piloto vizcaíno. Este Vespucci, florentino, establecido en Sevilla, abandonó la profesión mercantil y se entregó al estudio de la cosmografía y de la náutica con el deseo de abrirse carrera más lucrativa y gloriosa, cosas ambas que logró a entera satisfacción, pues llegó a medrar mucho en la Corte y ha dado su nombre, indebidamente, a uno de los cinco continentes del globo.

Se componía la flotilla de dos barcos. Iba por maestre o patrón de uno de ellos y piloto general, nuestro Juan Vizcaíno, nombre con que por este tiempo y con anterioridad era generalmente conocido; capitán general de la armada, Alonso de Hojeda; capitán del otro navío, Hernando Ladrón de Guevara, que puede ser el mismo Guevara que tanto figuró más tarde en los disturbios de Santo Domingo; un Ochoa, criado de Hojeda; Juan Alonso Vizcaíno, marinero; y un calafate vizcaíno, llamado Pedro de Laredo.

La expedición zarpó del Puerto de Santa María, el

18 de mayo, según Vespucci, el 20 conforme a Herrera. Tocó en las Canarias, donde se proveyó de leña, y se engolfó desde Gomera, siguiendo el rumbo del último viaje de Colón. A los veinticuatro días de haber abandonado las islas Canarias, al decir de Navarrete, o a los veintisiete de la salida de España, según refiere Herrera, llegaron a la vista del continente americano; viaje verdaderamente asombroso por su rapidez, tanto que le pareció inverosímil al mismo Colón, como luego se verá.

La expedición vió tierra a doscientas leguas al Este del golfo de Paria, según declara el propio Hojeda, en las cercanías del Ecuador, en el parelelo 3 Norte, al parecer en las costas de Suriñán, las actuales Guayanas, según Navarrete. Vino la armada bordeando hacia el Noroeste, hasta el antedicho golfo de Paria, cerca de la isla Trinidad, sin desembarcar en el espacio intermedio. Vieron dos grandes ríos que hacían dulce el agua del mar. El primero venía de Sur a Norte, y debe ser el que hoy decimos Esequibo, en la Guayana holandesa, al que le pusieron el nombre de Río Dulce; y el segundo traía el curso de Oeste a Este, y sea acaso el Orinoco.

Desembarcaron en tres lugares diferentes de la isla Trinidad y vieron en la costa meridional mucha gente que les observaba desde la orilla. Los naturales eran caribes o caníbales, según Vespucci, quien adorna su relato con detalles fantásticos y caprichosos.

Desde este lugar navegaron al golfo de Paria, y hallaron señales de haber estado Colón en la isla Trini-

dad, circunstancia que omite Américo para cubrirse con glorias ajenas. Pasado el estrecho, siguieron los descubridores la costa continental de América hasta el golfo de las Perlas o Cumaná, visitaron la isla Margarita, reconocieron al paso los islotes llamados de los Frailes y el farallón Centinela y fondearon en la ensenada de Corsarios, al que llamaron Aldea Vencida

Luego continuaron reconociendo toda la costa, «de puerto en puerto», conforme a la expresión del piloto Morales, hasta Fuerte Flechado, hoy Chivirichí, donde en una refriega con los indios tuvieron veintiún heridos, de los cuales murió uno, luego que le llevaron a curar a una de las ensenadas, que están en aquel puerto, la Vela de Coro, donde permanecieron veinte días, dedicados a recorrer los navíos.

Desde este lugar se dirigieron a la isla Curazao, hoy colonia holandesa, que llamaron de los Gigantes, donde supuso Américo que había Pantesileas y Anteos de descomunal estatura. Pasaron luego a una que juzgaron isla, distante veinte leguas de la de Curazao, y desde ella vieron el Cabo, que forma una península, y le llamaron de San Ramón, probablemente por ser su día.

Montado el Cabo, entraron en un gran golfo, en cuyo costado oriental, aplanado y limpio, vieron una gran población, y las casas que la formaban apoyadas sobre estacas hincadas en el fondo. Llamáronle golfo de Venecia, por la semejanza con esta ciudad italiana. Los indios le llamaban golfo de Coquibacoa y se le conoce en el día con el nombre de golfo de Venezuela.

Dicen Herrera y Las Casas, copiando a Vespucci, que este pueblo estaba formado como Venecia sobre el agua por veintiseis casas grandes, de hechura de campana, con puentes levadizos, por donde los indios andaban de una casa a otra. Éstos, temerosos, al ver los navíos, alzaron los puentes y se recogieron en sus casas.

Reconocieron el interior del golfo, y descubrieron, el 24 de agosto según parece, el lago y puerto de San Bartolomé, hoy laguna de Maracaibo, donde cogieron algunos indios de notable belleza y disposición. Doblaron el cabo de Coquibacoa y fueron costeando todo el litoral hasta el Cabo de la Vela, cerca de Bahía Honda —Colombia—, último término de esta larguísima navegación, pues el 30 de agosto pusieron rumbo a Santo Domingo, entrando en el puerto de Jáquimo el 5 de septiembre.

Aquí cabría hacer una pregunta: ¿Quién descubrió la América Continental? En realidad Colón, pues tenemos dicho que tocó antes que nadie en el golfo de Paria, en atención a que no eran permitidos los viajes de descubrimiento. Pero Colón creyó que aquella costa era perteneciente a una isla, puesto que da a entenderlo claramente. No así nuestro Juan Vizcaíno. Recorrió las Guayanas, todo Venezuela y una sección de Colombia. Aquel extenso litoral no permitía ya poner en duda que se trataba de un continente. Fué, pues, el primer navegante que supo y tuvo conciencia de la magnitud o extensión de aquellas tierras desconocidas para el resto del mundo civilizado, es decir, de la existencia de un ignorado continente en el límite occidental del Atlántico.

IV

Está demostrado por testigos presenciales el extenso litoral que recorrió la expedición dirigida por el habilísimo y reputado marino Juan de la Cosa, al ventilarse los descubrimientos efectuados en aquellos tiempos por diversos navegantes. Todos convienen en que la dirección náutica del viaje fué de la exclusiva competencia del piloto y cartógrafo vasco. «Cuanto en este viaje se hubiese descubierto, asienta Herrera, a Alonso de Hojeda, natural de Cuenca, como capitán, y a Juan de la Cosa, como piloto, se debe la gloria». Refiere Las Casas, además, que obtenido por Hojeda el permiso para la expedición, estuvo buscando los pilotos más expertos a fin de encargarles la dirección de ella, citando, en primer lugar, a Juan de la Cosa, como el marino más hábil entre todos los de su tiempo para tal empresa.

Y adviértase que hasta ahora no hay descubrimiento ni acontecimiento geográfico notable en que no figure en primer término algún vasco, y que América va apareciendo de entre las brumas en que se hallaba sumida geográficamente para el resto del mundo, merced a los esfuerzos de nuestros navegantes, marinos y pilotos. En esta ocasión, la gloria, indebidamente, fué para Américo. Este astuto italiano hizo circular por Europa la historia de este viaje; la rodeó de circunstancias estupendas; dió a entender en relatos y cartas a personas de elevada posición, que fué él el primero que arribó al Continente; publicó, más tarde, algunos mapas, y la

gente estudiosa, engañada por estas referencias, comenzó llamando América a la tierra vista mentidamente por vez primera por Américo, despojando, en primer término, a Colón, y después a nuestro Juan Vizcaíno, de la gloria que les correspondía, con la circunstancia de que precisamente durante este viaje debió terminar Juan de la Cosa el elogiado mapamundi, que ha permanecido olvidado casi hasta nuestros días.

Conviene observar, para discernir a cada cual el mérito que le corresponde, que a la denominación de capitán, empleada en estas expediciones, no corresponden las mismas funciones que se asignan hoy al capitán de un buque. Los barcos que navegaban a América en los primeros tiempos y los que se dedicaban a los descubrimientos, llevaban dos clases de tripulantes: la una formada por el elemento militar, la otra por los marineros o personas consagradas al mar. El jefe militar era llamado capitán; pero éste, casi siempre, no entendía de navegación. Quien se encargaba de la dirección náutica del barco era el llamado maestre o patrón, y los pilotos, que por lo común eran varios. La gloria, en los descubrimientos marítimos, corresponde, por tanto, en primer término, al que marcaba en el buque el rumbo y dirigía el viaje. El llamado capitán era el jefe de la fuerza armada en los casos de desembarco.

Y otra nota. Es tal la ignorancia que reina en general sobre la historia de los descubrimientos marítimos, que hemos visto atlas, adoptado como texto en el Instituto de Bilbao, que atribuye el descubrimiento de estas costas a Hojeda y Américo Vespucci. Vespucci por

entonces no debía pasar de simple estudiante de náutica, que hacía prácticas al lado de un coloso, Juan Vizcaíno, a quien no se menciona para nada, ni en esta ocasión ni en otras. ¡Qué injusta es con ciertos hombres la que a veces llaman historia!

V

Hallándose en el puerto de Jáquimo—Santo Domingo—la escuadra que tan brillantemente acababa de recorrer por vez primera las costas de las actuales Guayanas, todas las de Venezuela y parte de las de Colombia, mandó Colón a Roldán que se informara en virtud de qué permiso real se habían realizado dichos descubrimientos. Llegado Roldán a los barcos, halló en ellos, dícele en carta a Colón, «a Juan Vizcaíno, el cual me mostró una capitulación que tenía para descubrir».

Días más tarde, escribió Colón a los Reyes: «Hojeda llegó há cinco días al puerto del brasil. Dicen estos marineros que según la brevedad del tiempo que partió de Castilla, que no puede haber descubierto tierra». Esta incredulidad de Colón es sin duda un título que abona la pericia del piloto que dirigió la expedición.

Por el mes de febrero abandonó la escuadra la isla de Santo Domingo. Según refiere Vespucci, en carta a los Médicis, navegaron al Norte de la Española—Santo Domingo—doscientas leguas, cosa que no parece exacta, descubriendo más de mil islas, por el archipiélago de las Lucayas, casi todas habitadas, detalles que debió facilitarle el mapa de Juan de la Cosa, trabajo

que éste realizaba probablemente a bordo y quien conoció dicho archipiélago en el primer viaje de Colón. Agrega Vespucci que en una de estas islas tomaron doscientos treinta y dos indios, para venderlos por esclavos en España, especie muy dudosa, observa Navarrete, pues no tenían capacidad para ello las dos carabelas, cuya tripulación era de cincuenta y seis hombres, y por estar dicha venta prohibida en España.

Si geográficamente fué notable el viaje de Juan Vizcaíno, los provechos materiales fueron escasos, pues según Vespucci, deducidas las costas, no *rescataron* más que doscientos ducados para dividirlos entre ciento cinco personas y esto que a más del producto de los esclavos, se trajo cantidad de perlas y granos de oro.

La expedicion navegó de vuelta a España por las Azores, las Canarias y Madera, y llegó a la bahía de Cádiz a mediados de junio de 1500.

CAPITULO VII

EL PRIMER MAPA DE AMÉRICA

(1500)

I. Su autor Juan de La Cosa.—Progresos que representa.—¿Cuál es la isla Gunahaní?— Admiración de Humboldt por La Cosa.— II. Fué sacado de España, comprado a vil precio.—Lo que ha costado su readquisición.—Descripción del mismo por Fernández Duro.

I

El año que estamos historiando nos constriñe a ocuparnos de un memorable acontecimiento geográfico, que se relaciona con el Nuevo Mundo, y en el que toda la gloria es del hasta hace poco oscuro piloto vasco Juan de La Cosa: nos referimos a su memorable mapamundi en que dibujó la parte de América conocida hasta entonces, merced a sus esfuerzos, siendo el primer documento que se posee, de esta especie, relativo al Nuevo Continente, mereciendo unánimes y universales elogios de parte de cuantos se

han ocupado de los progresos de la Geografía. Uno de ellos, el sabio Humboldt, ferviente admirador de nuestro paisano, contribuyó a divulgar su fama y sacó de la oscuridad el encomiado mapamundi, como documento histórico ilustrativo de los hechos del descubrimiento de América.

«Entre las riquezas que contiene la biblioteca del barón de Walckenaer, escribe en una de sus eruditas obras, he tenido la dicha de averiguar, en la primavera del año 1832, durante mi último viaje a París, el autor y la fecha de un mapamundi que ha dado ocasión a observaciones interesantísimas.

«El Nuevo Continente fué dibujado por Juan de la Cosa, que acompañó a Colón en su segundo viaje— y también en el primero—y que era el piloto de Alonso de Hojeda en la expedición de 1499, en la que iba Américo Vespucci. Para comprender la importancia de este MONUMENTO GEOGRÁFICO, basta recordar que es anterior en seis años a la muerte de Colón y que los mapas más antiguos de América, no insertos en las ediciones de Ptolomeo ni en las cosmografías del siglo XVI conocidas hasta ahora, son los de 1527 y 1520 de la biblioteca del Gran Duque de Sajonia Weymar».

Repecto a los progresos en la cartografía que el mapa de La Cosa representa, Humboldt se expresa en esta forma: «Sin embargo, comparando los mapas anteriores de Andrés Vianco, Benincasa, de Jacobo de Giraldis, de Fra Mauro y de Martín Behain con un mapa que el barón de Walckenaer y yo hemos re-

conocido recientemente ser de 1500 y de mano de Juan de la Cosa, compañero de Colón, sorprende que sea bastante medio siglo para producir *cambio tan grande*, no sólo en las ideas cosmográficas, sino también en el trazado y concordancia en las líneas de yacimiento».

Humboldt se apoya en el mapa de Juan Vizcaíno para sostener contra Navarrete y otros que Guanahaní o San Salvador, primera tierra descubierta por Colón, no es una de las islas Turcas. Deplora la incertidumbre que reina entre los historiadores acerca del punto donde por primera vez desembarcó Colón y agrega: «Afortunadamente estoy en situación de acabar con estas incertidumbres por medio de un documento geográfico tan antiguo como desconocido, documento que confirma irrevocablemente el resultado de los argumentos que consignó en su obra Mr. Washigton Irving contra la hipótesis de las islas Turcas».

Con el mapa de Juan de la Cosa, Humboldt sigue el itinerario de la ruta que Colón recorrió en su primer viaje, en esta forma: Guanahaní o San Salvador el Grande, Santa María de la Concepción, Fernandina, Saonete o Isabelina; y, al regreso, Cuba y Haití —Española—. La posición de la isla de Guanahaní, fijada definitivamente por Humboldt, conforme al mapa de Juan de la Cosa, cuya parte copió en el suyo en 1520 el geógrafo Ribero, es una de las Bahamas, al Oeste de la isla de la Tortuga, entre Samaná e Isla Larga—*Long Island*—, al que llaman Jumay, próxima a la tierra de Cabacos, corrupción de Habacoa.

En el mapa de La Cosa se encuentran asentadas todas las islas que Colón anotó en el diario de su primer viaje y aun aquellas que sólo fueron visibles a simple vista. Dice Humboldt para explicar esto que, en el segundo viaje, Colón debió dar cuenta detalladas a la Cosa de su primera navegación; pero no hay necesidad de recurrir a tal hipótesis estando probado como está que se encontró en la primera expedición, para realizar la cual aprontó su propio navío.

El eminente Humboldt tenía el propósito de dedicar estudios más extensos sobre nuestro paisano, como se desprende de las siguientes palabras: «No anticiparé los amplios informes que he de dar de Juan de la Cosa al describir el mapamundo del célebre navegante», sobre cuyas palabras pone el traductor esta nota: «El autor proyectaba hacerlo en una continuación de esta obra, que no ha sido publicada ni probablemente escrita». «Baste recordar, continúa Humboldt, que La Cosa acompañó a Colón en el segundo y acaso también en el tercer viaje (1), y que en otras expediciones fué muchas veces, hasta el año 1509, a las costas de las Grandes Antillas; que Anghiera elogia su talento para dibujar cartas marinas y que Las Casas, al habla de los consejos dados por La Cosa a Bastidas, el mismo año de 1500 en que dibujó el mapa, dice «que el vizcaíno Juan de la Cosa era entonces el mejor piloto que pudiera haberse para los mares de las islas occidentales».

(1) No le acompañó en el tercero, pero sí en el primero y segundo.

II

El mapa de Juan de la Cosa se sacó de España sin conocer el mérito histórico y geográfico que encerraba. Actualmente se halla en el Depósito Hidrográfico de Madrid. Acerca de estas andanzas del mapa del piloto encartado, así como de sus condiciones de factura y otros detalles, encontramos en Fernández Duro las noticias que enseguida trascribimos:

«A principios de marzo de 1853 publicaron los principales diarios de París el anuncio de la venta en subasta de la biblioteca del barón de Walckenaer, insigne geógrafo que había logrado formar una notable colección de cartas, planos y otros documentos interesantes y raros en la historia de la ciencia a que se consagró. El diario *La Presse*, encareciendo la riqueza y curiosidad de la colección de cartografía, llamaba la atención hacia la carta de Juan de la Cosa, «el más »interesante documento geográfico que nos ha legado »el fin de la Edad Media».

«Don Ramón de la Sagra, que reproduce por calco en su libro *Historia política y natural de la isla de Cuba* la parte concerniente a América, trabajó ante el gobierno español y por medio de la prensa, haciendo varias publicaciones, para readquirir un documento que nunca debió salir de España, puesto que es la mejor prueba de los conocimientos científicos que poseían los que acompañaron a Colón en el descubrimiento de las Indias Occidentales. En virtud de

las gestiones anteriorres, el 31 de marzo del mismo año, se dió una real orden para adquirir el mapa con destino al Depósito Hidrográfico.

«Pero la adjudicación no fué fácil. Se presentaron en la subasta particulares ingleses, rusos y un comisionado de la Biblioteca Imperial de París, obstinándose en alcanzar la propiedad del documento, cuya tasación fueron pujando hasta cuatro mil francos. Sagra lo adjudicó elevando la oferta a cuatro mil trescientos veintiuno».

Cuenta Fernández Duro que consultado Navarrete acerca de cómo había salido de España el mapa del piloto vasco, contestó que el Sr. Walckenaer, embajador de Holanda, compró la carta en una almoneda, probablemente a cualquier precio, pues agrega: «Sobre esto tendría mucho que hablar».

«Comprende el mapa—continuamos copiando a Fernández Duro, pues no conocemos el documento—Europa y Africa completas, una gran parte de Asia y *la costa occidental de América*, es decir, el mundo entonces conocido. No tiene la carta conformidad con las modernas, siendo dificultoso el examen minucioso y la determinación de algunos puntos, no tanto por la comparación analítica con los documentos modernos, como por las injurias del tiempo, que algo han alterado la configuración de la superficie del plano, los perfiles de la costa y las letras de los nombres, aunque no está en general en mal estado de conservación.

«Dibujada sobre pergamino, ha sido cosida sobre un

lienzo fuerte y unidas las dos hojas de que consta, formando un rectángulo de un metro ochenta y tres centímetros el mayor lado, por noventa y seis centímetros los adyacentes, encuadrados en un marco y con cristal que le defienda del polvo.

«La parte superior fué redondeada, recortando el pergamino por la línea del dibujo, que no tenía más objeto que el de embellecer la forma, eliminando las lagunas que habían necesariamente de quedar en los lugares correspondientes a las tierras ignotas de América.

«Sirve de eje del rectángulo de la carta, el trópico de Cáncer—Cancro—, siendo el Oeste el extremo superior, en el cual, tocando el arco de círculo que remata la figura del documento, hay otro rectángulo pequeño a manera de cuadro con marco. Contiene éste una efigie de San Cristóbal en el acto de pasar el río, apoyado en un pino y llevando en los hombros al Niño Jesús, alusión evidente al Almirante Cristóbal Colón.

«Al pie del cuadrito de la imagen, como inscripción, se lee:

JUAN DE LA COSA LA FIZO EN EL
PUERTO DE S.ª M.ª EN ANNO DE 1500».

En el Depósito Hidrográfico figura este mapa con el número 553, y lleva la siguiente nota en el catálogo del establecimiento:

«553. Carta de la parte correspondiente de la América, que levantó el piloto Juan de la Cosa, en el segundo viaje del descubridor genovés, en 1493, y en

la expedición de Alonso de Hojeda en dicho año (1). Sustraída de España, la poseía el barón de Walckenaer cuyos testamentarios la vendieron en pública almoneda, y la adquirió el Depósito Hidrográfico».

Omitimos, por no extender excesivamente esta materia, los elogios que han tributado otros geógrafos al mapa de Juan de La Cosa, pues para la gloria de éste nos parece bastante con lo que queda expuesto. Pero debemos hacer notar: 1.° Que este mapa es el primero de América; 2.° Que tiene el raro mérito de representar lo que su autor descubrió en el Continente Americano, es decir, todo lo que hasta entonces se conocía respecto al Nuevo Mundo; 3.° Que representa a Cuba como isla, teniéndola por entonces el propio Almirante como continente; 4.° Que trae detalles de la parte occidental de Africa no apuntados en los mapas portugueses, lo que prueba que Vizcaíno navegó por aquella costa antes que conociera a Colón en 1492, pues desde este año viajó siempre para América.

---

(1) Hay un error en esta indicación: la expedición de Hojeda, dirigida por Juan Vizcaíno, descubriendo un extenso litoral americano, comenzó en 1499 y terminó en 1500, mes de junio, año de la fecha que lleva el mapa.

CAPITULO VIII

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

(1499-1518)

I. Heroismo de los descubridores.—Descubrimiento del Brasil.—II. Nuevo viaje de Juan de la Cosa.—Descubre las costas de Venezuela, Colombia, Panamá y Costa Rica.—Las Casas le trató en Santo Domingo.—III. Cuarto viaje de Colón.—Vascos que en él tomaron parte.—Penalidades y sufrimientos.—Ardid de Colón para hacerse de víveres.—IV. La Cosa vuelve a Urabá.—Observaciones a los cargos que le hace Oviedo.—Festín de carne humana.—Indignación de La Cosa.—Los indios tratan de matarle.—V. Resumen de los descubrimientos.—Descubridores de la América Septentrional.—Se trabaja por buscar un paso al través de América.--Naves vizcaínas.--Expediciones de Pinzón y Solís, de Ponce de León, de Grijalva y del vizcaíno Garay.

I

Una vez que el gobierno español autorizó los viajes de descubrimiento, émulos dignos de Colón to-

maron sobre sí la ardua empresa de explorar las desconocidas costas americanas, probando con sus hechos que eran tan hábiles y expertos marinos y pilotos como el propio Almirante. Es verdad que el espíritu del lucro alentaba a estos intrépidos aventureros, pero esta circunstancia no amengua el alto valer de sus hazañas. Por otra parte, no es posible dejar de reconocer la grandeza épica de aquellas atrevidas expediciones, realizadas en ruines barcos, de un tonelaje irrisorio, que combatían con las temibles tempestades y borrascas de la zona tórrida, que atravesaban mares ignotos y costas desconocidas, luchando sin tregua contra todo género de peligros. Debido a sus esfuerzos, se prolongaba cada año el perfil del ignorado Continente, llamado a ser teatro de hechos tan grandes y memorables que sobrepasan a los más soñados que imaginó la fabulosa antigüedad, para cantar y sublimar los cuales no ha aparecido aún un genio que los conciba y los haga sentir en toda su grandeza y heroísmo. Los vascos podemos con orgullo ufanarnos de la parte principalísima que en esta colosal obra tuvimos por lo hasta aquí narrado y por lo que nos falta que narrar.

Poco después de la expedición de Hojeda y La Cosa que queda relatada, salió de Saltes la de Alonso Niño, que no adelantó en nada lo que hasta entonces se conocía de América. Tocó en el golfo de Paria y en Cumaná, siguió el rumbo conocido y estuvo de vuelta a mediados de abril de 1500, en Bayona, Galicia. Rescató muchas perlas, siendo, como negocio, un

viaje afortunadísimo, lo que contribuyó a acrecentar el entusiasmo por las expediciones a lejanas tierras.

En diciembre de 1499 salieron del Puerto de Palos los famosos marinos Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís. Iba de piloto Pedro de Ledesma. Fué la primera expedición que atravesó la línea equinoccial por aquellos mares, perdiendo de vista la estrella polar. El día 20 o 26 de enero descubrieron el cabo San Agustín, Brasil, en el paralelo 8 Sur. La armada vino costeando la tierra, y al repasar el ecuador, hallaron dulces las aguas del mar: era que estaban frente al gran río Marañón o de las Amazonas, cuya boca reconocieron. Continuando la ruta llegaron hasta el golfo de Paria, y de allí emprendieron el regreso, entrando en Palos el 23 de septiembre de 1500.

El portugués Pedro Alvarez Cabral salió de Lisboa para las Indias Orientales con trece navíos el 2 de mayo de 1500. Con el objeto de evitar las calmas del golfo de Guinea, se echó mar afuera; pero sorprendido por los temporales, fué llevado a las costas de una tierra desconocida a la que llamó Tierra Santa Cruz: era el Brasil. Había llegado al paralelo 10 Sur y continuó los descubrimientos hasta Puerto Seguro.

Diego de Lepe recorrió igual itinerario que Yáñez Pinzón y Solís, pero dobló el cabo de San Agustín, último punto al que éstos habían llegado, viendo que continuaba la tierra en dirección Sudoeste.

No se conoce la composición de las tripulaciones que en estos viajes tomaron parte, por lo que se ignora el personal con el que los vascos contribuímos para

realizarlos. Queda consignado que en el efectuado por Yáñez Pinzón y Solís se hallaba el piloto Ledesma.

II

El año 1500, por el mes de junio, un Rodrigo de Bastidas, escribano de Sevilla y vecino del barrio de Triana, capituló para descubrir, concertándose con algunos, «y en especial con Juan de la Cosa, vizcaíno —palabras de Las Casas—, que por entonces era el mejor piloto que para aquellos mares había, por haber acompañado al Almirante en todos los viajes». Bastidas no era hombre de mar; en el viaje desempeñaba el papel de capitalista, que, después de obtener el permiso del gobierno, lo que se llamaba capitular o concertar, interesaba a otros y buscaba persona apta para la dirección náutica del viaje, aunque llevaba como jefe o armador, que diríamos hoy, el título de capitán, pues por este tiempo y aun después se otorgaba este cargo a personas ajenas a las cosas de mar y que a veces se embarcaban por vez primera.

La flota aparejada y costeada por Bastidas no estuvo lista hasta octubre del año siguiente de 1501 en que abandonó la bahía de Cádiz. La primera tierra descubierta fué la que llamaron Isla Verde, entre Guadalupe y el Continente. Reconocieron el golfo de Venezuela y la tierra al Sur y al Oeste de dicho golfo, llamada de Coquibacoa. Desde el cabo de la Vela, último término de sus descubrimientos anteriores, La Cosa continuó navegando más de ciento cincuenta le-

guas, y pasando frente a las costas de Santa Marta y bocas del gran río Magdalena, dejándolas atrás, divisó el puerto de la Galera, el de Zamba y el de Cartagena, nombre entonces impuesto; vieron la isla Barú y la de San Bernardo; y siguiendo la ruta en dirección de la costa, descubrieron la isla Fuerte, Tortuguilla, puerto de Cispara y río Sinú, punta Caribana, y entraron en el golfo de Urabá o Darién del Norte, donde la mar hace un profundo seno llamado la culata de Urabá. Doblada la punta del Tiburón, continuaron hacia el Noroeste cosa de cincuenta y ocho leguas hasta el cabo San Blas, y recorridas diez leguas más al Oeste, llegaron al término de sus descubrimientos, en el paralelo 10 Norte, en el puerto del Retrete o de Escribanos, frente al paraje donde algunos años más tarde se fundó la villa de Nombre de Dios. Colón, en el cuarto viaje, tocó en este sitio, ya descubierto por La Cosa.

El severísimo Las Casas, que tan formidables acusaciones tiene para la mayoría de los descubridores y conquistadores de América, emplea, hablando de Bastidas, frases de encomio por los sentimientos humanitarios con que procedió en este viaje, diciendo de él que no consta que hiciera ni recibiera agravios de parte de los indios en sus tratos y contratos En cuanto a sus resultados geográficos, dice Navarrete que fueron fruto de su principal piloto, quien con este viaje llevaba ya recorrido, por vez primera, gran parte del litoral sudamericano, panameño y una sección del de la América Central, es decir, que sólo él, hasta

este tiempo, descubrió mayor extensión del Continente que todos los demás descubridores juntos. ¡Y a este hombre eminente no se le ha hecho aún justicia, y pasa desapercibido, lo que es más, desdeñado, en calidad de vasco, en su tierra y entre los suyos!

En el viaje de regreso, la expedición anduvo desgraciada por circunstancias imprevistas. Las naves eran comidas de la broma, que en los mares de la zona tórrida, según declara Navarrete, llega hasta a taladrar la madera de los buques, accidente que comenzaba a ser conocido en aquellos días, por lo que con gran dificultad pudieron arribar a Jamaica, de donde se dirigieron a Santo Domingo para repararlas.

Dos veces intentó la expedición continuar el viaje a España, pero hubieron de volver en ambas de arribada, a causa de los temporales, la segunda vez a Jaraguá, hoy Puerto Príncipe. Y como no cejara el mal tiempo, se perdieron allí las dos naves, logrando salvar gran parte de los efectos de a bordo y conducirlos a Santo Domingo. Así lo refiere el venerable Padre Las Casas, quien agrega que conoció en esta ocasión a Bastidas y a La Cosa: «Allí los vide yo entonces, y parte del oro que se había habido». Este testimonio es muy precioso, pues es lógico suponer que al afirmar en estas cicunstancias que Juan de la Cosa era vasco, tuvo ocasión de saberlo.

Regresaron Bastidas y La Cosa a Cádiz el mes de septiembre del año antes mencionado. En premio del viaje y de los descubrimientos efectuados a su costa se concedió a Bastidas una pensión vitalicia, sobre los

frutos procedentes de Urabá y Sinú, lugar poco distante de la bahía del mismo nombre. A Juan Vizcaíno se le otorgó igual pensión, y a más la gracia de alguacil mayor de las tierras del golfo de Urabá para cuando hubiese gobernador.

Por enero de 1502 salió con cuatro navíos una expedición formada por Hojeda, siendo capitán de uno de los barcos Juan de Vergara, vecino de Logroño, pero cuyo apellido hace sospechar que fuese vasco. Entre la oficialidad figuraba un Rodrígo Vizcaíno, carpintero de naves. También se mencionan en las actuaciones del juicio entablado contra Hojeda, un Martín de Vergara y Diego de Munguía, vizcaíno, dicen los autos, natural de la villa de ese nombre. La expedición no descubrió ningún nuevo territorio. Desde el golfo de Paria pasaron a la provincia de Santa Marta, Colombia, llegando hasta Urabá. En Cartagena, Hojeda mandó levantar dos fortalezas, para hacer algunas *entradas* por tierra. Pero se frustró todo, por cuanto los subalternos Vergara y Ocampo desconocieron la autoridad de Hojeda, le redujeron a prisión y en esta guisa le llevaron a Santo Domingo. Se siguió un proceso ante la audiencia de la isla, del que Hojeda salió condenado, siendo absuelto más tarde en España por el tribunal a que acudió en apelación.

III

El miércoles 11 de marzo de 1502 dió principio Colón a su cuarto y último viaje a América man-

dando cuatro navíos. El puerto de salida fué Cádiz. La primera costa del Nuevo Mundo en que tocó fué Punta Cajinas, hoy Cabo de Honduras, en la república de este nombre, en la América Central. Continuó la navegación hacia el Sur, reconociendo todos los cabos, ensenadas y ríos que halló en el trayecto, hasta llegar al puerto del Retrete o Escribanos el 26 de noviembre, sitio ya visitado por Bastidas y Juan Vízcaíno.

En Portobelo, hoy territorio panameño, al Sur de Urabá, dejó por inútil la nave llamada *Vizcaina*, quedándole sólo dos, pues tuvo que abandonar otra en el río Belén, encallada, sin poder lograr ponerla a flote, En este punto trató de fundar una población, que se considera como la primera de la América Continental, pero desistió del proyecto por los contínuos ataques de los indios.

Existe una relación de la gente que en este viaje llevó Colón a descubrir, de donde son los siguientes nombres, que responden a personas de las que la mayoría fallecieron, pues el viaje por las costas centroamericanas y después de salir de ellas, fué penosísimo.

Carabela Capitana: Diego de Portugalete, grumete, falleció miércoles 4 de enero de 1503; Martín de Arriera —Arrieta—, tonelero; Domingo Vizcaíno, calafate, falleció jueves 6 de abril; Gonzalo de Salazar, trompeta.

Carabela *Santiago de Palos:* Diego de Mendoza, grumete; Domingo Darana—de Arana—, calafate, falleció jueves 6 de abril; Machín—Martín—, carpintero; Juan de Quijo—Quexo o Guecho (?)—marinero.

Navío *Vizcaíno:* Martín de Fuenterrabía, guipuzcoano, contramaestre, falleció el 17 de septiembre de 1502; Pedro de Ledesma, marinero; Miguel de Larriaga—Arriaga o Elorriaga—, ¡grumete, falleció el 17 de septiempre de 1503; Pascual de Anzurraga, grumete, falleció el 27 de junio de 1504; Gregorio de Zaldo, grumete, falleció el 27 de junio de 1503.

En este viaje tomó parte el piloto Pedro de Ledesma que estaba encargado del mando de una nave.

La carabela *Vizcaína* fué fletada en siete mil maravedís al mes. El Almirante la compró más tarde en cuarenta mil, para enviarla a Santo Domingo, sin duda por víveres, al maestre Juan Pérez, cuyo verdadero apellido, probablemente vasco, no se indica. Este Pérez falleció también en la travesía.

Al llegar Colón a territorio panameño, parece que tuvo noticias de que aquella parte del continente formaba un istmo, sobre lo que se expresa con alguna vaguedad, así como de la existencia de un imperio poderoso, que él supone ser del Gran Kan, donde había caballos—llamas—, con cuyo motivo vuelve a su idea persistente de que aquellas partes del mundo formaban los límites más avanzados de la costa oriental del continente asiático.

En esta travesía sufrió Colón indecibles tormentas y tempestades, sembrando de cadáveres, si vale la frase, la fúnebre ruta que recorría, pues la falta de alimentos, las fiebres y las malas aguas diezmaban las tripulaciones de sus barcos. Difícil nos es hoy formarnos una idea de las penalidades que afligían a los

expedicionarios en estos viajes de descubrimiento en frágiles barcos de vela; pero algo podemos colegir de las vivas pinturas que nos ha legado en sus escritos el propio Almirante. Hablando de la travesía de Cuba a Honduras se expresa así en carta a los Reyes:

«Ochenta y ocho días habrá que no me había dejado espantable tormenta, a tanto que no vide el sol ni estrella por la mar; que a los navíos tenía yo abiertos, a las velas rotas y perdidas anclas y jarcias, cables, con las barcas y muchos bastimentos, la gente muy enferma y todos contritos, y muchos con promesa de religión, y no ninguno sin otros votos y romerías. Muchas veces habían llegado a se confesar los unos a los otros. Otras tormentas se han visto, mas no durar tanto ni con tanto espanto. Muchos esmoecieron harto y hartas veces, que teníamos por esforzados. El dolor del fijo que yo tenía allí—Fernando Colón y Arana—me arrancaba el ánima, y más por verle de tan nueva edad de trece años y durar ello tanto... Yo había adolecido y llegado hartas veces a la muerte».

Este don Fernando, a quien Colón alude, refiere en la *Historia del Almirante,* su padre, que los alimentos estaban agusanados y que muchos esperaban la noche para hacer uso de ellos con menos repugnancia. En cambio otros los ingerían con gusanos.

Después que tocaron en lo que es hoy el Istmo de Panama, Colón describe en esta forma otra tempestad en los trópicos: «El viento no era para ir adelante ni daba lugar para correr hacia algún cabo. Allí me detenía, en aquella mar hecha sangre, herbiendo como

caldera con gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso: un día con la noche ardió como horno; y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me había llevado los mástiles y velas: venían con tanta furia espantables, que todos creíamos que me habían de fundir los navíos. En todo este tiempo jamás cesó el agua del cielo, para decir que llovía, salvo que resegundaba otro diluvio. La gente estaba tan remolida que deseaba la muerte por salir de tantos martirios. Los navíos ya habían perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos sin velas...»

Al llegar a Jamaica, le fué imposible seguir adelante. Uno de los navíos, «corrió a coger puerto casi anegado»; el otro «se me anegó en el mismo puerto», son palabras de Colón, cuando porfiaba en continuar el viaje. Con los fragmentos de las naves, fabricaron dos casas pajizas, viéndose aislados del resto del mundo. Para colmo de desdichas, se le insubordinaron unos hermanos Porras, de Sevilla, saliéndose de la obediencia y disuadiendo a los indios que llevaran víveres a los náufragos. Colón, ya anciano, se hallaba enfermo, sin poder casi abandonar el lecho. En estas circunstancias fué cuando empleó el medio de amedrentar a los indígenas valiéndose de sus conocimientos astronómicos. Había de haber eclipse de luna, y con un indio ladino, conocedor del idioma, convocó al cacique y demás naturales el día en que debía ocurrir el fenómeno celeste, y díjoles que Dios, irritado por el abandono en que tenían a los blancos, les mandaría

hambres y otros castigos, en prueba de lo cual miraran aquella noche a la luna y la verían de color de sangre Así fué: aterrorizados los salvajes, vinieron con comidas, pero no apareció Colón ante ellos hasta que transcurrió el momento culminante del eclipse, manifestándoles entonces que Dios estaba ya aplacado por el arrepentimiento que mostraban y calmó sus temores. En adelante, los indios le sirvieron con fidelidad.

No debemos pasar en silencio, pues en ello se ve un rasgo del carácter de Colón, que éste, durante el viaje, recogía cuidadosamente los planos y cartas de marear a todos los de a bordo, para quedarse él como el único conocedor del rumbo, cosa que así lo afirma en su diario, lo cual no es exacto, pues ya antes que él había llegado a aquel lugar nuestro Juan Vizcaíno.

IV

En 1504 efectuó otro viaje al Darién Juan de la Cosa. De este viaje se ocupa extensamente Oviedo y formula algunos cargos asaz severos contra el piloto vasco, en cuyas acusaciones se inspiró con alguna parcialidad el historiador Labayru para repetir contra él iguales recriminaciones. Pero débese observar que Labayru sólo leyó exclusivamente a Oviedo, según aparece de su relato, y no a otros historiadores de Indias, tan bien o mejor informados que éste y sin duda con menos prevenciones hacia algunos personajes que intervinieron en los primeros acontecimientos de la his-

toria del Nuevo Mundo. Por otra parte, Oviedo se aparta algunas veces de lo que otros relatan, especialmente de Herrera, que compuso su historia de los descubrimientos teniendo a la vista los documentos de los archivos españoles, muchos de ellos hoy desaparecidos, según confesión de Muñoz.

«Johan de la Cosa, escribe Oviedo, hombre diestro en las cosas de la mar e valiente hombre de su persona (1), e que como piloto avia ganado hacienda en estas partes, viéndose rico de dinero y muy lleno de cobdicia, juntándose con otros sus amigos, armaron cuatro carabelas. Y este Johan de la Cosa, como capitán general, e Johan de Ledesma, vecino de Sevilla, como capitán de uno de estos navíos, e alguacil mayor de todos, con licencia de los Reyes Católicos, vinieron al Darién en 1504».

Refiere luego Oviedo que los expedicionarios asaltaron un pueblo de indios cuyo oro se llevaron los «saltadores». Después de este acto, que tan duramente califica Oviedo, La Cosa se encontró con otra expedición, la que perdió su buque. Avisado nuestro paisano del desastre por medio de un bote que enviaron los náufragos, marchó en socorro de éstos, en cuyo tiempo sus buques comenzaron a hacer agua, viéndose obligado a llevarlos a un puerto de Urabá;

---

(1) El adjetivo *valiente* no debe tomarse aquí en el sentido de que Juan Vizcaíno fuese persona arrojada, que sí lo fué, sino que apreciaba el *valor* el mérito de su persona, por su pericia como piloto y en el arte de hacer cartas marítimas, concepto en que le tenían sus contemporáneos y en que se tenía a sí mismo.

a fin de repararlos. Los expedicionarios llegaban a unos doscientos hombres; pero forzados a permanecer en un clima ardiente y en un suelo malsano y pantanoso, como es toda aquella región, durante dieciocho meses, murieron más de la mitad. Por fin pudieron salir de allí en un bote y dos bergantines y llegar al pueblo de Zamba, en Colombia. El hambre que afligía a los expedicionarios debía ser atroz, pues cuenta Oviedo que en este pueblo de Zamba, algunos de ellos, «viéndose en extrema necesidad, mataron a un indio que tomaron e asaron el asadura e le comieron; e pusieron a cocer mucha parte del indio en una gran olla para llevar que comer en el batel donde íban los que esto hicieron. Y como Johan de la Cosa lo supo, derramóles la olla que estaba en el fuego a cocer aquella carne humana, e riñó con los que entendían en este guisado afeándolo».

Debieron experimentar otros contratiempos, pues cuenta Oviedo que los expedicionarios enviaron a Santo Domingo el último bergantín de los dos que les quedaba, ignorando los que no marcharon en él, uno de ellos La Cosa, en qué tierra se hallaban, reconociendo más tarde que era Jamaica. Durante su permanencia en esta isla hoy inglesa les ocurrió multitud de aventuras. Llevaban indios cargados con los despojos de sus «saqueos», según Oviedo, y dichos indios, en inteligencia con otros, convinieron en conducirlos por veredas extraviadas a las orillas de un río invadeable, donde fácilmente fuesen atacados y muertos. Pero La Cosa entró en sospechas, por el gran número de los

naturales que se acercaban a los de las cargas y por su actitud en ofrecerse voluntariamente para servirles, y dando las oportunas instrucciones caso de que sus temores se confirmaran y confirmándose en ellos, dieron todos sobre los indios y prendieron a los caciques, en vista de lo cual huyeron los demás.

Supone Oviedo que Juan de la Cosa redujo a esclavitud a estos indios encargados de transportar las cargas, y se pregunta si tenía derecho para obrar así, lo cual pone en duda, pues sólo se podían tomar por esclavos a los que se resistieran y fuesen hechos prisioneros en guerra, lo que bien podía haber ocurrido, pues no prueba lo contrario, como tampoco dice si al apoderarse del oro hallado en los pueblos indios lo hizo o no por el sistema de rescates o trueques o por derecho de guerra. Como se ve, toda la acusación de Oviedo descansa sobre una duda. Pero si Juan de la Cosa era codicioso, cargo el más grave formulado contra él por Oviedo, no era cruel ni sanguinario, defecto frecuente entre los conquistadores. Se prueba con el hecho de que no castigara más que con la prisión a los caciques que en unión de los indios cargueros y de otros muchos, le llevaron por caminos extraviados con intento de asesinarle. Y no sólo no fué cruel en esta ocasión, sino que su conducta puede tenerse por magnánima.

La expedición resultó muy provechosa, pues tocaron al Rey por el quinto que le pertenecía cuatrocientos noventa y un mil setecientos maravedís, que recibió en 1506 su tesorero Matienzo, carranceño, en Santo Domingo, y

se concedieron a La Cosa cinco mil maravedís vitalicios, en virtud de los privilegios que se le otorgaron sobre el producto de las negociaciones de este viaje. Posteriormente efectuó La Cosa otra expedición a las costas de Panamá, en que los provechos fueron mucho mayores, tocándole al Rey crecida suma por el quinto que percibía sobre todos los rescates, y señalándosele una pensión vitalicia de cinco mil maravedís.

V

En los años que estamos historiando se conocía ya un extensísimo litoral de la costa occidental de América. Hé aquí, en resumen, el estado de los descubrimientos:

Año 1498. COLÓN: descubre el golfo de Paria, Venezuela.
» 1499. LA COSA: descubre las Guayanas, Venezuela y Colombia.
» 1500. YÁÑEZ PINZÓN y SOLÍS: descubren el cabo San Agustín, Brasil.
» 1500. ALVAREZ CABRAL: descubre la Tierra Santa Cruz, Brasil, desde el paralelo 10 Sur.
» 1501. LA COSA: descubre Colombia, Panamá y Costa Rica.
» 1502. COLÓN: descubre Honduras, Nicaragua Costa Rica y Panamá.

Inglaterra y Portugal, países entonces rivales de Es-

paña, no descuidaban los descubrimientos en el Nuevo Continente.

Año 1494. JUAN CABOTO: descubre Terranova.
» 1596. SEBASTIÁN CABOTO: descubre Terranova, Canadá y Estados Unidos.
» 1500. CORTEREAL: visita Terranova.

Al finalizar la primera década del siglo XVI, se había disipado ya la leyenda de que América fuese una prolongación del continente asiático. Herrera indica que aun el propio Colón se desengañó de este error, aunque la generalidad de los historiadores modernos repite que murió en su opinión primitiva. El empeño del gobierno español y de los famosos navegantes que le servían era el de hallar un estrecho que permitiese pasar a las islas llamadas de la Especiería—Célebes y Molucas—, en que traficaban los portugueses, proyecto perseguido por las expediciones más importantes que por entonces se armaron. Sebastián Caboto, italiano al servicio del gobierno inglés, en su viaje a Terranova, intentó hallar el paso por el extremo septentrional de América, aunque sin resultado. Colón y La Cosa, insignes marinos a la par, tampoco se olvidaban del gran proyecto que iba convirtiéndose en obsesión de los navegantes. Con el mismo fin partió una expedición en 1506 al mando de Juan Díaz de Solís y de Yáñez Pinzón, descubriendo el golfo de Honduras, costas de Guatemala y divisando la península de Yucatán. En este mismo año el Rey mandó hacer una escuadra en Vizcaya, «para descubrir la Especiería», es decir, un paso entre el Atlán-

tico y el Pacífico a través del Continente americano, según se ve por la siguiente real cédula expedida a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla:

«Ya sabéis cómo estaba mandado hacer una armada para descubrir la Especiería—las especias las sacaban los portugueses del Asia—, e estaba mandado hacer en Vizcaya los navíos que eran menester para ello, e agora yo he sabido que los navíos son acabados de hacer, e que son partidos para esa cibdad... e si tenéis recabdo del bizcocho que para ello es menester, e si esto está aparejado habléis a Vicente Añez e Amérigo para que digan si será tiempo de partir antes de invierno».

Esta expedición salió en 1508, dirigida por Yáñez Pinzón y Solís, llevando a Vespucci. Antes se celebró una junta de pilotos, por orden del Rey, para tratar de la situación del supuesto estrecho. Componían la junta Pinzón, Solís, La Cosa y Vespucci, y parece que se acordó en ella que las exploraciones se dirigiesen hacia la América del Sur, más allá del extremo hasta entonces conocido. En efecto, la expedición de Pinzón y Solís llegó hasta el paralelo 40 Sur, no continuando más adelante por falta de armonía entre los jefes. No parece que divisaran en este viaje el río de la Plata.

El año 1512, Juan Ponce de León, al mando de tres navíos, descubre la península de la Florida, subiendo hasta el paralelo 22. Esta expedición partió de Puerto Rico.

En 1515, descubrió Solís el Río de la Plata, que se llamó río Solís, siendo muerto en sus orillas por los indios, junto con seis compañeros más, uno de ellos el factor Francisco Marquina.

En 1518, Grijalva, con el piloto Alaminos, terminó el descubrimiento de Yucatán, recorriendo la costa hasta Veracruz.

Y, por último, en 1519, el vasco Francisco de Garay, hombre rico, gobernador de Jamaica, al saber el descubrimiento de Yucatán, armó a sus expensas y con licencia de los religiosos Gerónimos, que gobernaban las Indias, cuatro navíos, con el propósito de buscar algún estrecho o bahía en tierra firme, hacia la Florida, en lo que anduvieron ocho o nueve meses. Desde la Florida, la flota siguió rumbo al poniente, descubriendo todo el litoral que se extiende desde esa península hasta Veracruz, es decir, casi todo el golfo de México.

Hemos querido reunir en un sólo capítulo lo referente al descubrimiento de las costas del Nuevo Mundo, para que se vea de una sola mirada, repasando mentalmente el mapa de América, la parte importantísima que en esta obra corresponde a los vascos.

CAPÍTULO IX

EL RÉGIMEN COLONIAL EN AMÉRICA

I. El repartimiento de indios.—Mortandad en la raza indígena.—Los frailes combaten las encomiendas.—Una de las causas de la decadencia de España.—II. Fray Bartolomé de Las Casas y Rentería el bueno.—Conversión de Las Casas.—Un vasco le facilita toda su fortuna para que se consagre a la defensa de los indígenas.—Cómo cumplió con esta misión.—Los vascos y la colonización americana.

I

La primera tierra poblada y colonizada en América fué la isla de Haití o Santo Domingo. Allí convergían, en los años inmediatos al en que fué descubierto el Nuevo Mundo, antes que el movimiento emigratorio se encaminase, primero al Darién o Panamá y después a México y Perú, casi todas las expediciones que partían de la Península. Era también el centro más importante de la vida de las nuevas po-

blaciones, de donde salieron a su vez conquistadores y colonos para poblar las llamadas Antillas Mayores: Puerto Rico, Cuba y Jamaica. Estaba allí, además, el asiento de las autoridades que representaban a los monarcas españoles y fué el teatro de las primeras turbulencias habidas entre los pueblos del Nuevo Mundo.

La vida de las colonias se movía al rededor de esta aspiración suprema: el interés. Las nuevas tierras tenían fama de ser ricas en minas de oro, y el afán de sus pobladores se encaminaba a descubrirlas y explotarlas. Tenemos dicho que el primero que las halló de calidad tal que rendían algún provecho, fué el vasco Francisco de Garay, persona de orden, pacífica, que prosperó mucho, ocupó puestos de importancia y trabajó con fruto en la colonización de Santo Domingo y Jamaica, como tendremos ocasión de verlo. Antes que los negocios de minas tomasen incremento, en aquellos primeros años en que la mayor parte de los que se trasladaban a América volvían diciendo que se habían dado a engaño, fingiéndoseles riquezas que no existían, se gravó con tributos a los indios por orden de Colón, pues pensaba el Almirante que de alguna parte debían salir los gastos que imponían las costosas expediciones a aquellas tierras. Más tarde, también en tiempo de Colón, se dió principio al llamado sistema de repartimientos, que consistía en distribuir los indios de una comarca entre los principales colonos, siendo destinados por éstos a los trabajos agrícolas y al laboreo de minas. Los indios *encomendados* eran verdaderos esclavos, ocasionando en-

tre ellos tales estragos el nuevo régimen a que fueron sometidos, sea por lo abrumador y brutal de las tareas que se les imponían, sea por la debilidad ingénita de la raza, que en cosa de medio siglo desapareció casi por completo el pueblo indígena en Santo Domingo. Así lo dice Oviedo, que residía allí, de quien son estas palabras: «Halló el Almirante—en Santo Domingo—, cuando estas tierras descubrió, un milón de indios e indias o más, de los cuales no se cree que haya al presente, en este año de 1548, quinientas personas entre chicos y grandes que sean naturales o de la progenie o extirpe de aquellos primeros. Porque los más que ahora hay son traídos por los cristianos de otras islas o de la Tierra-Firme».

También contribuyó a esta casi completa extinción de la raza indígena, una espantosa peste de viruelas. Pero a pesar de las pestes, se hace increible lo que a este respecto cuenta Las Casas. Oviedo, como se ha visto, fija en un millón el número de indios existentes en Santo Domingo cuando fué descubierta la isla. Esta cifra la eleva a tres millones Las Casas. «En esta isla había sobre tres millones de vecinos naturales de ella». Y en el capítulo anterior de su *Historia de las Indias*, expone así la proporción del descenso de la raza indígena. En 1508, quedaban en la isla 60.000 indios, «entre chicos y grandes»; en 1509, bajaron a 40.000, y en 1514 sólo había trece o catorce mil, «por manera que, por estos grados, iban matando y destruyendo estas gentes nuestros españoles». Pero Las Casas no trae la proporción del

enorme descenso de la población indígena, de tres millones a 60.000, ocurrido en el trascurso de los diez primeros años de la conquista.

No faltaron quienes combatiesen el sistema de repartimientos. En esta campaña les cupo papel muy glorioso—y grato nos es reconocerlo—al clero y en especial a las órdenes monásticas. Los primeros que condenaron, como cosa no lícita, el régimen a que se sometía a los indígenas, fueron los religiosos de Santo Domingo establecidos en la isla del mismo nombre. Previa madura deliberaeión tomada en comunidad, se acordó que en día dado, en una solemnidad religiosa, a la que debían asistir las autoridades y el pueblo de la colonia, se anunciase desde el púlpito, que no se podía, en buena conciencia, poseer encomiendas de indios. Esta declaración levantó la protesta general de los colonos; y se exigió, hasta con amenazas y acudiendo al convento en forma tumultuaria, que se retractara el fraile de lo dicho. Mas en otro sermón, al que, con motivo del escándalo y con la esperanza de oir la retractación, acudió la colonia en masa, se ratificó el fraile en su primer dictamen y opinión, condenando como cosa contraria a los preceptos cristianos la dura servidumbre a que se sometía a los primitivos poseedores de la tierra. Era a la vez doctrina admitida por los dominicos que no se le podía dar la absolución al colono poseedor de encomiendas.

El sistema de repartimientos, establecido primeramente por Colón, adquirió a poco tiempo los caracteres de una verdadera esclavitud. Y si bien se observa,

era la repetición de un fenómeno histórico, porque al repartírseles las tierras a los colonos, no tardaron en seguir la misma suerte los hombres que las ocupaban, pues como observa un brillante escritor español, el ilustre Quintana, en su hermosísimo trabajo sobre la vida de Fray Bartolomé de Las Casas, «lo uno va casi siempre con lo otro, y el arrogante derecho de conquista se aviene mal a poner alguna diferencia entre cosas y personas».

No nos incumbiría entrar en el análisis de la constitución social de las primeras colonias americanas si los vascos u oriundos de nuestra raza no hubiesen desempeñado papel muy importante en la labor de corregir o amenguar los resultados del duro régimen a que fueron sometidos los indios, sin que esto quiera dar a entender que faltasen vascos que se hayan hecho acreedores a la execración de la posteridad por motivos contrarios. Pero fueron más y mejores los buenos, los dotados de sentimientos de justicia y humanidad hacia la raza oprimida, como en el curso de esta historia se verá, que los opresores y explotadores de carne humana. Deber del historiador es ocuparse de todos.

Digno de especial estudio debían ser las cuestiones sociológicas, como ahora se dice, que planteó el descubrimiento del Nuevo Mundo. Estas cuestiones versaban acerca de la condición legal y social de los pueblos del Nuevo Continente. Veían en aquellas tierras los invasores riquezas inexplotadas. Abundaban ellas en sus florestas vírgenes; y abundaban, sobre todo, en las minas. Se tenía, además, como doctrina econó-

mica corriente, que la producción minera era el supremo factor de la prosperidad de las naciones. Poseer minas, tener oro, aun haciendo abstracción de lo demás, era la base única del poderío de un pueblo en lo económico. Este error ha sido una de las causas más visibles de la decadencia de España y origen de su postración y atraso, y aun de su corrupción individual y social. Confiada en sus flotas de Indias, España se entregó al ocio y con el ocio a la empleomanía, perdiendo aquellos hermosos rasgos de su individualidad tan marcados en los siglos XV y parte del XVI, y preparando de este modo la abyecta postración política a que vino a parar.

Tema de largas discusiones ha sido y continuará siendo por mucho tiempo el relativo a la colonización española en América, pues el asunto es muy vasto y complejo. No nos concierne a nosotros ocuparnos de él. Sin embargo, al referirnos a multitud de vascos ilustres que contribuyeron a crear esa grandiosa realidad histórica que se llama América, tendremos especial cuidado en apuntar cómo comprendían nuestros compatriotas los sistemas de colonización. Por el momento, nos toca referirnos a la candente cuestión de las encomiendas.

II

El venerable Padre Las Casas, cuya personalidad como sociólogo, como político y como hombre de extraordinarias energías y temple de espíritu, irá agran-

dándose con el transcurso del tiempo, fué el paladín más valiente que tuvieron los pueblos americanos en contra de las brutalidades de no pocos de sus conquistadores. Pero el Padre Las Casas no hubiera podido entregarse de lleno a su noble misión, si no hubiese llegado a disponer de recursos materiales abundantes, ya para los repetidos viajes de ida y vuelta que hubo de hacer a América, ya para sus estancias en la Corte de los Reyes. Y esos recursos materiales en «harta cantidad», le fueron generosamente ofrecidos por un vasco de humanitario corazón, y a quien, al igual que a él, le apenaba la situación de la desvalida raza indígena y la forma rápida en que iban consumiéndose los pueblos americanos. Veamos de referir la eficaz colaboración de nuestro paisano en la inmortal obra de Las Casas.

El futuro Protector de los indios marchó a Santo Domingo al igual que los demás aventureros, atraído por la fama de riqueza de las nuevas tierras. A los ocho años de permanecer allí, se ordenó de sacerdote, y fué, la dicha por él, la primera misa nueva celebrada en el Nuevo Mundo. Con el cambio de estado, no cambió sin embargo de inclinaciones respecto al desasimiento de los bienes terrenales. Pasó a Cuba con Diego Velázquez, y en esta isla le favoreció el conquistador con un buen repartimiento de indios, cerca del puerto de Xaraguá. «Tenía yo, escribe Las Casas, estrechísima amistad de muchos años atrás, con Pedro de la Rentería, varón de gran virtud, cristiano, prudente, caritativo, devoto, y más dispuesto según su incli-

nación para vacar a las cosas de Dios y la religión, que hábil para las del mundo, las cuales él tenía en harto poco. Era latino, y tenía sus libros de Evangelios, con exposición de los santos en que leía. Era muy buen escribano; y siempre donde vivió, en esta isla Española y en la de Cuba, tuvo cargo de justicia o alcalde ordinario o teniente de Diego Velázquez. Fué hijo de un vizcaíno de la provincia de Guipúzcoa, hombre virtuosísimo, y de una dueña que debía ser labradora, de la villa de Montanches, en Extremadura. A más de la estrecha amistad, todo lo que poseían era de cada uno y antes todo se podía decir de Las Casas que de Rentería». Dice luego que la encomienda de indios la tenían en común y que él se entregaba a las granjerías con mayor codicia que Rentería, «que más se ocupaba en rezar».

Era el entonces presbítero Las Casas de buen corazón, según declara él mismo, por lo que en más de una ocasión intervino para que otros colonos no cometiesen inútiles crueldades con los naturales. Pero creía conveniente y justo el sistema de repartimientos, aun cuando no dejaba de preocuparle del todo la condición de los indígenas. Cuenta, en efecto, que hallándose en Santo Domingo rebatió con argumentos frívolos las observaciones que le hizo un fraile que se negó a darle la absolución por tener repartimiento y que él confesaba a los que lo tenían. Lo que los historiadores llaman su conversión se operó hallándose en Cuba. Tenía que decir misa y predicar en Baracoa, y preparando los sermones para la Pascua de Pentecostés, se «puso a

considerar consigo mismo sobre algunas de las autoridades de la Sagrada Escritura, y si no he olvidado fué aquella la principal y primera, del *Eclesiastés*, capítulo XXXIV, *Inmolantes ex iniquis oblatio est maculata* &»; cuyos versículos son de una abrumadora persuasión y dicen así:

«Que es mancillada la ofrenda del que hace sacrificios de lo injusto; que no recibe el Altísimo los dones de los impíos, ni mira a los sacrificios de los malos; que el que ofrece sacrificios de la hacienda de los pobres, es como el que degüella a un hijo delante de su padre; que la vida de los pobres es como el pan que necesitan, aquel que les defrauda es hombre sanguinario; que quien quita el pan del sudor es como el que mata a su prójimo; que quien derrama sangre y quien defrauda al jornalero, hermanos son».

Fueron decisivas estas tremendas sentencias en el destino posterior del presbítero Las Casas. Comenzó a pensar, según él propio declara, acerca de la miseria y servidumbre que padecían los indios, recordó el sermón predicado en Santo Domingo por el Padre Antonio Montesinos, de que en buena conciencia no podían tenerse encomiendas, y cómo otro fraile se negó a darle la solución por igual motivo. Pasados algunos días, embebido en estos pensamientos, y certificándose cada día más por lo que leía en cuanto al derecho y por lo que veía en cuanto al hecho, y aplicando lo uno a lo otro, se convenció de que «era injusto y tiránico todo cuanto en los indios se cometía». En confirmación de lo cual, solía decir y afirmar más

tarde, que desde «la primera hora que comenzó a desechar las tinieblas de aquella ignorancia, nunca leyó un libro en latín o romance, que en cuarenta y cuatro años fueron infinitos, en que no hallase o razón o autoridad para probar o corroborar la justicia de aquestas gentes y para condenación de las injusticias y daños que se les han hecho».

Resolvió, por tanto, predicar en el sermón de Pascua contra el repartimiento de indios; pero como poseía encomienda, determinó renunciar antes a ella, como en efecto lo hizo, en manos del gobernador de Cuba Diego Velázquez. Pero como la encomienda no era sólo suya, sino en común con nuestro paisano Rentería, y éste se hallaba ausente en Jamaica, «donde tenía un hermano», y a donde había marchado con el objeto de efectuar compras de diferentes cosas que hacían falta en la isla, suplicó al gobernador Velázquez, que mantuviese en secreto su resolución.

¡Y cosa singular! exclama Las Casas. Estando Rentería en una cuaresma recogido en un monasterio de San Francisco, «vínole al pensamiento la aprensión en que aquellas gentes estaban, y la triste vida que padecían, y que sería bien procurarles algún remedio del Rey, aunque no fuese a todos, al menos a los niños —porque sacarles a todos del poder de los españoles juzgábalo ser imposible—, de donde vino a dar en que debía solicitar poder del Rey para hacer ciertos colegios, y allí recoger a los niños todos y doctrinarlos, los cuales cuando menos se librarían de aquella perdición y mortandad». Con estos pensa-

mientos aceleró Rentería su vuelta a Cuba, y cuando llegó la carabela en que viajaba y vista por Las Casas, salió a recibirle en una canoa. Subió a bordo, y hallando en cubierta a nuestro paisano Rentería, se abrazaron «como personas que bien se querían», y díjole Rentería al clérigo:—¿Qué fué de lo que me escribistes de ir a Castilla? No habéis de ir vos sino yo, porque a lo he determinado de ir, es cosa que al saberla, holgaréis que yo tome aquel camino».—«Bien, contestó Las Casas: vamos a tierra, y cuando os descubra cuál es el fin por que deliberé el ir a Castilla, yo sé que vos tendréis a bien el no ir, sino que yo vaya».

Rentería fué recibido en tierra por el gobernador y «de todos visitado con mucho placer, porque de todos era muy amado»; y por la noche, Las Casas y él, se franquearon mutuamente sus pechos. El futuro Protector de los indios narra extensamente la conversación mantenida por ambos; cómo Rentería, apenado por la triste situación de los indios, le expuso sus propósitos de consagrarse al remedio, siquiera en parte, de aquellos males, recogiendo en colegios a los niños indígenas; cómo creyó él, ante estas palabras de Rentería, que era cosa «divinalmente ordenada», el procurar el bien de aquellas gentes, y cómo le expuso, día por día y punto por punto, el cambio en él operado acerca de lo que sentía respecto a la condición miserable en que los españoles tenían al pueblo indio. Oídas las palabras de Las Casas, se llenó de gozo «el bueno de Rentería», frase cariñosa y familiar con que el futuro Protector

se refiere siempre a nuestro paisano; y así le replicó:

—«Ahora, digo, Padre, que no yo, sino vos, habéis de ir y conviene que vayáis a Castilla y representéis al Rey, todos los males y perdición de estas gentes que acá pasan y pidáis el remedio necesario, pues sabréis mejor fundar lo que dijéredes como letrado; y para ello tomad nuestra hacienda y todo lo que yo en esa carabela traigo, y hagamos dineros los que se pudieren haber, y llevad con que podáis estar en la Corte todo el tiempo que fuere necesario para remediar estas gentes».

Traía Rentería en la carabela muchos puercos y puercas y pan cazabí—yuca—y otras cosas «que valían harto», de lo cual y de lo demás que tenían se hicieron dineros que llevó el Padre en buena cantidad con lo que pudo permanecer en la Corte los años que estuvo, «puesto que con mucho menos que después que sucedió la carestía en aquellos reinos—de España—, podían los hombres en ellos pasar». Alude aquí Las Casas al hecho de haber posteriormente subido el valor de las cosas por la abundancia de numerario que sobrevino a consecuencia de las minas de México y Perú.

La historia no vuelve a hacer mención de este Rentería tan bueno, y observa con razón Quintana en la vida de Las Casas que «a la verdad que bien acreedor era a algún recuerdo ulterior y a que supiésemos en qué vino a parar un hombre que tanta parte tuvo en el virtuoso propósito de Las Casas y en las consecuencias importantes que de él se siguieron».

No nos incumbe ocuparnos acerca de cómo cumplió Las Casas la noble misión que se impuso. Baste saber que era persona de indomable carácter, de una actividad incansable y de profundos conocimientos adquiridos por sus largos y perseverantes estudios. Luchó sin tregua por espacio de unos sesenta años, en España y América, empleando toda clase de armas, en favor de los desgraciados indígenas americanos. Sus doctrinas produjeron honda agitación en los espíritus y los más famosos pensadores y escritores de su tiempo, se ocuparon con interés acerca de la condición social de los indios. No rehuía las polémicas, y en una famosa discusión mantenida con los adversarios de sus ideas ante Carlos V en los primeros años del reinado de este monarca, hizo, entre otras, esta atrevida declaración: «La religión cristiana es igual y se adapta a todas las naciones del mundo y a todos igualmente recibe y a ninguno quita su libertad y sus señores».

La labor de Las Casas no dejó de producir sus frutos. Después de consultar a varios teólogos, se dieron unas ordenanzas reglamentando los repartimientos, ordenanzas que Las Casas combatió por insuficientes, y más tarde se promulgaron las llamadas Leyes de Indias. Estas disposiciones originaron disturbios en México y Perú, de lo que trataremos en el lugar oportuno. Por el momento baste recordar que en estas ocasiones se significaron por su actitud en favor de la raza india dos preclaros varones, el Licenciado Alonso de Zuazo, de origen vasco, y el incomparable durangués Fray Juan de Zumárraga, cuyos esfuerzos

en bien de la felicidad y libertad de los indígenas no fueron inferiores a los del famoso Obispo de Chiapa. Terminaremos esta materia manifestando que las doctrinas políticas de Las Casas acerca de la colonización de los pueblos americanos fueron superiores a su siglo y son dignas de ser estudiadas.

CAPITULO X

LA VIDA EN LAS COLONIAS

I. Turbulencias en Santo Domingo.—Los rebeldes Roldán y los vascos Adrián de Mújica, Hernando de Guevara y Lope de Olano.—Promueve Hojeda otro alboroto y benéfica intervención de La Cosa.— II. Vuélvese de nuevo a perturbar la paz.—Los amores de Guevara con una princesa india.—Celos de Roldán.—Siniestros planes de Guevara y su prisión.—Se levanta Mújica en favor de su primo.—Tómale preso Colón y le despeña de una almena.—Cómo se salvó Guevara.—Cristóbal Colón cargado de grillos.—III. Francisco de Garay, insigne colonizador.--Familias vascas a América.—Los vascos en las Antillas.

I

Las turbulencias más graves ocurridas en Santo Domingo en los primeros años del descubrimiento fueron promovidas por Francisco Roldán, de cuyos hechos

debemos ocuparnos por haber tomado parte en ellos algunos vascos de los más significados en la colonia. Era este Roldán alcalde mayor, es decir, la segunda autoridad en la isla, cargo para el que fué nombrado por Colón. Aprovechándose del puesto, atrajo a su partido a la mayoría de los colonos, entre ellos a algunas personas de valía, en especial al vasco Adrián de Mújica, que figura, después del jefe, como cabeza principal en la conspiración. Se apoderaron de algunas armas, y se trasladaron a otro territorio de la isla para vivir con más libertad. Ocurría esto en 1497.

Tenemos dicho que cuando Colón llegó a Santo Domingo de vuelta de su tercer viaje en que tocó en el Continente Americano, halló revuelta a la colonia. Era tan crecido el número de los rebeldes y disponían de tanta fuerza, que juzgando el Almirante no serle posible someterlos por las armas, trató de atraerlos por medio de negociaciones. Estas fueron entabladas con los dos sublevados más importantes, Roldán y Adrián de Mújica, a quien le seguían, el primo de éste último, Hernando de Guevara y Lope de Olano, ambos vascos. En un principio pareció que iba a restablecerse la armonía. Los rebeldes aceptaron que se les otorgara un amplio perdón y les facilitase el Almirante un barco en que volver a España. Mas el temor de que fuesen castigados por su insubordinación a su llegada a la Península, les retrajo de cumplir lo convenido y resolvieron romper lo pactado. Por su parte Colón, si por un lado convenía en dar a los sublevados toda clase de despachos favorables, por otro tenía prepara-

do un informe secreto en que los acusaba por sus actos ante la Corte. Rotas las negociaciones, resolvió el Almirante hacerles un requerimiento en toda forma, delante del vizcaíno Francisco de Garay, quien para estos casos había sido nombrado escribano por Colón. Tampoco esta medida surtió efecto. Entonces escribió sendas cartas a Roldán y Mújica, en las que con los acentos más patéticos y en los términos más expresivos y casi humillantes, el gran hombre les conjuraba que volviesen a la obediencia. Colón tenía interés en apaciguar la discordia, ya porque no produjesen mala impresión en la Corte estas disensiones, ora porque se disminuía el producto de los impuestos que sacaba de los indios, pues éstos no los pagaban por insinuaciones de los levantados en armas.

Por fin, los nobles esfuerzos de Colón por restablecer la paz no fueron inútiles. Los rebeldes, por propio impulso, determinaron someterse. Solicitaron celebrar una entrevista con Colón en persona y acudió éste en una nave al próximo puerto de Azúa, nombre indígena según los historiadores y a la vez euzkérico, que estas coincidencias ofrecen el eúzkera y los idiomas primitivos de América. Se trasladaron a bordo Roldán y Mújica, convino en todo el Almirante y se concertó la paz, poniendo fin por el momento a las turbulencias.

Mas presto se vió de nuevo turbada la tranquilidad. Por aquellos días, principios de 1500, llegó a Jaraguá la expedición de Hojeda y La Cosa, después de haber descubierto las costas de las Guayanas, Venezuela y

Colombia. Al tener Colón noticia de ello, celoso de sus privilegios, ordenó al ex-alcalde Roldán, que fué confirmado en el cargo de alguacil mayor, que pasase a bordo de las naves para enterarse en virtud de qué permiso real se había efectuado el viaje a las costas de la América Continental. En esta ocasión, como se sabe, le mostró Juan Vizcaíno una licencia firmada por el Obispo Fonseca, encargado de los negocios de Indias, autorizando la expedición.

Mientras ocurría esto, se había dirigido Hojeda al interior de la isla, con el objeto de surtirse de víveres, y se permitía hablar libremente de Colón y excitaba a los pobladores a que se levantasen contra su autoridad, manifestando que él no se hallaba debajo de la obediencia del Almirante, por las provisiones reales que alegaba tener, hallando partidarios que le siguiesen, con los que una noche cayó sobre los reacios, habiendo muertos y heridos, sobreviniendo así una sedición peor que la pasada.

Fué comisionado Roldán, persona astuta, para restablecer la paz. Pidió a Hojeda que le enviase el bote de a bordo para conferenciar con él. Hojeda se apresuró a complacerle, con el oculto propósito de no dejarle salir de las naves una vez que le tuviese en su poder. Mas se las había de jugar con persona avisada. Roldán embarcó en el bote enviado por Hojeda a seis de los suyos, se hizo conducir luego él, cargado por dos hombres, también de los suyos, y cuando todos ellos ocupaban la embarcación, desenvainaron las espadas y obligaron a la gente de Hojeda a que remasen a tie-

rra. De este modo Roldán logró tener prisioneros partidarios de Hojeda, como éste los tenía de él.

Pero no fué sólo esto: a Hojeda le era indispensable el bote para continuar el viaje. Chasqueado en sus planes, se avino a temperamentos de moderación, aconsejado, al parecer, por nuestro Juan Vizcaíno. Salió, pues, en una barca, dice Herrera, «con Jnan de la Cosa, su principal piloto y un escopetero», y desde una distancia de donde le pudiesen oir, habló con Roldán y le pidió la devolución del bote para proseguir su viaje a España. Roldán, por creerle a Hojeda peligroso en la isla, convino en lo que le pedía, y se efectuó un canje de prisioneros.

II

No terminaron aún las turbulencias, y esta vez no fué la causa ningún motivo fundado en impulsos de ambición, medro o interés. Por el contrario, el episodio reviste caracteres románticos y novelescos.

Había en Santo Domingo, cuentan los primeros cronistas de Indias, un caballero que se decía don Hernando de Guevara, vasco, primo de Adrián de Mújica, hablando de quien escribe Las Casas que «era muy gentil hombre y de autoridad y parecía ser de generosa casta». Acusado de alimentar propósitos sediciosos, le ordenó Colón que saliese desterrado de la isla en los buques de Hojeda. Pero no pudo cumplir la orden por cuanto al llegar Guevara a la parte de la isla donde estuvieron, aquéllos habían partido.

En vista de ello, eligió para su residencia la provincia de Jaraguá.

Y se hace aquí indispensable una breve digresión. En los navíos de Hojeda, que eran dos, los cuales, como en otra parte se ha visto, recorrieron los primeros una gran extensión de la costa continental de América, figuraba un vasco como capitán de uno de ellos, a quien en ciertas diligencias judiciales efectuadas por estos días se le designa, una vez, con el nombre de Hernando de Guevara, y otra, con el de Hernando Ladrón de Guevara. ¿Será este Guevara el mismo a quien Colón ordenó que saliese de la isla, y que fué el causante del trágico fin de su primo Adrián de Mújica; o será diferente del capitán de uno de los barcos de la famosa expedición Hojeda, en que iba como piloto principal nuestro Juan Vizcaíno? Lo probable parece que fuese otro, pues el protagonista del episodio amoroso narrado por todos los primitivos historiadores de Indias y que en este capítulo nos ocupa, residía en la isla con anterioridad a la llegada de los buques de Hojeda, pues tomó parte en las primeras turbulencias promovidas por Roldán. Y continuemos el relato.

La elección de residencia no la hizo Guevara al azar. Habitaba en aquella comarca la viuda del cacique Caonabo, célebre en los anales de la isla, pues a este reyezuelo es a quien se atribuye la destrucción de la colonia Navidad, primera población de blancos establecida en América. Más tarde, el belicoso régulo sostuvo varias campañas contra los españoles, y

era su pueblo el más guerrero de todos los de la isla, hasta el punto de que en una ocasión tuvo a los conquistadores fuertemente asediados en una de sus fortalezas. La viuda del cacique Caonabo, llamada Anacaona, hermana a su vez de otro cacique de igual temple guerrero, de nombre Behechío, tenía una hija, Higueymota, una beldad india, sumamente admirada por sus prendas físicas. Nuestro Guevara se dejó cautivar de los encantos de aquella mujer de las selvas, cuyas gracias, al decir de Irving, acababan de desarrollarse. Hé aquí el motivo por el que el vasco Guevara eligió para su residencia la provincia de Jaraguá.

Pero por desgracia se encontró con un rival formidable: era éste Roldán, el caudillo de la pasada insurrección, el alcalde mayor de la isla y teniente de Colón, revestido con poderes omnímodos. Roldán amaba ocultamente a la india y vió un peligroso competidor en Guevara para sus intentos, pues Higueymota daba sus preferencias al vasco, con beneplácito de su madre Anacaona. No es esto una simple sospecha, sino un hecho comprobado por la respetable autoridad del severo Padre Las Casas, quien insinúa que también Roldán amaba a la joven india y estaba celoso de la preferencia que Higueymota mostraba por Guevara. En vista de ello, le advirtió Roldán que desistiese de sus propósitos y le mandó salir de la provincia. Guevara no obedeció las órdenes de Roldán, continuó viviendo en casa de Anacaona y mandó por un sacerdote para que bautizara a su futura esposa.

Al saber Roldán estas disposiciones de Guevara, lo

mandó llamar a su presencia y le reprendió agriamente porque seguía allí con el designio de engañar a Anacoona, extraviando el afecto de su hija Higueymota. Guevara le confesó la fuerza de la pasión y le pidió permiso para prorrogar su permanencia en Jaraguá. ¡Vano empeño! Roldán se mostró inflexible, alegando que el Almirante podía no estar conforme con el permiso que él le diese y sospechar de su propia conducta. Guevara obedeció. Permaneció tres días extrañado de la provincia, pero no pudiendo vivir ausente de la mujer que adoraba, volvió a Jaraguá con cuatro o cinco amigos y se ocultó en casa de Anacaona.

Al saberlo Roldán, le reconvino por su desobediencia y le mandó que volviese al lugar de su residencia anterior; y como Guevara, irritado por tanta impertinencia, cuyos motivos ocultos no debían serle desconocidos le contestara en tonos inconvenientes, le ordenó que en nombre de la justicia saliese del lugar y se presentase ante Colón. Guevara, en vista de esta actitud del casi omnipotente Roldán, refrenó sus ímpetus, se le humilló y le suplicó que le dejase permanecer allí hasta partir para Santo Domingo. Roldán convino en otorgarle este pequeño plazo.

Omitiendo detalles, debemos consignar que Guevara, irritado con los obstáculos que se oponían a su pasión, acarició proyectos de venganza, como fué el de matar a Roldán o sacarle los ojos y que estuvo convidando a otros por tener poca gente. Guevara, escribe Hernando Colón, tenía «gran aborrecimiento a Roldán,

porque le había impedido casarse con una hija de Canua—Caonabo—, que era la principal reina de Sureña».

Al conocer Roldán la conjuración, le tomó preso, en la misma mansión de Anacaona, a la vista de su prometida, quedando también arrestados siete compañeros. Dió aviso de ello a Colón, y ordenó éste que los presos fuesen remitidos a la fortaleza de Santo Domingo.

Enterado Adrián de Mújica de que su primno Guevara estaba preso, salió por los lugares de la Vega, focos de la anterior sublevación, y haciendo juntas y bullicios, provocaba a levantamientos, diciendo que tenía el propósito de soltar a su primo y matar a Roldán y al Admirante. «Guevara, observa Irving, era muy querido de todos, y la conducta de Roldán se calificó de intervención despótica para impedir un himeneo agradable a ambas partes y beneficioso para la colonia. No hay nadie, agrega el historiador americano, tan detestable de los que han sido sus amigos como un ladrón reformado, o un rebelde sirviendo a la justicia».

Juntó Mújica en pocos días gente de a pie y a caballo, que no debió ser mucha, según observa Herrera, pues el Almirante, que a la sazón se hallaba en la fortaleza de la Concepción, siendo avisado, aunque no tenía consigo más que seis o siete criados y tres escuderos, dió una noche de sorpresa sobre ellos y los desbarató, prendió a Mújica y a otros y «traídos a la fortaleza de la Concepción, mandó luego ahorcar a Mó-

xica, y pidiendo confesión, mandó que un clérigo que había le confesase, mas porque se detenía y algunas veces dijo que no se quería confesar, viendo el Almirante que industriosamente lo hacía, le mandó echar de una almena abaxo, mandó también ahorcar a otros y el Adelantado prendió a muchos».

En efecto, el adelantado Bartolomé Colón, hermano del Almirante, inició una activa persecución contra los sediciosos. Tenía presos a diez en un pozo y traía consigo a un clérigo «para confesar y ahorcar a los rebeldes donde los topara».

Una circunstancia inesperada vino a salvar de la muerte a Hernando de Guevara y a otros que estaban presos en la fortaleza de Santo Domingo. Fué la llegada del visitador Bobadilla, que despojó a Colón de la gobernación de la isla, entró por fuerza en la fortaleza, libertó a los presos y los entregó a su alguacil Juan de Espinosa, siendo más tarde declarados libres. Trajo Bobadilla amplias facultades, pero el ejercicio arbitrario que de ellas hizo no conoció límites. Sin escucharle siquiera, ordenó que fuese reducido a prisión el descubridor de América, le cargó de grillos y le remitió a España. «Estos grillos, escribe Herrera, guardó mucho el Almirante y mandó que con sus huesos los enterrasen en testimonio de lo que el mundo suele dar a los que en él viven».

Colón aprobaba más tarde el riguroso acto que ordenó se cumpliera con el desgraciado Mújica «Un Adrián, son sus palabras, que había sido de los rebeldes de Roldán, probó de alzarse otra vez como de antes, mas

Nuestro Señor no quiso que llevase a efecto su mal propósito. Yo tenía propuesto en mí de no tocar el cabello a nadie, y a éste por su ingratitud con lágrimas no se pudo guardar, así como yo tenía pensado. A mi hermano no hiciera menos si me quisiera matar y robar el señorío que mi Rey e Reina me tienen dado en guarda».

III

Veamos ahora la parte que el elemento vasco tuvo en la vida y desarrollo de las primeras poblaciones insulares de América.

Entre nuestros compatriotas, la persona que figuró más, primero en Santo Domingo, después en Jamaica y durante los últimos años de su vida en México, fué Francisco de Garay. Pasó Garay al Nuevo Mundo en el segundo viaje de Colón, en 1493, ocupando puesto de importancia. Desde los primeros años del descubrimiento se dedicó a la explotación de minas. En una de ellas halló un grano de oro del tamaño de una hogaza, del valor de tres mil pesos. Esta muestra del codiciado metal, considerada como cosa extraordinaria, se perdió al ser enviada a España, a causa de haber naufragado la nave, en la que iban también el rebelde Roldán y el autoritario Bobadilla, el mismo que mandó a Colón a la Península cargado de cadenas. Fué el primero que en Santo Domingo edificó casa de piedra.

Estaba además Garay unido con la familia Colón por vínculos de parentesco, pues contrajo matrimonio

con una parienta de don Diego Colón. Como éste, al llegar con el cargo de gobernador a Santo Domingo, en virtud de los privilegios concedidos a su padre, fuese a ocupar la fortaleza de la ciudad y se opusiese a ello un Pasamonte, prevalido de la influencia que tenía en la Corte, se recogió en casa de nuestro Francisco de Garay.

Más tarde vino a España y ajustó un convenio con el Rey Católico para hacerse cargo de las granjerías de ganado que el monarca tenía en Jamaica, debiendo repartirse por mitades las ganancias que obtuviesen. Dióle a la vez el título de gobernador de esta isla, cargo en que le confirmó don Diego Colón, ya por complacer al Rey, ya por ser Garay amigo suyo. Antes de esto, cuenta Oviedo, que Garay era hombre rico en Santo Domingo, por su industria y granjerías. En el lugar oportuno daremos cuenta de las expediciones que costeó para descubrir la mayor parte del actual golfo de México. También trató de colonizar la isla Guadalupe, de lo que por fin tuvo que desistir por la resistencia de los caribes.

Luis de Arriaga, natural de Verlanga y avecindado en Sevilla, a quien en los autos del pleito entre el hijo de Alonso Pinzón y el nieto del Almirante se le llama «persona de esfuerzo y prudencia y de quien los Reyes tuvieron noticia y confianza», estuvo en Santo Domingo con anterioridad al año 1501, fecha en que ajustó una capitulación, comprometiéndose a llevar doscientas familias vascas, «e más, con sus mujeres», para poblar aquella isla. Debían fundar cuatro villas, de cua-

renta vecinos cada una, «dándoles el servicio que fuera más cumplidero a los reyes y más útil y provechoso a los pobladores. Se les otorgaba terrenos—«haciendas» —por cinco años, sin que pudiesen abandonarlos durante este tiempo, pagando los diezmos al Estado y la mitad del oro y minas que descubriesen». Arriaga no pudo reunir felizmente más de cuarenta familias, a las que se acordó reconocer las condiciones estipuladas. Es esta la primera expedición de colonos en la historia de América, proyectada y realizada por un vasco, cuando menos de origen, y compuesta de familias vascas.

En 1501 pasó a América, en la expedición de Obando, el naviero bilbaíno Pedro de Arbolancha, amigo y compañero inseparable más tarde de Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico. Llevaba el cargo de contador. En el mismo viaje pasó al Nuevo Continente Diego López de Salcedo, de origen encartado, sobrino de Obando y que tenía cargo de alguacil de la fortaleza, puesto de importancia, pues lo desempeñaban personas de valer.

Pedro de Atienza plantó en 1503, por vez primera, la caña de azúcar en la ciudad de Concepción de la Vega, en la Isla Española: se funda la famosa Casa de Contratación de Sevilla. El gobernador Obando prende traidoramente a varios caciques, convidándolos a comer y manda quemarlos, incluso a Anacaona, madre de la joven india, protagonista de los amores de Guevara.

Encarga el Rey en 1505 a Martín Sánchez de Za-

mudio, naviero bilbaíno, quien más tarde pasó a América, que quedara frente a lo relativo a la Armada de Indias, conforme a lo solicitado por la Casa de Contratación de Sevilla.

Muere Colón en 1506 en Valladolid. Había este año doce mil españoles en América: se sacaba por año, en todas las fundiciones de Santo Domingo, 460.000 pesos oro.

Se nombra en 1509 por factor a Luis de Lizarazu, que lleva una orden para que se le diera un cacique con sus indios.

Se crea en 1512 una audiencia en Santo Domingo, y figura entre los tres primeros jueces nombrados, Juan Ortiz de Matienzo, natural de Carranza, de quien tendremos ocasión de ocuparnos con alguna extensión en otra parte de esta historia

Ocurre en la misma isla la primera sublevación de negros. Derrotados, se internan en los montes, siendo necesario enviar gente de a pié, de la cual fué capitán Pedro Ortíz de Matienzo, el cual los siguió y peleó con ellos, mató a algunos, prendió a otros y los mandó ajusticiar. Este Matienzo es probable fuese pariente del juez del mismo nombre.

Estivález o Estivélez de Zuloala, secretario diputado por su alteza para el repartimiento de los indios y caciques de Santo Domingo, anotó en 1514 la siguiente lista de vascos u oriundos de nuestras provincias, residentes en la isla y que tuvieron parte en las encomiendas: Juan de Azúa, Juan Vizcaíno—con este nombre aparece en esta lista nuestro Juan de la Cosa,

pues consta por varios documentos que poseyó repartimiento de indios—, Pedro de Arana, Gabriel Butrón, Hernando de Berrío, escribano; Juan Ezquerra, Cristóbal Vizcaíno, Inés Machín, Juan de Bergara, boticario; Juan de Oñate, Diego de Arriaga, Pedro de Bengoa, sacristán; Juan de Barruti, maestre; Gonzalo Vizcaíno, Juan de Ochoa, Francisco de Barrera, Juan de Aguirre, Miguel de Bergara, Pedro Vizcaíno, Juan de Zamudio y el licenciado Matienzo, carranceño, primer oficial de la Casa de Contratación de Sevilla, oidor más tarde en la primera audiencia de Santo Domingo, que tenía repartimiento, no obstante residir en la Península. En 1511 pasó a la isla, con cargo de juez de apelación, para entender en las diferencias surgidas entre Diego Colón y el valido Pasamonte.

En 1515 volvió a España el gobernador Diego Colón, y en su lugar se envió al Licenciado Juan Ibáñez de Ibarra, oidor de la real audiencia de Sevilla, con facultades amplias y con despachos para Diego Velázquez, gobernador de Cuba, y Francisco de Garay, de Jamaica. A poco murió Ibarra, «con sospecha, escribe Herrera, de haber sido *ayudado*, porque era hombre que sin pasión y con toda libertad trataba los negocios». No tardó en fallecer asimismo su secretario Zabala. Ambos debieron ser víctimas de la codicia de los desalmados encomenderos de indios.

Por este tiempo pasó a Santo Domingo, con el cargo de juez de residencia, el Licenciado Alonso de Zuazo, de quien nos ocuparemos en el Libro Segundo de esta historia.

Tenemos dicho que salieron de Santo Domingo los que conquistaron y poblaron las demás Antillas. Conquistó y pobló Boriquén, hoy Puerto Rico, Juan Ponce de León. Entre los que le acompañaron se cuenta el capitán vasco Juan Mejía Guiluz—Eguiluz—, quien después de tomar activa parte en sofocar repetidas sublevaciones indígenas, se estableció en la isla y prosperó mucho, explotando varias industrias agrícolas.

Como militar descolló a gran altura un Diego de Salazar, hombre de excepcional valor, que venció a los indios en numerosos encuentros y batallas, hasta tal punto que su nombre llegó a ser el terror de los indígenas, bastando que se dijera: «Ahí viene Salazar», para ponerlos en fuga. Los cronistas de Indias cuentan de este soldado numerosas proezas. En una ocasión atacó él sólo a trescientos indios, hiriendo a muchos y libertando a un muchacho español que tenían preso.

Jamaica fué conquistada por Juan de Esquível, de apellido vasco, pero natural de Sevilla. Le sucedieron dos gobernadores, de muy corto mando, viniendo después Garay, que acrecentó la prosperidad de la isla, con ganados y granjerías y descubrió algún oro, con lo cual estuvo el Rey más contento que con los gobernadores precedentes, según escribe Herrera.

Pasó a Cuba con Diego Velázquez, como uno de los primeros pobladores, Francisco de Berrío.

Queda indicado, por una cita de Oviedo, que para los trabajos de las minas eran llevados indios de otras islas y del continente a Santo Domingo, donde eran

vendidos. No faltaron vascos, en aquellos tiempos en que disponíamos de tantos navíos, que se dedicasen a este reprobable tráfico. El patrón de una nave, llamado por ironía Juan Bono de Quexo—Guecho (?)—, «hombre de mar vizcaíno», dice Herrera, después de recorrer varias islas llegó a la de Trinidad. Obligó allí a los naturales a que le construyeran una casa de madera, de paredes altas, no para que le sirviese de vivienda sino con otro fin. Los indios le obedecieron sumisos y servíanle además llevándole víveres. Tan noble proceder pagó el tratante en carne humana con una acción indigna. Sirviéndose de engaños, atrajo el mayor número de indígenas que le fué posible a la nueva morada, y cuando vió que estaba llena—eran en número de unos cuatrocientos—, ordenó a sus sayones que ocupasen las salidas espada en mano. Alarmados los indios con semejante actitud, se lanzaron en masa fuera del edificio. Los hombres de Bono los contenían con las espadas. Sin embargo, escaparon muchos, pues sólo se apoderó de ciento ochenta, no sin ocasionar gran mortandad. Estos indios se destinaban a ser vendidos en Santo Domingo.

CAPITULO XI

LOS PRIMEROS POBLADORES DE LA AMÉRICA CONTINENTAL

(1509-1513)

I. Dos expediciones al Continente con los primeros colonos.—Costea la una Juan Vizcaino.--Iba por segundo jefe de la otra otro vasco.--Nicuesa y Hojeda.--La intervención de La Cosa pone paz entre ambos caudillos.—II. Llega a Cartagena la expedición de Hojeda y La Cosa.—Indios belicosos—Se niegan a someterse de paz.—Combaten con flechas envenenadas.—Manda atacarlos Hojeda, desatendiendo el consejo de La Cosa.—Mortandad entre los invasores.—Muerte de La Cosa.—Cómo fué hallado su cadáver.—III. Juicio sobre La Cosa.—Sus méritos.—Se contesta al cargo formulado por Colón contra La Cosa.—IV. Lo de la traición de Lope de Olano.—Se hace reconocer por jefe.—Trabajos de Nicuesa.—Castigo impuesto a Olano.—Se funda una villa en Urabá y

otra en el Darién.—El alcalde Martín Sánchez de Zamudio.—Olano se queja al alcalde Zamudio y a otros vascos del Darién.—Fin desgraciado de Nicuesa.—División entre colonos vascos y no vascos.

I

Apenas descubiertas las costas de la América continental, se pensó en poblarlas. Ya Colón, en el cuarto viaje, trató de echar los cimientos de una villa, en el río Belén, América Central, desistiendo del proyecto por las constantes acometidas de los indios. Hojeda levantó una fortaleza en las costas de Cartagena, Colombia, para hacer *entradas* por la tierra adentro. Pero las tentativas formales de poblar el Continente no se efectuaron hasta 1509. En este año partieron dos expediciones, costeada la una por nuestro insigne Juan de la Cosa, llevando el cargo de segundo jefe; preparada y pagada la otra por el desgraciado Diego de Nicuesa, en que también iba como inmediato subalterno otro vasco, Lope de Olano. En estas dos expediciones tomaron parte numerosos vascos, algunos de los cuales alcanzaron celebridad.

Las regiones del Continente más frecuentadas entonces eran las costas de Cartagena y sobre todo las del Istmo, llamado de Darién, descubiertas ambas por La Cosa. Los reyes de España deseaban la conquista y colonización para asegurar de este modo el dominio sobre aquellos territorios y quitar pretexto a otros paí-

ses para dirigir allí sus miradas de codicia. Sin embargo, no contribuían en los gastos de las expediciones, que eran por cuenta de los que las realizaban, percibiendo el quinto de los beneficios y designando los jefes y subalternos.

El primero que trató de llevar pobladores al Continente fué nuestro Juan de la Cosa. Para ello se entendió con su gran amigo y compañero Alonso de Hojeda, que residía en Santo Domingo. La Cosa estaba en España y tomó a su cargo el recabar de la Corte las correspondientes licencias y celebrar lo que se llamaban las capitulaciones. «Como Hojeda no era rico, no podía hacer asiento con el Rey, y se le ofreció Juan de la Cosa, quien le prometió ayudar con su hacienda», escribe el cronista Herrera, lo que da a indicar que nuestro paisano para estas fechas contaba con medios de fortuna.

Al tiempo en que La Cosa estaba negociando el despacho de sus asuntos, Diego de Nicuesa, que pasó a Santo Domingo con Obando y se hallaba rico, vino a la Corte con el objeto de conseguir el permiso de poblar el Darién y Veragua. Fueron despachados favorablemente ambos solicitantes, marcándose los límites de las dos gobernaciones: a Hojeda se le concedía desde el cabo que él y La Cosa llamaron por primera vez de La Vela, en Colombia, hasta el golfo de Urabá, denominación al parecer vasca, dándosele a esta parte el nombre de Nueva Andalucía; y a Nicuesa se le otorgó desde la otra mitad del golfo de Urabá, hasta el cabo de Gracias a Dios, con el nombre de Castilla del Oro. A Juan de la Cosa se le nombró lugarte-

niente de Hojeda, se le reconoció el cargo de alguacil mayor, concedido cuando este insigne marino descubrió aquella costa, debiendo a su muerte entrar en el desempeño del cargo un hijo suyo, y se ordenó al gobernador de Santo Domingo que le diese indios que le sirvieran, pues llevaba su casa a dicha isla y era hombre de méritos y que había prestado a la Corona eminentes servicios.

La Cosa llegó a Santo Domingo en 1509, con una nave y dos bergantines, fletados a su costa, y doscientos hombres en ellos, pudiendo contratar hasta seiscientos, siendo recibido por Hojeda. Poco después arribó Diego de Nicuesa, como más rico, con más armada.

Mientras se estaban preparando en Santo Domingo las dos expediciones, antes de hacerse a la mar, se originó una cuestión delicada entre los caudillos de ambas. Versaba la diferencia sobre cuál sería el límite de las respectivas gobernaciones, pues ambos jefes querían que la provincia del Darién, la faja más estrecha del actual Istmo de Panamá o república de este nombre, cayera dentro de sus jurisdicciones respectivas. Y tanto se ahondaban las diferencias, que se temía que Nicuesa y Hojeda se llegaran a las manos, «pues como este último era pobre y se preciaba de valiente, lo echaba por desafíos», según frase gráfica de un cronista. Intervino nuestro Juan de la Cosa en las desavenencias, calmó a los caudillos e hizo que ajustaran un convenio en virtud del cual la gobernación de Hojeda se extendería al Poniente del Río

Grande del Darién y la de Nicuesa al Oriente. Como no es ésta la primera vez en que la intervención de La Cosa sosegaba ánimos exaltados y turbulentos, según ocurrió en otra ocasión entre Roldán y este mismo Hojeda, hechos de esta naturaleza dan a demostrar, no sólo la gran autoridad moral que poseía La Cosa, sino su carácter pacífico y conciliador. Oviedo afirma, sin embargo, que Hojeda y Nicuesa no se reconcilieron, fracasando hasta las gestiones practicadas al efecto por Diego Colón. Como no es éste el primero y único punto en que Oviedo se separa de la versión dada por otros que compusieron sus historias teniendo a la vista documentos auténticos y que tuvieron asimismo ocasión de hablar con los conquistadores, tenemos por más cierta la primera versión. Nos fundamos, además, para pensar así, en el respetable testimonio de Las Casas, que, en esta ocasión, como en otras muchas, contradice a Oviedo, pues afirma categóricamente este historiador que, «con parecer de Juan de la Cosa, se concertaron en que el Río Grande del Darién los dividiese».

II

El 12 de noviembre de este año de 1509 salió Hojeda de Santo Domingo, con dos navíos, dos bergantines, trescientos hombres y doce yeguas, llevando los primeros pobladores o colonos a la América continental, costeado ello con el dinero de un vasco. La Cosa no sacó de España más que un navío y dos

bergantines, pero un letrado, enriquecido en la abogacía, Martín Fernández de Enciso, favoreció a Hojeda fletando otra nave. En este viaje se embarcó el futuro conquistador del Perú, Francisco Pizarro, y lo hiciera Hernán Cortés, a no hallarse enfermo con una postema en la corva de una pierna. Véase a qué extraños y livianos accidentes se debe el que se pueda torcer o no el destino de un hombre, pues si Cortés se hubiese en esta ocasión embarcado, como era su propósito, para la América del Sur, otro habría sido sin duda el conquistador de México.

Ocho días después zarpaba Nicuesa con más poderosa armada, compuesta de cuatro navíos y tres bergantines, conduciendo setecientos hombres y seis caballos. Llevaba por capitán general o segundo jefe al vasco Lope de Olano.

A los pocos días, llegaron los buques de Hojeda frente a Cartagena, Colombia, que los indios llamaban Caramará. La gente de la tierra, brava por su condición, estaba alborotada, por daños recibidos de Cristóbal Guerra y otros expedicionarios, y porque se sacaban los indios de allí para llevar a ser vendidos a Santo Domingo. Eran muy belicosos y se servían de diferentes armas, defensivas y ofensivas, como rodelas y espadas de madera durísima, que en América la hay casi tan dura como el hierro, de arcos y flechas con puntas de hueso, muy agudas y emponzoñadas y de varas arrojadizas.

En un principio Hojeda empleó medios pacíficos para atraerse por bien a los naturales. Llevaba varios

religiosos, porque el Rey quería reducir a los indios con suavidad. También llevaba muchos indios de Santo Domingo, que entendían la lengua del país, sin duda por haber sido sacados de aquel lugar por los que se dedicaban a la venta de indígenas, y éstos amonestaban a los otros a que los recibieran pacíficamente. Aun hizo otras diligencias Hojeda «para llevar el negocio por bien», a pesar de que tenía orden del Rey, de acuerdo con letrados, teólogos y canonista, de que hallando resistencia de parte de los indios, pudiera hacerles guerra y someterlos a esclavitud. Comenzó a rescatar algún oro, dándoles en cambio baratijas y usando de muchos alhagos. Asimismo publicó una solemne amonestación y requerimiento, una especie de bando o pregón, en el cual se les hacía presente que aquellas tierras eran del dominio de los Reyes de Castilla, al que debían sumisión y vasallaje. Herrera trae la fórmula de este requerimiento, que se empleó por vez primera en esta ocasión y que se usó después en otras análogas, fórmulas y ceremonias incapaces de ser comprendidas por aquellos bárbaros, que eran ociosas, por tanto, pero con las cuales se quería cubrir la conquista. Damos todos estos detalles para desvanecer los cargos de Labayru contra nuestro insigne La Cosa, que tan triste y desastrado fin había de encontrar entre aquellas tribus salvajes, las más feroces y aguerridas de cuantas hasta entonces toparon los conquistadores.

Oviedo no trae ninguno de estos detalles, y asienta, en otra parte de su historia, la inexactitud de que él,

en el Istmo de Panamá, algunos años más tarde y por vez primera, se hallaba encargado de hacer a los indios el requerimiento y pregón a que hemos aludido, lo cual no lo verificó por hallar la fórmula impropia, pues entre otras cosas se les decía a los selváticos habitantes que se tomaran un plazo para deliberar si se sometían o no a los reyes de Castilla. Esta y otras inexactitudes, no pocas, que hemos advertido en Oviedo, le quitan autoridad, así como la pasión o el fanatismo que siente por determinados individuos. Este historiador es el que con excesiva vehemencia ataca a nuestro Juan Vizcaíno y en quien se inspiró Labayru para repetir los cargos, sin leer a ningún otro historiador de Indias.

En vista de la pertinacia y actitud belicosa de los naturales, «Juan de la Cosa, según refiere Las Casas, gran piloto, a quien llevaba por capitán, acordándose de lo que viniendo con el mismo Hojeda los años pasados a rescatar conocieron de aquellos indios, ser valientes y tener hierbas mortíferas y demasiadamente ponzoñosas, le dijo:—«Paréceme que sería mejor que nos fuésemos a poblar dentro del golfo de Urabá, donde la gente no es tan feroz, ni tienen tan brava hierba, y aquélla ganada, después podríamos tornar a ganar ésta, con más propósito». Hojeda desatendió tan prudente advertencia, pues jamás salió herido en las muchas pendencias y encuentros que en su vida sostuvo, y ordenó acometer a los indios. Mataron a muchos, prendieron a algunos, y en seguimiento de los fugitivos, llegaron a un paraje que estaba cuatro le-

guas tierra adentro. El pueblo en que entraron, llamado Turbaco, lo hallaron deshabitado, pues los indios con sus familias huyeron a los montes. Dando la victoria por suya, los invasores, demasiadamente confiados, se desparramaron por el lugar, buscando cada uno de qué apoderarse. Cuando se hallaban más desprevenidos, cayeron sobre ellos multitud de salvajes, que con gran vocerío les disparaban una lluvia de flecha envenenadas, causando numerosas víctimas. Sorprendidos los invasores con lo repentino del ataque, huían de aquí para allá, como venados, al decir de Las Casas, y al pretender librarse de unos, caían en manos de otros.

Juan de la Cosa, con varios compañeros que pudo reunir, se hizo fuerte en las puertas de un *palenque*, casa pajiza india, donde también peleaba Hojeda, defendiéndose de las feroces acometidas de los indígenas e hincándose de rodillas para mejor cubrirse con la rodela, por ser pequeño de cuerpo y librarse así de las mortíferas flechas. Como se ve, la suerte del combate se había cambiado. Los invasores se mantenían ahora a la defensiva y los indios causaban entre ellos terrible mortandad.

Hojeda se sostuvo hasta que vió muertos a la mayor parte de sus compañeros; y al notar que no había defensa posible, «confiando en *la ligereza de sus pies*» atravesó a todo correr por en medio de las masas indias, que parecía que volaba, ganando el monte y encaminándose con dirección al mar.

Juan de la Cosa, que se había metido en el palen-

que o choza que halló desocupado, aun después de huído Hojeda, seguía peleando, arrimado a los palos o maderos que sostenían la pajiza techumbre, hasta que vió muertos a todos sus compañeros menos a uno. Herido por las flechas y sintiendo los terribles efectos del veneno, encargó a un soldado que luchaba bravamente a su lado que dijese a Hojeda cómo le dejaba. Sólo este soldado y Hojeda se salvaron de la muerte: todos los demás, en número de unos cien o setenta, perecieron allí.

Alarmados los de los navíos por la tardanza de los expedicionarios en volver a bordo, se dedicaban con los bateles a recorrer la costa para adquirir noticias. En una de estas averiguaciones hallaron a Hojeda entre unos manglares, que son árboles que viven dentro del mar, formando espeso e impenetrable bosque, con grandes raíces asidas y enmarañadas unas con otras. Estaba allí escondido el valiente Hojeda, con la espada en la mano y la rodela en la espalda, y en ella más de trescientas señales de flechazos. Tan lánguido y abatido estaba a causa del hambre, «que no podía echar de sí el habla», según frase de un cronista.

La versión de Oviedo difiere notablemente del anterior. Dice que la fuerza que penetró en la población india, del cacique Catarapa, que otros le llaman Matarap, estaba mandada por el capitán La Cosa; que éste y sus soldados, ocupado el pueblo, se despojaron de sus arreos bélicos y se echaron a sestear, y que en tales circunstancias, desprevenidos, fueron acometidos por los salvajes, matando a todos, que eran cien, me-

nos a uno, que logró huir y llegar hasta donde estaba Hojeda, en un monte cercano, con unos cuantos. No se puede creer, conociendo el arrojo y el valor temerario de Hojeda, que se hallara en un monte cercano sin acudir a la refriega. La versión que primeramente queda referida es la que dan Las Casas y Herrera, Agrega el primero de estos escritores que un Cristóbal de Tovilla, que anduvo en aquellas entradas, compuso una historia de ellas con el título de *La Barbárica*, probablemente hoy perdida.

A los pocos días llegaron a las costas de Cartagena los navíos de Nicuesa, y enterado éste del desastre sufrido por Hojeda, se ofreció a vengar la derrota de los invasores y la muerte de La Cosa. Se publicó por bando que no se perdonaría la vida a indio ni india. Se organizó un cuerpo de cuatrocientos combatientes, los jefes a caballo, y como los naturales se hallaban descuidados, creyendo que habían exterminado a todos los invasores, cayeron de improviso sobre ellos causando gran mortandad. Cuando estaban entregados al saqueo por diversos lugares, «toparon con el cuerpo de Juan de la Cosa, que estaba cabe un árbol, como un herizo asaeteado, porque de la yerba ponzoñosa debía de estar hinchado y disforme y con algunas espantables fealdades, por lo cual cayó tanto miedo en los *castellanos*, que no hubo hombre que aquella noche allí osase quedar».

Dice Las Casas que los españoles obraron con injusticia al atacar y destruir el pueblo de Calamar, primera población o ranchería en que penetraron; y que,

por el contrario, los naturales, aun éstos que en sus guerras empleaban el veneno, procedieron ajustados a los dictados de la justicia. Respetando las opiniones de Las Casas, que creía que los españoles procedían sin títulos y tiránicamente al desposeer a los régulos americanos de sus tierras y del dominio de sus súbditos, observaremos que Herrera hace notar que los invasores agotaron todos los medios para atraerse por bien a los indígenas, apelando en último extremo a las armas.

III

De esta manera, oscura y bárbara, tuvieron fin los días del ilustre marino Juan de la Cosa, conocido con frecuencia con el nombre de Juan Vizcaíno. Gozó en vida de grande y merecida reputación; pero la historia no ha recogido su nombre para rendirle todo el homenaje a que es acreedor. Tampoco ha sido colocado en el prominente lugar que por sus extraordinarios hechos merece. Desempeñó, algunas veces, segundos puestos, aunque siempre de gran importancia, como en los dos primeros viajes de Colón; otras, el primero, como en las expediciones por él dirigidas con éxito brillante al Continente americano; y en ninguno de los casos se ha tratado de justipreciar sus méritos y dar a sus hechos el realce que tienen. Américo Vespucci y Hojeda, el primero a todas luces con notoria injusticia, le roban la gloria en las historias escritas sin estudiar los

documentos que comprueban los merecimientos de cada cual. Sólo algunos pocos que van a buscar sus noticias en las primitivas fuentes no contaminadas y que no se contentan con informarse en las historias que corren, algunas con crédito livianamente creado, han reconocido y reconocen sus dotes relevantes de marino, sus sólidos conocimientos, su capacidad, el valor de su ánimo y el valer de su persona, sus servicios a las ciencias geográficas y sus gloriosos y admirables hechos, que le colocan entre los descubridores y navegantes más insignes de todas las épocas. ¿Qué más? Sus propios paisanos le desconocen y su nombre se halla entre ellos completamente olvidado. ¿Será así la generación que se levanta?

Si estudiamos la personalidad moral, el espíritu o carácter de Juan de la Cosa, vemos que entre todas sus cualidades se levanta y descuella la conciencia del propio valer. No era apocado, no era falsamente modesto. La inmodestia es crecerse, es tenerse por más de lo que se vale. El apocamiento indebido, o será orgullo encubierto, o mentida hipocresía. El tenerse en lo que se vale, ni es orgullo ni es inmodestia, si el valer es positivo. Todos los contemporáneos afirman que Juan de la Cosa se tenía por hombre de valer, y esto mismo dice de él, en son de censura, Bernardo de Ibarra, en el pleito entre los Colones y el Fisco. Que Juan de la Cosa fuese de valer y de méritos, lo patentizan sus hechos, su vida toda, como lo habrá visto el lector. Y no hallamos nada de censurable en el sentimimiento del valer propio, pues de él arranca la no-

ble emulación y de él se derivan las energías para acometer grandes hechos.

Era Juan de la Cosa insigne marino, punto sobre el cual se hallan acordes todos sus contemporáneos. El propio Bernardo de Ibarra, que no le miraba bien, le llama «hombre hábil en las cosas de la mar». El dominico Padre Las Casas, que le vió y trató, asienta que «era el mejor piloto que había» para los mares occidentales de América, juicio que repite Herrera. Oviedo le tenía por «hombre diestro en las cosas de la mar y *valiente* hombre de su persona». Gomara le llama experto marinero. La Reina Católica asegura en una cédula que le da la preferencia sobre otros pilotos, porque «cree lo sabrá hacer mejor». Y en otro documento: «Y en lo de navegar, yo le mandaré que se rija por lo que le pareciere a dicho Juan de la Cosa, porque es hombre que sabe bien lo que se aconsejará». La posteridad ha suscrito esos juicios de los contemporáneos. Y no podía ser de otro modo cuando están ahí sus hechos, sus extraordinarios viajes y grandes descubrimientos marítimos y su inmortal mapamundi.

Era Juan de la Cosa de carácter pacífico y conciliador, demostrado en dos ocasiones, la primera cuando llegó a Santo Domingo después de aquel su sorprendente viaje en que descubrió parte de las Guayanas, Venezuela y una sección de Colombia. Mandó entonces el Almirante a su alcalde Roldán, que pasase a los navíos para averiguar en virtud de qué facultad o licencia se hacían aquellos descubrimientos.

Era jefe militar de la flota el capitán Hojeda, que se hallaba ausente, en tierra. Enterado de la pretensión de Colón, se indignó y rompió con Roldán. Hubo algunos vejámenes de parte y parte, y las disensiones y ofensas hubieran seguido adelante, a no ser por la intervención de La Cosa, que arregló el asunto y apaciguó los ánimos.

La otra ocasión fué más tarde, cuando se preparaban a zarpar para el Continente, conduciendo los primeros colonos, la expedición costeada por nuestro paisano y la que llevaba Nicuesa. Se originaron disputas y alborotos entre éste y el belicoso Hojeda por cuestión de demarcación de sus respectivas jurisdicciones; y hubieran ambos caudillos llegado sin duda a las manos, a no haber intervenido la Cosa, proponiendo una fórmula de arreglo.

El cronista Oviedo arroja algunas sombras sobre la noble figura de nuestro marino. Táchale de codicioso, y acúsale de haber sometido a esclavitud a los indios y haber asaltado sus lugares y quitídoles el oro. ¿Qué decir a estos cargos? Lo de codicioso no es sombra que desdore. De no ser codiciosos, de no ansiar mejora de fortuna, no se expusiera él ni aquellos extraordinarios aventureros, a jugar mil veces la propia existencia. El mismo Colón fué codicioso y ansiaba el descubrimiento de minas y recibía «extraordinaria consolación» al hallar oro, pues decía que de esta manera se tendrían en mayor estima las nuevas tierras. En lo de haber reducido a esclavitud a los indígenas, saqueado sus lugares y apoderándose

del oro, nada podemos decir, sino que el citado cronista se muestra apasionado contra ciertos personajes y que incurre respecto de otras cosas en manifiesta contradicción con testimonios que merecen cuando menos igual o mayor fé. Tenemos dicho en otro lugar que el severísimo Padre Las Casas, refiriéndose al primer famoso viaje de Juan Vizcaíno, asevera que el jefe militar que lo mandaba, Bastidas, no hizo ni recibió ningún agravio de los naturales en sus tratos y contratos. Por lo demás, no es nuestro intento vindicar de todo cargo al inmortal nauta. Fácilmente la codicia arrastra a excesos y en todos los tiempos los hombres han abusado de los débiles. Aun en nuestra época, en que tanto blasonamos de humanitarismo, ocurren hechos análogos. Esto no exime de responsabidad, cierto; pero la generalidad y universalidad del mal, lo explica y en cierto modo lo atenúa. Recuérdese en cambio la conducta generosa de Juan Vizcaíno con los indios que le quisieron conducir a él y a sus compañeros a un río, para acabar allí con todos, y su indignación con aquellas gentes del batel al hallarlos cociendo en una gran olla los restos de un indígena que mataron, para alimentarse con ellos durante el viaje.

Quedan narrados en otra parte los detalles del naufragio del *Santa María*. Aquí debemos cuatro palabras al duro calificativo empleado en aquella ocasión por el Almirante contra Juan Vizcaíno. Supone Oviedo que la varadura de la nave capitana fué intencional, «para dejar en la tierra parte de la gente, como

quedó». Pero esta suposición está en pugna con lo que refiere Colón, que el naufragio sobrevino de una manera casual, por haber dejado La Cosa el gobierno de la nave a un grumete, lo cual tenía prohibido el Almirante. La explicación que da Fernández Duro parece más juiciosa. «¿Puede admitirse, escribe, que un marino tan experimentado, que un hombre que no esquivó con los indios en Cartagena apelando a la *ligereza* que libró a su jefe y compañero Hojeda, huyese de la nao donde no existía el menor peligro, y abandonase por cobardía su capital, su fortuna tal vez, pues la nao era suya? Si el hecho es cierto, ¿cómo no se hicieron a La Cosa los graves cargos dirigidos a Pinzón y a otros desobedientes a las órdenes de su general? Una simple nota escrita en papel que no debía ver el acusado, no ofrece fundamento para otra cosa que admitir en el ánimo de Colón *poca benevolencia* hacia el hábil piloto, suposición que confirman otros hechos como el de Fernando de Ibarra».

Esta poca benevolencia de Colón hacia Juan Vizcaíno se comprueba no sólo por lo que Ibarra declaró en la ocasión a que Fernández Duro se refiere, sino por otros hechos de la vida del famoso Almirante. En efecto, depuso Ibarra que Colón «se quejaba» contra La Cosa, «diciendo que porque le había traído consigo por la primera vez, y porque hombre hábil él, *le había enseñado el arte de navegar*, andaba diciendo que sabía más que él», que el Almirante. En cuyas palabras el declarante Ibarra irroga otra ofensa al ínclito nauta, pues, como muy bien

observa Fernández Duro, el afirmar que el piloto escogido por su idoneidad para acompañar al descubrimiento del Nuevo Continente aprovechara las lecciones de este coloso—Colón—es obvio; que aprendiera de él en un viaje de dos meses el arte de navegar, es otra cosa».

Que nuestro nauta fuese un experto marino antes de que conociera a Colón, tenemos una prueba palmaria en su mapa: se apuntan en él, como asegura Humboldt, detalles de las costas de Guinea no registrados en documentos análogos de la época compuestos por los portugueses, que eran los marinos más conocedores de aquellos mares; y figura asimismo Cuba como isla, a pesar de que Colón lo creía continente al tiempo en que el mapa apareció. Que Juan de la Cosa llegó a ser el primer nauta y el mejor marino de su época —esta proposición la escribimos después de madura meditación—, lo cual es cosa confesada por los contemporáneos, a pesar de que en aquellos heróicos tiempos, no estudiados suficientemente, había muy preclaros hombres de mar, lo prueban sus hechos, sus atrevidas excursiones en la parte del Atlántico de la costa americana, descubierta por él en una gran extensión, y sus navegaciones en los mares que bañan la actual Colombia, Istmo de Panamá y una parte de la América Central.

Por otro lado, se ha estudiado poco y siempre con cierta parcialidad el carácter de Colón. Un gran hombre, por ser tal, no se ve libre de ciertas imperfecciones y debilidades. Sobresalía en Colón una

constancia y una fuerza de voluntad a toda prueba. ¡Constancia fué y grande y extraordinaria, perseguir durante dieciocho años—pronto se dice esta cifra: ¡dieciocho años!—, aun viendo que la ancianidad se le echaba encima, con tesón inquebrantable, el propósito de explorar las oscuras profundidades de aquel mar de Atlante, hasta salir con su empeño! Virtud es ésta excelsa y base firmísima de otras virtudes. Pero en Colón se notan los defectos de sus grandes cualidades. Era soberbio, se tenía por superior a cualquier otro, no soportaba que nadie pudiera descollar y sobresalir, ni ello lo llevaba bien. ¿No podría encontrarse aquí, en la falta de benevolencia hacia los demás y en especial hacia nuestro Juan Vizcaíno, que *le superó* como descubridor desde que se declararon libres las empresas de descubrimiento, la explicación de aquella frase de que la nave «se salvara sino fuera por la *traición* del maestre y de la gente marinera, que toda o la mayor parte era de *su* tierra?». Y debemos hacer presente que Las Casas, que extractó el diario de Colón, agrava en su *Historia de las Indias* la acusación al decir que Juan de la Cosa y otros tripulantes del *Santa María* obraron «malvadamente» al abandonar el buque encallado.

Otra consideración: La Cosa sirvió muy poco tiempo al lado de Colón. Se tenía él, según los contemporáneos, por hombre de valer en asuntos de mar, es decir, poseía la conciencia del propio *valer*; y esta cualidad le incapacitaba para continuar a las órdenes de un jefe que no soportaba fácilmente que des-

collasen otros por sus conocimientos y su pericia. En efecto, La Cosa acompañó a Colón sólo en dos viajes, en el primero, en 1492, con su nave propia, y en 1493, en el segundo. En 1494 debía encontrarse en España; y desde esta fecha no figura ya más al lado de Colón.

IV

La expedición mandada por Nicuesa pasó grandes penalidades y trabajos. Salió de Cartagena, donde tan eficaz auxilio prestó a la gente de Hojeda, y llegó al golfo de Urabá, a un puerto llamado de Misas, porque la que se celebró entonces allí, se supone que fué la primera que se dijo en la América Continental. También se denominó este lugar con los nombres de Río Lagartos y Chagre. Nicuesa y Olano partieron de él, el uno mandando una nave y un «bergantín Lope de Olano, vizcaíno, su capitán», dejando el resto de los navíos en dicho Río Lagarto o Chagre; y navegando de noche por la costa, Nicuesa, por temor a los bajos, se echó a alta mar, creyendo que le seguía el bergantín; pero Olano, pretextando tormenta, se mantuvo al pairo cerca de una isla. A la mañana siguiente, al no aparecer Nicuesa, no trató de irlo a buscar, antes se fué con su bergantín al Río Lagartos, diciendo allí que se había perdido y que él escapó con gran suerte.

Esto es lo que refiere Oviedo. Las Casas omite estos detalles y afirma que al no tratar Olano de

buscar a Nicuesa se tuvo por sospechoso, inclinándole a pensar así el hecho de que anteriormente, en Santo Domingo, perteneció Olano a los rebeldes de Roldán. Pero Gomara le sincera abiertamente de todos los cargos. Cuenta este historiador que Nicuesa pasó de largo por frente a la costa de Veragua y que otro tanto hizo Olano. Mas éste llegó a tierra, preguntó por el lugar en que quedaba Veragua y al enterarse de que estaba atrás, volvió proa. En el camino se encontró con Pedro de Umbría, que traía otro bergantín, y de común acuerdo resolvieron dirigirse al río Chagre, donde hallaron al resto de la flota, y todos juntos, hicieron rumbo a Veragua, «creyendo que Nicuesa estaría allí». Sacaron a tierra las provisiones, armas y pertrechos, «quebraron los navíos en la costa» para *desafinzar*, escribe Gomara, a los hombres de partir de aquel lugar. Refiere luego cómo fué Olano elegido por capitán general, sin hablar de las divisiones a que Oviedo alude, de las que tampoco dicen nada Las Casas y Herrera, y agrega que construyeron una carabela de las maderas de las naves «quebradas o carcomidas», que comenzó un castillo en la ribera del río Veragua, corrió buen pedazo de tierra y sembró maíz y trigo, «con propósito de poblar y permanecer allí, si Diego de Nicuesa quisiese o no pareciese».

En cambio Oviedo relata que Olano fundó un pueblo en el río Belén—lo cual es exacto, pues fueron dos las estancias, la de Veragua y ésta—; «e fecho, hizo juntar trescientos para se hacer jurar por teniente de gobernador. Y como había hartos vizcaínos—vas-

cos—entre ellos y él lo era, esos e otros muchos le juraron, e otros no le quisieron jurar».

Ya hemos dicho que ni Las Casas, ni Gomara, ni Herrera, admiten que hubiese la disparidad de opiniones que supone Oviedo, pues Olano fué reconocido como teniente de gobernador, cargo que con anterioridad ejercía, por unanimidad. Cuenta también Herrera, cuya autoridad es respetabilísima, que por este tiempo estuvo Olano a punto de perder la vida. Trató en una ocasión de atravesar el río Belén con tan mala fortuna que zozobró la barca, ahogándose catorce de los que la tripulaban y salvándose Olano con otros por saber nadar bien. Estuvieron en tierra cuatro días sin comer, porque no podían sacar provisiones de la nave a causa de las tormentas, y «fué tanta el hambre que padecieron que acabando de parir una yegua anduvieron como lobos hambrientos y se comieron los parias con el hijo».

Fueron aún mayores las tribulaciones que pasaron las gentes de Nicuesa. Perdieron la nave en un río y determinaron llegar a Veragua por tierra, sin saber al emprender el camino, si iban bien o mal. Al atravesar en el bote un brazo de mar que creyeron bahía, fueron a parar a una isla. Aquí, cuatro marineros, encargados de la custodia del bote y probablemente de su conducción, se fugaron con él, dejando a Nicuesa y demás infelices compañeros abandonados en una isla sin agua. El jefe de estos cuatro marineros se llamaba Ribero, apellido de origen vasco. Los que quedaron en la isla se alimentaban con yerbas y ma-

riscos y andaban a gatas por debilidad. Los marineros que se llevaron el bote, llegaron a Belén, donde estaba Lope de Olano, y éste despachó un bergantín con «palmitos», cogollos tiernos que producen ciertas palmeras, de muy agradable gusto. En el bergantín se trasladó Nicuesa a Belén, y a su llegada, mandó prender a Olano, y no le quitó la vida por intervención de los demás, «haciéndole en pago de su traición, cuenta Oviedo, moler públicamente mahiz, en la calle cada día a fuerza de brazos, sobre una piedra algo cóncava con otra redonda e rolliza, como lo acostumbran moler las indias; e de tantas tortillas que molía, dábanle una que comiese por su trabajo, estando preso con una cadena a los pies, al modo de aquellos moros esclavos que a la puerta de Triana en Sevilla majan esparto.»

Gomara al referir estos acaecimientos, escribe que Nicuesa echó preso a Olano en pago de la buena acción que le hizo en mandarle sacar en un bergantín de la isla en que se encontraba, culpándole de traición, por haber usurpado aquel oficio y preeminencia, por haber quebrado las naves y porque no le hubiese ido antes a buscar». Agrega este autor que no quiso continuar en la población fundada por Olano ni esperar a que madurase el maíz ni otras siembras allí hechas, a pesar de que le rogaban, «cree que por quitar aquella gloria a Olano, partiendo de Veragua y yendo a Puerto Bello».

Tenemos dicho que Hojeda, escarmentado aunque tarde con lo que le ocurrió en Cartagena, se trasladó a

Urabá, según le había aconsejado La Cosa, y fundó una villa con el nombre de San Sebastián. Este valiente capitán resultó en una ocasión herido con las flechas envenenadas de los indios y amenazó al cirujano con ahorcarle si no le aplicaba en la herida planchas candentes, con lo que se curó. A poco de establecida la colonia en Urabá, y dejando en su lugar a Francisco Pizarro, quien vino a desempeñar el cargo de teniente de gobernador que tenía nuestro Juan de la Cosa, se trasladó por víveres a Santo Domingo, donde halló la muerte, en tanta pobreza que no tuvo medios para costear el entierro. Era Alonso de Hojeda natural de Cuenca, aunque oriundo de la casa solariega de Hojeda, sita cerca de Oña, en la vecindad de Bureba, provincia de Burgos.

La colonia o villa de San Sebastián fué, según Oviedo, «la primera población de christianos en la Tierra-Firme, principiada por Johan de la Cosa», cuatro años antes, al decir de Gomara, quien a su vez ratifica que dicha villa, comenzada por Juan de la Cosa, «fué el primer pueblo de españoles en la tierra firme de Indias». Muerto Hojeda y falto de recursos, que fué a solicitar, se deshizo la colonia, y Pizarro se trasladó a Cartagena. A este puerto llegaron por este tiempo, 1509, Enciso, designado como sucesor de Hojeda; Balboa, el que debía descubrir el Océano Pacífico; el bilbaíno Martín Sánchez de Zamudio, a quien con habilidad había de eclipsarle Balboa, y muchos otros. Se trasladaron todos al Darién y fundaron la villa de Santa María de la Antigua, la primera población del

Nuevo Continente que alcanzó vida duradera. Pretextando no estar en la jurisdicción de Hojeda, que era la de Nueva Andalucía, sino en la de Nicuesa, o en Castilla del Oro, Balboa, Zamudio y otros, depusieron del cargo de gobernador a Enciso, procediendo enseguida a la elección de alcaldes de la villa, resultando electos Balboa y Zamudio, y entre los regidores el vizcaíno Pedro de Macax.

En esta determinación tuvo gran parte la enemistad que se tenían Balboa y Enciso. Balboa se embarcó en Santo Domingo envuelto en la vela de un navío, o según otros, metido en una barrica de las de harina, para no ser detenido por sus acreedores. Cuando Enciso le vió en Cartagena, le amenazó con matarle o dejarle en una isla, y Balboa, cuando fué alcalde, se vengó de su enemigo buscando un motivo al parecer legal para deponerle de su cargo.

Volvamos ahora a la gente de Nicuesa. Este permitió la salida de un bergantín para Santa María la Antigua del Darién, antes que él se resolviera a partir. Lope de Olano supo escribir a los del Darién por medio de esta nave, cosa nada difícil cuando había por allá «hartos vizcaínos». Pero veamos el relato que de este hecho y de sus consecuencias hace el cronista Oviedo: «Pues como aquel Lope de Olano era vizcaíno, supo que en el Darién era uno de los alcaldes Martín de Zamudio en compañía de Vasco Núñez; y este alcalde Zamudio era pariente de Lope Olano y avía asismesmo otros vizcaynos, sus debdos, e otros vascongados de su lengua, a los cuales escribió de la manera

que el gobernador le tenía preso e cómo era tratado, e indinólos mucho contra Diego de Nicuesa».

Estos informes contribuyeron a indisponer los ánimos hasta tal punto que los vascos recabaron de los demás pobladores que no fuese recibido el gobernador, pues «como eran mucha parte en el pueblo, escribe Oviedo, viendo la indinación del otro alcalde Zamudio e los vizcaynos tenían concebida contra Nicuesa, por respecto de Lope de Olano, acordaron de tractar e rogar a los del pueblo que aunque Diego de Nicuesa viniese no le recibiesen por gobernador».

Una circunstancia exasperó aun más los exaltados espíritus. Propaló alguien que Nicuesa se proponía prender a los vascos y mandarlos a Belén a trabajar en la fortaleza, con cuyo motivo se juramentaron solemnemente en la iglesia los alcaldes y regidores para no recibirle. Así, pues, cuando Nicuesa se presentó frente a Santa María la Antigua, no quiso desembarcar en vista de la hostilidad de sus pobladores; pero le hicieron saltar en tierra con engaños, y el alcalde Zamudio y el regidor Diego de Macax, «ambos vizcaynos», le prendieron, le hicieron meter en un mal bergantín, con algunos pocos que le eran fieles, y le despacharon para Santo Domingo, sin que se supiese más de él: este fin tuvo el desgraciado Nicuesa. Esta determinación, cuya responsabilidad no debe hacerse pesar exclusivamente sobre Zamudio y Macax, fué tomada en cabildo, según asegura Gomara, en cuya ocasión era Balboa el que con más empeño abogaba por esta medida de rigor, al decir de Las Casas. Además, Ni-

cuesa se labró él mismo en parte su ruina. Cuentan los historiadores, que a causa de los muchos sufrimientos, el carácter de este jefe se tornó agrio e insufrible, convirtiéndose en un déspota, lo que le atrajo la malquerencia de sus subordinados. Agréguese a esto que Nicuesa repetía a los que querían oirle, antes de su partida al Darién y en el camino, que había de despojar a los colonos del oro y de los cargos que indebidamente poseían.

De ninguna manera merece aprobación la conducta de los vascos ni la de los demás colonos, pues la determinación de no recibir a Nicuesa fué general, a excepción de unos pocos que le fueron fieles. Y esta conducta de aquellos colonos se agrava más si se tiene en cuenta que Nicuesa, previendo el peligro a que le exponían al obligársele a zarpar en un mal bergantín, suplicó encarecidamente que le dejasen permanecer entre ellos, renunciando si le pedían el cargo de gobernador. Pero es ésta la tercera vez que tenemos ocasión de notar el apoyo mutuo que en los primeros años del descubrimiento de América se prestaban los vascos unos a otros. Igual cosa tendremos oportunidad de observar en otras coyunturas, hasta el punto de que llegaran a formar bandos o partidos contra colonos no de su raza e idioma. En vista de esto, la hipótesis para nosotros más verosímil de la destrucción de la colonia Navidad es que los marineros vascos se rebelaron contra las autoridades designadas por Colón, por causas que podían radicar en el modo de ser y el carácter de los vascos. La división entre aquellos cristianos, dice Hernando

Colón y lo confirma Herrera, fué motivada por los vizcaínos. En esto no caben dudas. La elección de los dos capitanes que el Almirante nombró, observa Oviedo, fué en mucho causa de la desaparición de la colonia Navidad. Por tanto, si fueron las mujeres o fué el oro la causa ocasional, la verdadera arrancó de más hondo: de la distanciación que por el carácter y el habla se hallaban los vascos de los demás colonos.

La segunda ocasión del apoyo mutuo prestado por los vascos entre sí fué en Santo Dòmingo, con motivo de los desgraciados amores de Guevara con la princesa india Higueymota. Y ahora, en el Istmo de Panamá, vemos que llegaron a imponerse hasta el punto de que se negaran a reconocer a Nicuesa, con quien procedieron asaz inhumanamente.

CAPÍTULO XII

DESCUBRIMIENTO DEL OCÉANO PACÍFICO

(1513-1514)

I. Balboa, por ambición, trata de alejar de su lado a Zamudio.—Lo envía a España a informar ante la Corte.—Primeras noticias de la existencia del Pacífico.—Se decide su descubrimiento.—II. Vista del nuevo mar.—Demostraciones de regocijo.—Un vasco es el segundo en penetrar en el Pacífico.—Toma de posesión.—Los vascos que estuvieron en este descubrimiento—Penalidades de los expedicionarios.—III. Se comisiona al bilbaíno Arbolancha para dar cuenta al Rey del descubrimiento.—Presenta muestras de perlas.—Sus noticias despiertan inusitado entusiasmo en toda España.

I

Queda explicado cómo se fundó la villa de Santa María del Darién. Fueron sus primeros pobladores la gente de la expedición de Hojeda, con alguna más que vino con posterioridad. La villa de San Sebastián, fun-

dada en Urabá, fué abandonada, y Francisco Pizarro, quien sucedió en el cargo que desempeñaba La Cosa, se trasladó también al Darién. A este punto vinieron a refluir los restos de la brillante expedición de Nicuesa, que quedaba reducida a unas cien personas, habiendo sido las restantes diezmadas por el hambre y las enfermedades propias de aquellas regiones mortíferas. Con estos elementos, la villa de Santa María del Darién llegó a contar unos seiscientos pobladores.

Después de la destitución de Enciso y la expulsión de Nicuesa, Balboa y Zamudio pensaron en enviar comisionados a la Corte para vindicar su conducta, dar cuenta al Rey de la fundación de la villa, de las riquezas que encerraba la región y de los progresos efectuados en su conquista. Al efecto, nombraron dos comisionados; pero más tarde, deseoso Balboa de quedar como único dueño del mando, supo persuadir a su colega Zamudio que se trasladara a España, con el fin de defenderle de los informes que pudieran dar los primeros enviados, a quienes suponía partidarios de Enciso. Balboa, que llegó a ser un excelente capitán, procedía en esto llevado de la ambición, como lo da a indicar claramente el cronista Herrera, pues veía que dado el gran número de vascos y la influencia que sobre ellos ejercía Zamudio, sería siempre esta circunstancia, un óbice para sus planes de dominación.

Era Balboa persona sagaz y astuta, que sabía preparar con habilidad los medios para su encumbramiento. En el asunto de la expulsión del gobernador Nicuesa, trabajó abiertamente en un principio contra este jefe,

y una vez preparada en su contra la opinión de los colonos, procuraba disimular los propios sentimientos, aunque en la sesión del cabildo en que se tomó el acuerdo de no recibirle, fué uno de los que con mayor tesón abogó en favor de la medida. No le alentaba otro móvil en estas circunstancias. Con el propósito de evitar el castigo de sus demasías, y «quizás también, escribe Las Casas, por quedarse solo en el mandar y señorear de toda aquella tierra, tuvo sus maneras de persuadir a su compañero, el alcalde Zamudio, que tuviese por bien de ir a Castilla».

Diéronle a Zamudio las mejores muestras del oro y de las riquezas halladas en sus correrías para que las ofreciese al Rey, y le despacharon para España. Era cosa corriente entonces y siguió siéndolo después que, cuando los conquistadores habían cometido algún desaguisado, trataran de apaciguar el enojo de los monarcas haciéndoles ricos presentes. En cambio se desquitaban de estas dádivas en otras ocasiones, ocultando y defraudando a la Corona el quinto de las ganancias que le correspondían. Los Reyes, apremiados por los gastos de las guerras que en Europa sostenían, no miraban con malos ojos aquel desprendimiento de sus generosos súbditos y es seguro que las dádivas debían contribuir a que la balanza de la justicia se inclinase más por el lado de la clemencia que por el del rigor.

El actual Istmo de Panamá estaba poblado en la época de la conquista por diversas tribus mandadas por diferentes caciques. Sus habitantes no eran tan fieros ni empleaban armas tan mortíferas como los de

Cartagena y Urabá. Balboa se propuso reducirlos. Emprendió diferentes expediciones, en las que iba él a la cabeza de sus soldados, y se hizo amigo de los régulos de Careta y Comagre. Un hijo de este último, llamado también Ponca, le dió las primeras noticias de la existencia del mar Pacífico, que se extendía al otro lado de los montes. Pero no pensó por entonces en acometer su descubrimiento. Es que, como vulgarmente se dice, no las tenía todas consigo, en espera de lo que pudira resultar de los informes que Zamudio le enviase de España, de quien no sabía nada a pesar de haber transcurrido más de un año desde que partió para la Península.

Llegaron por fin al Darién noticias del enviado Zamudio. Decía el vizcaíno a Balboa que Enciso le había acusado en la Corte, que el Rey había recibido gran indignación y que había sido condenado al pago de las costas de los daños hechos a Enciso, reservándose el monarca oirle en cuanto a lo criminal.

Suponen los historiadores que Zamudio tenía influencia en la Corte y que la causa de Balboa no salió peor librada, merced a los trabajos de nuestro paisano. En vista de lo comunicado por Zamudio, determinó Balboa emprender en el acto el descubrimiento del otro mar, con ciento ochenta hombres, de los más esforzados, para congraciarse con el Rey.

II

Vasco Núñez salió del Darién a principios de septiembre de 1513. Pasó por los territorios de los ca-

ciques de Careta, cacique Ponca o Comagre, cacique Quarequiá y varios otros. Los dos primeros eran amigos y le recibieron bien y le sirvieron. Como se resistiera el último, no queriendo admitirle en son de paz, atacó a sus indios, que huyeron al conocer el efecto de las armas de fuego: el cacique fué muerto. Sin embargo, hizo paz con los moradores y los agasajó, pues como experto capitán, no quería dejar enemigos a la espalda. Procuraba Balboa causar el menor daño posible en los territorios indígenas y en sus pobladores, pues pensaba que era más ventajoso tenerlos por amigos que por enemigos. En esta política, que le dió muy buenos resultados, le secundaban los pueblos por donde pasaba, quienes servíanle de eficaces auxiliares para con los que había de encontrar más adelante, mostrándoles las dádivas y regalillos con que los obsequiaba y disponiéndolos así a no oponer resistencia al avance de los descubridores.

El 25 de septiembre llegó la expedición a las cumbres más altas de la cordillera divisoria de ambos Océanos, desde donde distinguíase la otra mar. «Y un poco antes que Basco Núñez a la cumbre llegase, escribe Herrera, le avisaron los indios de Quarequiá, cómo estaba ya muy cerca; mandó que todos allí hiciesen alto. Subió solo, y vista la Mar del Sur, se hincó de rodillas, y alzadas las manos al cielo, dió grandes alabanzas a Dios, por merced tan grande que le había hecho, en que fuese el primero que la descubriese y viese». Después hicieron lo propio los

demás, estando como atónitos los indios al ver la alegría y el regocijo de aquellos hombres.

Esta conmovedora ceremonia se realizaba un miércoles, a las diez horas del día, 25 de septiembre de 1513.

A poco llegaron Balboa y su gente a un pueblo indio llamado Chiapes, que no debía hallarse muy alejado del mar, pues desde él despachó tres expediciones, mandada la una por Juan de Ezcaray, apellido de origen euzkérico, por Pizarro la otra y la tercera por Martín Alonso, para hallar una senda o salida al Océano. Dió con ella la partida de Martín Alonso, que encontró varias canoas, en seco, lo que tuvieron por indicio seguro de haber llegado a las orillas del mar, aunque no lo veían, pues allí se retiran mucho las aguas. En efecto, subió la marea, flotaron las rústicas embarcaciones, y montó Martín Alonso en una de ellas, diciendo que fuesen testigos de cómo era el primero que entraba en la Mar del Sur. Hizo otro tanto Blas de Atienza, vasco, y dijo que fuesen testigos de ser él el segundo.

La gente de Balboa tuvo gran regocijo con la noticia de haberse hallado el sendero. Dejó en el pueblo a los impedidos, «despeados», dice Herrera, y llegó a las márgenes del Océano Pacífico con ochenta hombres, según el cronista que acabamos de citar, siempre escrupulosamente informado; con cincuenta y siete, según Oviedo. Penetró en el mar hasta los muslos, con espada y rodela, y tomó posesión de él en nombre de los Reyes de Castilla. Oviedo transcribe la especie de reto o juramento de que se sirvió Balboa

en este acto, reto que recuerda los de los caballeros andantes, lleno de fantástica osadía, en que se provoca a no sé qué enemigos invisibles, declarando por fin que se posesionaba de aquella extensa superficie líquida en nombre de su Rey y Señor, en vista de que no hallaba oposición. ¿Quién se le había de oponer?

Este memorable hecho ocurría el 29 de septiembre de 1513, festividad de San Miguel, por lo que se dió este nombre a la bahía descubierta, denominada hoy bahía de Panamá. De los vascos que concurrieron a este acontecimiento histórico se conservan los nombres de Pedro de Arbolancha, natural de Bilbao, quien anduvo con Balboa «en todas aquella estaciones», según expresión de Las Casas; Blas de Atienza, que fué el segundo que penetró en el mar en una canoa; Antonio de Baracaldo, a quien en otra lista le llama Oviedo, Ortuño de Baracaldo, natural de la anteiglesia de este nombre; y Pedro de Orduña.

Balboa, durante su permanencia en las costas del Océano Pacífico, tuvo copiosas noticias de la existencia del Perú, comunicadas por el cacique Tumaco, que le dijo que aquella costa se alargaba sin fin hacia el Sur y que moraba por allí un pueblo poderoso que empleaba animales a manera de caballos. Hízole además obsequio de perlas, que por aquellas aguas se cogían muy buenas y en abundancia. Balboa visitó las regiones próximas y se dispuso para el regreso, entrando de vuelta en el Darién el 19 de enero de 1514, sin haber perdido a ninguno de sus soldados en acción de guerra, a pesar de batir a numerosos caciques.

Hoy se hace cosa imposible figurarnos las dificultades materiales de todo género que tenían que vencer los conquistadores de América, especialmente en la región tropical, para atravesar aquellos territorios, aun en el día infranqueables en muchas partes, no obstante los poderosos recursos de que disponemos. La energía y resolución de ánimo de aquellos héroes eran inquebrantables. De ello dice algo Balboa en una carta al Rey que lleva la fecha de 1513. «Y las ciénagas desta tierra, escribe, no crea V. A. R. que es tan liviano que nos andamos folgando, porque muchas veces acaesce ir una legua y dos y tres por ciénagas y agua, desnudos y la ropa recogida puesta en tablachina encima de la cabeza, y salidos de unas ciénagas entramos en otras, y aun andar desta manera dos y tres y diez días...» En otra carta le suplica al Rey que mande que ningún bachiller en leyes ni ningún otro, sino fuera de medicina, pase a aquellas partes, bajo graves penas, «porque ninguno pasa acá, son sus palabras, que no sea diablo y tenga vida de diablos, y no sólo son ellos malos, sino tienen fama por donde haya mil pleitos y maldades».

III

Resolvió Balboa, apenas estuvo de vuelta en el Darién, dar cuenta al Rey del descubrimiento del Océano Pacífico o Mar del Sur. Para ello hizo elección de un gran amigo suyo, llamado Pedro de Arbolancha, bilbaíno, cuyo solar estuvo en Albia, según Ferrer.

Arbolancha acompañó a Balboa en todos sus trabajos y de ellos estaba bien informado, conforme asegura Herrera. Le dió las mejores y más preciosas perlas de todas las que trajo, para que en su nombre y en el de todos, las presentase al Rey. Escribió largamente de todo lo visto en aquel viaje, y que de los ciento noventa soldados sacados del Darién, jamás se pudo ayudar sino de ochenta, porque los demás, por hambres, enfermedades y cansancio, no le pudieron seguir, haciendo que quedaran por el camino en pequeños destacamentos para mantener en paz a los indios. Oviedo le llama a Arbolancha «curiel e conoscido en la Corte, hombre de negocios».

Después de una felíz travesía, llegó Arbolancha a la Península en 1514, «e hinchó a la Corte de alegría y luego a toda Castilla», al decir de Herrera. Y fué tal el regocijo que sus noticias causaron «como si entonces se hubiesen descubierto estas Indias», escribe Las Casas.

Recibiéronle con gran gozo Juan Rodríguez de Fonseca, encargado de los asuntos de América y que era ya Obispo de Burgos, y el comendador Lope de Conchillos, y lo presentaron al Rey, quien le otorgó favorable acogida y se holgó mucho de las nuevas que le traía y con el regalo de las perlas y el quinto que le correspondía a la Corona. El soberano hizo muchas preguntas a Arbolancha respecto al lugar dónde y cómo se sacaban las perlas, respondiéndole éste prolijamente a todas ellas y encareciendo los trabajos que habían padecido y las grandes victorias ganadas sobre los indios.

No fué infructuosa la misión de Arbolancha, pues alcanzó para Balboa el título de Adelantado de la Mar del Sur y el nombramiento de gobernador y capitán general de las provincias de Coiba y Panamá. El bachiller Enciso, por otra parte, informó al Rey de la pérdida de Hojeda, Nicuesa y Juan de la Cosa, y de los bandos que dominaban en el Darién; y no obstante los esfuerzos que a favor de Balboa desplegaba Arbolancha, se acordó enviar nuevo gobernador al Istmo.

Las noticias divulgadas en España sobre la riqueza en perlas del nuevo mar llamado del Sur despertaron de tal manera la codicia general, que en la expedición de Pedrarias tomó parte gente muy principal en gran número, la cual, más tarde, hallándose en el que es hoy Istmo de Panamá, se moría de hambre por no tener ni un mal pan de casabi o yuca que llevar a la boca, a pesar de vestirse con sedas y brocados. Sólo en un mes, según Herrera, perecieron setecientas personas, de hambre y modorra—fiebre—. La expedición llegó a componerse de mil quinientos hombres o más.

Es fuerza que cortemos aquí la narración de estos acontecimientos. En el lugar oportuno se dará cuenta de cómo fueron conquistados los territorios vecinos al Darién, cuando corresponda ocuparnos de la conquista del Imperio de los Incas, que será en la tercera parte de esta Historia.

CAPITULO XIII

LA EXPEDICIÓN DE MAGALLANES

I. Magallanes y Sebastián del Cano completan los conocimientos geográficos de la humanidad.--Esfuerzos por descubrir un paso entre el Atlántico y el Pacífico.--II. Llega Magallanes a España.—Razones que tuvo para buscar la India Oriental por América. --Las ideas geográficas anteriores a la expedición.—III. Las naves para el viaje.—Gran número de tripulantes vascos.—Su lista.—IV. La artillería, armas y multitud de efectos, comprados en las Vascongadas.—Notable progreso de nuestros pueblos en aquella época.

I

Después del descubrimiento de América, es cosa difícil determinar cuál acontecimiento reviste un interés geográfico mayor, si el viaje de Vasco de Gama, quien al doblar el Africa por su extremo meridional, llegó a las Indias Orientales, cargó sus naves de ricas y variadas producciones y volvió triunfante a Portugal; o

el de Magallanes, que halla el paso entre los dos océanos más grandes de la tierra, el Atlántico y el Pacífico, atraviesa esta inmensa superficie líquida, llega también a las tierras de Oriente, logrando uno de los navíos de su armada, al mando del inmortal Juan Sebastián del Cano, volver al mismo punto de partida, pero por opuesto rumbo.

Si Vasco de Gama, con su descubrimiento, revolucionó las vías comerciales hasta entonces conocidas y arruinó a numerosos Estados de Italia, en especial a Venecia, que monopolizaban el tráfico con el Oriente; Magallanes y Cano echaron por tierra mil hermosas fábulas y mitos, revolucionaron las ideas geográficas de su tiempo, probando que eran palabras sin sentido las de Oriente y Occidente, establecieron las verdaderas dimensiones de nuestro globo y rompiendo con el misterio que envolvía su configuración verdadera, elevaron y sublimaron, haciéndolos penetrar hasta en el vulgo, los conocimientos científicos acerca de nuestro planeta. El mar, al que un tiempo se le tenía por obstáculo insuperable, tornábase camino neutral por donde se acercasen las regiones más distantes de la tierra. Su tersa superficie se convertía en ancho campo por el que sin tropiezos podían unos pueblos buscar a otros pueblos, comunicarse sus secretos, sus riquezas, su vida, su historia y su civilización, estrechando todas las razas y todos los pueblos, todos los continentes y todos los mares. Modificando una bella figura empleada por un ilustre geógrafo, podemos decir que al rodear con Cano la nave *Victoria* la

esfera terrestre, con la estela de su quilla, arrancó la tierra de las espaldas de Atlante, e hizo que flotara libremente en el espacio. Los mitos y las leyendas terminaron.

Es oportuno recordar el estado de los descubrimientos marítimos de la época. Era ya conocida la mayor parte del litoral de América, bañado por el Atlántico, en cuyo descubrimiento hemos visto la parte importantísima que corresponde a los vascos. Fué por este tiempo empeño común entre los navegantes, una especie de preocupación general, el hallar un paso que permitiese ir del uno al otro lado del Nuevo Continente. No se creía que la América se extendiese sin solución de continuidad de polo a polo. Los Cabotos habían buscado el paso por el extremo septentrional. Colón lo creyó hallar por el puerto del Retrete, en la América Central; por igual región trató en un principio de encontrarlo Juan de la Cosa; el vizcaíno Francisco de Garay trabajó por descubrirlo por la parte de la Florida y sus naves surcaron las primeras el río Misisipí; posteriormente, en junta de pilotos, formada por Yáñez Pinzón, Solís, La Cosa y Vespucci, se resolvió indagarlo por el extremo Sur de la América meridional. Al efecto, salieron Solís y Yáñez, con instrucciones de que pasaran a las *espaldas de Castilla del Oro*, es decir, del actual Istmo de Panamá; mas la expedición, por falta de armonía entre los jefes, regresó sin haber pasado del paralelo cuarenta Sur. Volvió a emprender otro viaje Solís, descubriendo el Río de la Plata, pero su desastrada muerte fué motivo de que no

adelantara más la expedición. Queda ya dicho cómo realizó Balboa el descubrimiento del Océano Pacífico.

Los viajes de Magallanes y de Loaiza a las Molucas o islas de la Especiería, son hechos que forman parte de la historia de América, y como este trabajo se ocupa de lo que el elemento vasco ha significado en la historia americana, es lógico que éntre en él la narración de los sobredichos viajes. Por otro lado, la mayoría de los vascos—no nos parece aventurada la afirmación—ignora estos hechos y los nombres de los compatriotas que en ellos figuraron, a excepción del de Cano. Esta preterición no es justa, pues la gloria de Cano no existiría sin el concurso de los que colaboraron a crearla.

II

Hernando de Magallanes, natural de Oporto, vino a España en 1517, por despechos con el rey Manuel de Portugal, junto con Ruy Falero, astrónomo de reputación, y Cristóbal de Haro, portugués, persona acaudalada que poseía factorías en Oriente. Los dos primeros propusieron al emperador Carlos V hallar un camino para las islas de la Especiería—Célebes y Molucas—, distinto del que empleaban les portugueses en su navegación a las costas e islas del Asia Oriental, aparejando una flota costeada por sus amigos o por el emperador. El indicado Cristóbal de Haro aprontaría los recursos. El emperador acogió el proyecto y prometió armar los buques a su costa, pero entró en la parte Crístóbal de Haro.

Como acaece en todos los hechos de esta especie, se preguntan los historiadores qué razones tenía Magallanes para prometer el descubrimiento de un paso o estrecho a través de América. Algunos de ellos afirman que el marino portugués tenía conocimiento cierto de la existencia del estrecho que lleva su nombre por una esfera del cartógrafo Behaim, en que estaba dibujado.

Esta especie la publicó por primera vez Pigaffeta, lombardo, que tomó parte en el viaje. También se hace eco de ella Las Casas, quien asegura que «traía Magallanes un globo bien pintado, en que toda la tierra estaba, y allí señaló el camino que había de llevar, salvo que el estrecho dejó, de industria, en blanco, porque alguno no se lo saltease». Pero esta conjetura la rechaza con razón Navarrete y no es ella admisible. Porque no se concibe que estando seguro Magallanes de la existencia del estrecho y de su situación en la América meridional, anduviese con tantas fluctuaciones para hallarlo. Ni caso de tener por cierta su existencia habría ocurrido la grave sublevación en el río San Julián, donde invernó, ocasión en la cual se quejaba parte de la tripulación de los buques de que Magallanes los llevaba sin seguridad y sin rumbo, y el arranque enérgico en otra ocasión del navegante portugués de que caso de no dar con la ruta al otro océano, iría a las Molucas doblando el cabo de Buena Esperanza. Débese agregar que el globo de Behaim, en que se suponía dibujado el estrecho, fué construído antes del descubrimiento de América y que en él no aparece semejante accidente geográfico.

Por lo demás, Magallanes tenía razones más que suficientes para creer que por la ruta por donde se proponía dirigirse era posible arribar a las ansiadas islas de la Especiería. Había navegado años antes en los mares de la India Oriental, y en una ocasión llegó a alejarse del continente asiático unas seiscientas leguas. Más allá se encontraba la América, descubierta por Colón. ¿Por qué no venir a aquellas islas en que se encontraba, separadas del Asia seiscientas leguas, por el camino de Occidente, por América? Este proyecto, como a Colón el suyo, le preocupó durante varios años; y cuando pasó a Castilla, creyendo que la corte de Portugal no remuneraba como era debido sus servicios, propuso hallar una ruta *más corta* y *más facil* que la que empleaban los portugueses, doblando el Cabo, para ir a las islas donde se criaban las drogas y especias con las que sus paisanos traficaban.

Magallanes, como Colón, al discurrir así, tenía una idea equivocada sobre la verdadera superficie o volumen de la tierra. Creía que nuestro globo era más pequeño de lo que es en realidad. Hay errores que conducen al heroísmo y a la sublimidad. Por esto opinaba que las islas Molucas caían dentro de la jurisdicción de España, según la bula pontificia de partición. Esta bula, dada por el Papa Alejandro VI, tenía por objeto determinar los límites de los dominios respectivos entre Portugal y España. Señalaba estos límites mediante una línea imaginaria trazada del polo ártico al antártico, cien leguas al occidente de las islas

de Cabo Verde. Todas las tierras que se descubriesen al occidente de la línea, pertenecían a la Corona de Castilla; todas las descubiertas en dirección opuesta a la de Portugal. Más tarde, por convenio mutuo, se hizo pasar esta línea a trescientas sesenta leguas al occidente de Cabo Verde. Pero no se llegó a sospechar que continuando los descubrimientos por rumbos opuestos, podían los dos pueblos encontrarse y renovar la cuestión sobre sus derechos territoriales, como así sucedió.

No parece que el proyecto de Magallanes encontrase seria oposición en la Corte por lo que respecta a su posibilidad, supuesto el estado de los descubrimientos marítimos de la época y dado que desde hacía muchos años se trabajaba por hallar el paso que ponía en comunicación a los dos mares que bañaban la América. Sin embargo, Maximiliano Transilvano, autor de una breve relación del viaje de Cano, dada a luz el año 1522, el mismo en que el héroe de Guetaria completó su histórico viaje de circunnavegación y a quien tuvo ocasión de conocerle y tratarle, escribe que había incertidumbre acerca de si era posible pasar y navegar por las partes occidentales de América hasta las orientales, «ca creían que natura había quizás dejado cerradas y distinguidas las partes orientales de las occidentales, de tal manera que no pudiese navegar ni pasar de las unas a las otras partes», y que el Nuevo Continente se extendía de polo a polo para separar las aguas de ambos océanos.

También Oviedo se refiere a este sofisma o logoma-

quia, copiando a Transilvano. Dice que se suponía que el Oriente y el Occidente debían estar separados y como acotados, por algo real, y no les era fácil convencerse que fueran voces sin significación fija, real y objetiva, puesto que lo que para uno es Occidente puede ser para otro Oriente y viciversa, siendo términos puramente relativos y convencionales.

III

Hemos creído necesario exponer primero los antecedentes que quedan narrados antes de entrar a dar cuenta de la parte que tomaron los vascos en este memorable acontecimiento. No parece que la idea de Magallanes fuese el rodear el globo terrestre al emprender su celebrada navegaeión. Su objeto se reducía simplemente a llegar a las Molucas por el camino de Occidente, que creía más corto y más fácil, evitando el rodeo que hacían los portugueses. Sólo cuando, perdidas las demás naves, se hallaban solas, por las partes orientales del Asia, la capitana *Trinidad* y la inmortal *Victoria*, se resolvió emplear la ruta descubierta por los portugueses para volver a Europa. En estas circunstancias sufrió una seria avería la *Trinidad,* por lo que hubo de continuar allí, para luego emprender viaje, partiendo sólo el *Victoria,* al mando de su capitán Cano, de regreso a España, doblando el cabo de Buena Esperanza, con lo que llegó a dar la vuelta completa al globo. Tampoco el famoso pirata inglés Francisco Drake, que fué el segundo que

con la fragata *La Cierva* repitió muchos años después igual hazaña, tenía propósito de volver a su país por la ruta opuesta a la que tomó a su salida, sino que hallándose en las partes septentrionales de América, por el lado del Pacífico, pensó que si volvía por el estrecho de Magallanes, podíale esperar allí la escuadra española, para pedirle cuentas de sus piraterías, por lo que resolvió atravesar el Pacífico y doblando el Cabo, dirigirse a las Islas Británicas.

Veamos ahora el número de vascos que se engancharon en la problemática y aventurada expedición de Magallanes. El viaje no presentaba alicientes, y dice Herrera que hubo de emplearse apremios contra los pilotos para que tomasen parte en la jornada. Navarrete escribe «que no había gente marinera de estos reinos que quisiera ir, sin embargo de haberse hecho pregón en Málaga, Cádiz, en todo el condado y en Sevilla, expresando el sueldo que ganaban». No obstante, era Sevilla, en aquella época, centro de gran movimiento marítimo y comercial, puerto en el cual se reunían y de donde partían las flotas más numerosas del mundo y donde pululaban los extranjeros. Muchos de éstos se enrolaron en la expedición, de modo que las tripulaciones eran heterogéneas, pues a más de peninsulares había diecisiete portugueses, veintitrés italianos, diez franceses, bastantes alemanes, ingleses, flamencos y griegos.

Hé aquí el porte de cada nave y su dotación de mando.

Trinidad, 110 toneles: capitán, Hernando de Maga-

llanes, portugués; piloto, Esteban Gómez, portugués; maestre, Juan Bautista de Ponzoral, genovés.

San Antonio, 120 toneles: capitán y veedor de la armada, Juan de Cartagena, no se dice de dónde; piloto, Andrés de San Martín, no se dice de dónde; maestre, Juan de Elorriaga, guipuzcoano.

Concepción, 90 toneles: capitán, Gaspar de Quesada, no se sabe de dónde; piloto, Juan López de Carballo, portugués; maestre, JUAN SEBASTIÁN DEL CANO, vecino de Sevilla y natural de Guetaria, Guipúzcoa; contramaestre, JUAN DE ACURIO, de Bermeo.

Victoria, 85 toneles: capitán y tesorero, Luis de Mendoza, no se indica de dónde; piloto, Basco Gallego, portugués; maestre, Antón Salomón, de Trápana, Sicilia.

Santiago, 75 toneles: capitán y piloto, Juan Serrano, vecino de Sevilla, según un documento, portugués, según otro, *castellano;* maestre, Baltasar Ginovés, de Génova.

De modo que en la oficialidad de la flota figuraban tres vascos: el maestre Juan Sebastián del Cano, y el contramaestre Juan de Acurio, habiendo ambos tenido la inmensa suerte de haber realizado el viaje de circunnavegación alrededor del globo, volviendo al punto de partida; y el maestre Juan de Elorriaga, que encontró desastrada muerte por el cumplimiento de su deber.

Formando parte de las tripulaciones se contaban los siguientes vascos.

Navío *Trinidad:* León de Espeleta, escribano, que no dice de dónde sea, pero cuyo apellido hace sos-

pechar que fuese vasco; Domingo de Urrutia, marinero, de Lequeitio.

Navío *San Antonio:* Pedro de Santua o Sabtua, carpintero, de Bermeo; Martín de Goitisolo, calafate, de Baquio; Pedro de Olabarrieta, barbero, de Bilbao; Juan Ortiz de Goperi, despensero, de Bilbao; Pedro de Laredo o Leredo, marinero, de Portugalete; Martín de Aguirre, grumete, de Arrigorriaga; Johanes de Irún Iranzo, grumete, de Irún; Juan de Orúe, grumete, de Munguía; Juan de Menchaca, ballestero, de Bilbao; Sebastián de Olarte, marinero, de Bilbao; Lope de Ugarte, marinero, no se dice de dónde; JUAN DE SEGURA, marinero, de Segura, Guipúzcoa.

Navío *Concepción:* Antonio de Basazábal o Basozábal, calafate, de Bermeo; Domingo de Iraza, carpintero, de Deva; Juan de Aguirre, marinero, de Bermeo; LORENZO DE IRUÑA, marinero, guipuzcoano; Pedro de Muguértegui, grumete, de la merindad de Marquina; MARTÍN DE IRAURRAGA O INSAURRAGA, de Bermeo; PEDRO DE CHINDURZA O INDARCHI, paje, de Bermeo.

Navío *Victoria:* Martín de Gárate, carpintero, de Deva; Juanico, alias Vizcaíno, grumete, de Somorrostro; JUAN DE ARRATIA, grumete, de Bilbao; Ochote ú Ochoa, de Erandio, grumete, de Bilbao; PEDRO DE TOLOSA, grumete, de Tolosa; JUAN DE ZUBILETA, paje, de Baracaldo.

Navío *San Antonio:* Martín de Barrena, sobresaliente, de Villafranca.

Como durante el viaje ocurrieron cambios en las dotaciones de los navíos, existe una lista adicional de

varios tripulantes, sin que se exprese a qué nave pertenecían. Entre éstos se menciona a un Aroca, carpintero, vizcaíno—vasco—; Perucho, de Bermeo, y Rodrigo de Hurri o Hurrira.

Hemos apuntado treinta y cinco nombres, es decir, treinta y cinco vascos que se alistaron en la memorable e histórica expedición. ¿Cuántos de ellos iban a regresar después de dar la vuelta al globo? Aquellos cuyos nombres quedan estampados en letras mayúsculas, llegando la mayoría con Cano a Sevilla y quedando algunos detenidos por los portugueses en las islas de Cabo Verde. De los demás, hubieron de regresar bastantes en la nave *San Antonio,* que se separó en el estrecho del resto de la flota, tomando la vuelta a España, pues este navío llevaba gran número de vascos. Procuraremos dar de los restantes las noticias que hemos podido reunir respecto al fin que tuvieron.

¿De dónde eran las naves que llevó Magallanes? No nos ha sido posible hallar ninguna noticia respecto a este punto. En un extracto del viaje que Navarrete publica, se señala la capacidad de los barcos en toneles y no por toneladas, y pone esta advertencia: «No se debe confundir la medida de capacidad en toneles con toneladas; los vizcaínos se daban antiguamente a entender por toneles y los sevillanos de la carrera de Indias por toneladas, cuyas medidas estaban a razón de cinco a seis o de diez a doce». ¿Puede la denominación de toneles empleada para indicar el porte de los barcos autorizar a suponer que la flota con que Magallanes descubrió el paso entre

el Atlántico y el Pacífico, fué construída en todo o en parte en nuestras provincias? Lo que se sabe es que los navíos fueron comprados en Cádiz y llevados a Sevilla, y debe tenerse en cuenta que en aquellos tiempos la mayoría de los barcos construídos en los numerosísimos astilleros de nuestras costas eran conducidos a Sevilla o a Cádiz para ser allí vendidos.

IV

No sólo con hombres contribuyó nuestra tierra para la expedición de Magallanes. Multitud de efectos que se embarcaron en las naves, artillería, pólvora, armas y otra gran suma de artículos, fueron comprados en Vizcaya, por ser los de aquí, «mejores y más baratos, según carta del Rey, fechada en Zaragoza, a los oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, que los de otras partes». Para efectuar estas compras fué comisionado el capitán Nicolás de Artieta, lequeitiano, hermano del general Iñigo de Artieta.

Es muy instructiva la lista de los artículos comprados, pues por ella se ve el desarrollo que tenía ya entonces la industria vasca y su comercio, y el estado de prosperidad en que se hallaba. Agréguese a esto la actividad de nuestros astilleros, el gran número de barcos que se construían, siendo esto la causa de que ya desde entonces se viniera a padecer por efecto de la despoblación del arbolado en los montes de esta región; el tráfico que este gran número de naves suponía, nuestras florecientes y productivas pesquerías,

la exportación para los puertos del Norte de nuestras manufacturas de hierro, pues como escribía Isasti un siglo después, nuestros antepasados exportaban hierro a Francia, Inglaterra, Flandes, Italia y Sevilla; el envío a los puertos extranjeros en naves vascas de los productos que se daban en la Península; y se tendrá una idea del estado de prosperidad y desarrollo industrial y comercial de nuestras queridas provincias.

Hé aquí, tomados de la lista general de los gastos para la escuadra de Magallanes, los efectos que fueron comprados en Vizcaya.

NAOS Y APAREJOS

Ochenta y cuatro mil ciento cuarenta y cuatro maravedís, que los 35.600 se han gastado, 7.500 que gastó Duarte Barbosa, cuando fué de Sevilla a Bilbao, a las cosas que se habían de comprar, y los 37,500 ms. que también gastó Antón Semeño, cuando llevó el dinero a Bilbao y los 24.390 ms. que se pagó de flete de las cosas que de Bilbao vinieron y los 48.504 al cumplimiento de los 84.144 que se han gastado en diversas partidas . . . . 84.144 ms.

ARTILLERÍA, PÓLVORA Y COSAS NECESARIAS PARA LA ESCUADRA

Ciento sesenta mil ciento treinta y cinco maravedís que costaron cincuenta

y ocho versos, siete falcones, tres lombardas gruesas, tres pasamuros, que todo esto vino de Bilbao y va en la dicha armada, aliende la artillería que tenían las dichas naos que se compraron, que la sobredicha artillería costó lo dicho, según enviaron por cuenta de Bilbao. . 160.135 ms.

Ciento nueve mil veintiocho maravedís, los 54.200 por cincuenta quintales de pólvora que va en la armada, que con 4.828 ms. que se pagó por flete en Bilbao, por traer de la pólvora de Fuenterrabía allí, monta lo dicho . . . . 109.028 ms.

Cinco mil cuatrocientos sesenta y siete maravedís, coste de ciento sesenta y cinco libras de pólvora, compradas en Bilbao, para ensayar la artillería, al tiempo que se recibía de los maestros que la hacían. 5.447 ms.

Once mil seiscientos treinta y tres por dardos y pelotas para la artillería. 11.633 ms.

Tres mil ochocientos cincuenta, por tres moldes para hacer pelotas para los pasamuros y falcones y versos. . . . 3,850 ms.

BALLESTAS, ESPINDARGAS, COSELELES Y OTRAS COSAS

Ciento diez mil novecientos diez maravedís, por cien coseletes con sus armaduras de brazos y espaldares y capacetes, y cien petos con sus barbotes y

casquetes, que costó lo dicho, según parece por la cuenta venida de Bilbao. 110.910 ms.

Treinta y tres mil cuatrocientos noventa y cinco maravedís, que costaron cuarenta ballestas con trescientas sesenta docenas de saetas que vinieron de Bilbao, según más largamente parece por la cuenta que de allá vino . . . . . 33.495 ms.

Diez mil quinientos maravedís que costaron cincuenta escopetas que vinieron de Vizcaya . . . . 10.500 ms.

Seis mil trescientos setenta y cinco maravedís que costaron un arnés y dos coseletes cumplidos de todas piezas que trajeron para el Capitán, que costaron lo dicho, según más largamente parece por la cuenta de Bilbao . . . . 6.375 ms.

Seis mil ochocientos maravedís que costaron doscientas rodelas que vinieron de Bilbao, las cuales las vió el Capitán . 6.800 ms.

Cuarenta y cuatro mil ciento ochenta y cinco maravedís que costaron noventa y cinco docenas de dardos, diez de gorgueras, *mill* lanzas, doscientas picas, seis chuzos y seis hastas de lanzas, que vinieron de Bilbao . . . . 44.185 ms.

OTRAS COSAS

Cinco mil ochocientos treinta y cuatro maravedís por cien galletas, doscientas

escudillas, cien tajadoras, sesenta y seis platos de palo, doce morteros, sesenta y dos gamellas, lo cual todo vino de Bilbao . . , ... 5.834 ms

Mil doscientos veinticuatro maravedís que costaron diez y nueve barrenos, seis gabietes, cinco ganchos de batel que vinieron de Bilbao . . . . 1.224 ms.

Ocho mil setecientos quince maravedís que costaron los harpones y fisgas que vinieron de Vizcaya . . . . 8.715 ms.

Mil ciento cuarenta y siete maravedís que costaron unos barquines grandes y yunques y toberas que vino de Vizcaya. . . . . 6.147 ms.

TOTAL. . . . . . . 608.422 ms.

Para los gastos totales de la armada, compra de bajeles y para aparejarlos y aprovisionarlos, puso el Rey 6.454.209 maravedís y Cristóbal de Haro 1 880.120 maravedís, total 8.334.335.



CAPITULO XIV

LA VUELTA AL MUNDO EN TRES AÑOS

(1519-1521)

I. Partida de la armada.—Primeras desavenencias.—La invernada.—Sublevación a bordo.—Cano uno de los sublevados.—El maestre Elorriaga herido.—Información judicial.—El bilbaíno Goperi favorece a Cano en su declaración.—II. A su vuelta a España relata Cano los hechos.—Su franqueza.—Confiesa su participación en ellos.—Cómo se vindica.—III. Magallanes sofoca el movimiento.—Dos capitanes descuartizados.—Otros castigos.—Naufragio del «Santiago».—La «Concepción», nave en que era patrón Cano, descubre el estrecho.—Deserción de un navío.—Se prohibe, bajo pena de muerte, hablar de los víveres ni del viaje.—Salida al Pacífico.—Los cañones vascos lo saludan por vez primera.—Su travesía.—Horribles torturas que les causa el hambre.—IV. Nuevas tierras.—Las Marianas

y Filipinas—Oscura muerte de Magallanes.—Queman un navío por falta de tripulantes.—Cano elegido capitán del «Victoria».—Llegada a las Molucas.—Se resuelve que el «Victoria», solo, regrese a España, doblando el cabo de Buena Esperanza.

I

La armada solicitada por Magallanes no estuvo lista hasta el 10 de agosto de 1519, en cuya fecha abandonó el puerto de Sevilla. Esta tardanza se atribuye a los manejos del embajador de Portugal, que desacreditaba a Magallanes, presentándole como un charlatán. Permaneció la flota más de un mes en San Lúcar de Barrameda, de donde partió el 20 de septiembre. Tocó en Canarias el 17 de octubre.

No tiene interés el detallar todos los lugares por donde iba pasando la expedición: sólo indicaremos los principales. Se lanzó la escuadra al golfo de Guinea y puso luego proa a la América del Sur, hallándose el 8 de diciembre a la vista del Brasil, por el paralelo veinte Sur. Durante la travesía del Atlántico se notaron ya los primeros síntomas de descontento e indisciplina. Por orden del rey, Magallanes dió antes de la partida de España un plano del derrotero que habían de seguir los navíos. Como en un principio navegasen hacia el Sur por la costa de Africa, el veedor de la armada y capitán del *San Antonio*, Juan de Cartagena, requirió a Magalla-

nes que se ajustase al rumbo previamente señalado. Quería también, en su calidad de veedor, tener participación en el gobierno y dirección de la flota. Otro detalle vino a irritar el ánimo de Magallanes. El veedor Cartagena le saludaba con el tratamiento de capitán y maestre a secas, y mandó al piloto Esteban Gómez, que avisara al maestre del *San Antonio*, Elorriaga, guipuzcoano, que dijera al capitán de su barco Cartagena, que no le saludara de aquella manera, sino llamándole capitán general. Este descontento se notaba asimismo en los jefes de otros barcos, pues el capitán del *Victoria*, Luis de Mendoza, murmuraba que el propósito de Magallanes era el de llevarlos al Africa a vender al moro.

Un día de calma, reunió Magallanes en un navío a los capitanes, pilotos y gente principal de la flota, y como mediasen palabras agrias entre él y Cartagena, le sujetó a éste del pecho, diciendo: «—Sed preso». Pidió Cartagena favor a los demás contra lo que creía un atropello, pero nadie se puso a su lado. Cartagena fué enviado preso por Magallanes al navío *Concepción* y nombró por capitán del *San Antonio* a su primo Alvaro de la Mezquita. Estas disensiones habían más tarde de producir funestos resultados.

El viaje por las costas de América continuó sin nuevos incidentes. El 7 de enero de 1520 llegaron al río Solís, hoy el de La Plata. Examinaron por varios días sus orillas y vieron una montaña, en forma de sombrero, al que llamaron Monte-Vidi, hoy Montevideo, según refiere en sus notas el piloto Francisco Albo.

El mes de febrero transcurrió sin novedad, y el 31 de marzo, víspera de Domingo de Ramos, entraron en el puerto y río de San Julián, situado, según observaciones del piloto Andrés de San Martín, a los 49º 18' Al día siguiente estalló una gravísima conspiración.

Como en estos hechos jugaron papel importante dos vascos, el maestre de la *Concepción,* Juan Sebastián del Cano, y el del *San Antonio,* Juan de Elorriaga, los expondremos con algún detenimiento.

Al llegar la flota al puerto de San Julián, la estación otoñal estaba muy avanzada. En vista de ello, ordenó Magallanes que se invernara allí y se pusiera medida en las raciones. Esto originó algún descontento, pero Magallanes sosegó a la gente con una oportuna arenga con la que logró levantar los espíritus. Sin embargo, se notaron durante el día síntomas que indicaban claramente que algo se fraguaba de parte de los capitanes. No asistieron en tierra a misa, a pesar de la solemnidad del día, ni acudieron a una comida dada por Magallanes, a excepción del capitán Alvaro de la Mezquita. Por la noche estalló la conspiración.

El capitán de la *Concepción,* Gaspar de Quesada, y el veedor y ex-capitán Juan de Cartagena, a quien Magallanes tenía preso en aquella nave, pasaron con veinte hombres armados al navío *San Antonio,* tomaron preso al capitán Alonso de la Mezquita, primo de Magallanes, le encerraron con grillos en la cámara del escribano, poniéndole centinela de vista, y ordenaron al maestre del navío *Concepción,* Juan Sebas-

tián del Cano, que tomara el mando de la tripulación del *San Antonio,* que pusiera al barco en facha de combate e hiciese subir la artillería a cubierta. Como se opusiese a estas medidas el maestre del *San Antonio,* el guipuzcoano Juan de Elorriaga, Gaspar de Quesada le asestó cuatro o seis puñaladas, dejándole por muerto. Esta es, en resumen, la historia de los sucesos.

Dos clases de documentos tenemos para juzgar en esta grave emergencia la conducta de Cano. Son los primeros, las declaraciones de los testigos que depusieron en una información instruída a petición del capitán Mezquita, después que la sublevación fué sofocada. Son de la segunda clase, la propia declaración de Cano, en la indagatoria abierta por el alcalde Leguizamo sobre los sucesos del viaje, cuando el *Victoria* llegó a Sevilla después de dar la vuelta al globo. También declararon en esta ocasión el piloto de este navío Francisco Albo y el barbero.

La primera declaración que se recibió en la instrucción incoada por el jefe de escribanos de la flota de Magallanes fué la del contramaestre del *San Antonio,* Diego Hernández de Sevilla. Dijo éste que cuando Gaspar de Quesada y Juan de Cartagena pusieron preso al capitán de su nave, vino el maestre Elorriaga con el testigo, gente y marineros, y requería a Gaspar de Quesada que se fuese a su buque y soltase a su capitán y que Quesada le respondió que no lo podía hacer. Que en vista de esto, el maestre Elorriaga dijo al contramaestre, que era él, que diera

la orden de que la gente tomase sus armas, para pedir la libertad del capitán. Que ni el maestre ni el contramaestre ni nadie de a bordo querían seguir a los amotinados, por lo que Gaspar de Quesada se echó sobre Elorriaga y le dió seis puñaladas, dejándole por dos horas sin sentido; que se apoderaron de él y le llevaron preso a la *Concepción* y la tripulación fué desarmada. Que Quesada y Cartagena ordenaron al maestre Juan Sebastián del Cano que mandase a la gente del navío e hiciera subir la artillería, a lo que Cano dió cumplimiento, y que los artilleros cebaron las piezas y que al que no obedecía le amenazaban con matarle y le ponían grillos.

El clérigo Pedro de Valderrama, segundo testigo, da otros detalles. Expone que al hablar Elorriaga en defensa de su capitán, le dijo a Quesada. «—Requíroos de parte de Dios y del rey Don Carlos que vos váis a vuestra nao, porque no es este tiempo de andar con hombres armados por las naos, y también vos requiro que soltéis a nuestro capitán».

Quesada le replicó: «—Aun por este loco se ha de dejar de hacer nuestro hecho»; y echando mano al puñal le dió cuatro puñaladas en el brazo, con lo que se apaciguó la gente.

Refiere el clérigo que momentos antes de ocurrir estos hechos estaba confesando a Elorriaga. Respecto a la participación de Cano, se expresa así: «Vido al dicho maestre Juan Sebastián mandar toda la nao e hacer sacar toda la artillería y ponella en su lugar».

El escribano de la nave apresada, Gerónimo Gue-

rra, aporta un detalle de importancia al decir que Gaspar de Quesada y Antonio de Coca—otro de los conjurados—, «mandaban a Juan Sebastián, maestre que era de la dicha nave *Concepción,* que mandase la dicha nave *San Antonio* e que así la mandaba el dicho Juan Sebastián, haciendo subir la artillería...»

Los testigos anteriores nada dicen respecto a los comprometidos en la conjuración ni del carácter de ella. En cuanto a este particular, da interesantes pormenores el piloto de la nave asaltada, Juan Rodríguez Mafra. Afirma que no sabe «quien fué en el *concierto*—conjura—de tomar la dicha nao, salvo lo que oyó decir este testigo a Juan de Cartagena e a Juan Sebastián del Cano, que bien sabía Loriaga—Elorriaga—*deste negocio,* que bien meresce lo que tiene; e asimesmo oyó decir al dicho contador—a Antonio de Coca, uno de los conjurados—otro tanto, que bien meresce lo que tiene el dicho Urriaga».

Depone luego el bilbaíno Juan Ortiz de Goperi, despensero de la nave *San Antonio.* En cuanto a los hechos principales, declara lo mismo que los demás, y agrega que después que fué apresada la nave, los mantenimientos eran tomados por quien quería, sin peso ni medida, porque Gaspar de Quesada «amenazaba a este testigo, que tenía cargo de la despensa de la dicha nao, que no pusiese regla a nadie sino que diera todo lo que le pidiesen». En cuanto a los comprometidos, manifiesta Goperi «que no sabe quién fué en la dicha traición, salvo lo que oyó decir al dicho maestre Juan de Lorriaga, después que estaba

herido, que el domingo en la mañana le había hablado Juan Sebastián al dicho Lorriaga, cómo todos los capitanes y oficiales y maestres y pilotos de la armada querían *hacer un requerimiento* al señor capitán general para que les diese la derrota que habían de llevar, y por dónde habían de ir, mas que *no le dijeron que habían de alzarse* con la nao».

Declara por último Elorriaga: Dice que él requirió a Gaspar de Quesada que soltase al capitán Alvaro de la Mezquita y se tornase a su nao. Que Gaspar de Quesada le contestó que no quería y que él dijo al contramaestre.—«Llamad a la gente de la nao y que tomen sus armas y que pidan a su capitán»; y que así lo hacían. Y como Gaspar de Quesada viese cómo se ponía aquello, se fué a él y le dió de puñaladas, de las que le dejó por muerto, quedando tan sin sentido que no vió lo que pasó hasta el otro día en que oyó decir que llevaron preso al contramaestre... «Que no sabe quién fué en la traición ni en vender la nao».

II

La información anterior, como está dicho, se tomó a instancias del capitán de la nave asaltada Alvaro de la Mezquita y sólo declararon los tripulantes de dicho buque. No se escuchó a la parte contraria. Merece consideración especial lo declarado por el bilbaíno Goperi, ya por ser el más explícito respecto al carácter del movimiento, como por ser quien más favorece a Cano. Reconoce Goperi que Cano habló con

Elorriaga en la mañana del Domingo de Ramos, pero que en la entrevista no se trató nada que se relacionase con lo de *alzarse* con la nao, limitándose a decir el maestre o patrón de la *Concepción* al del *San Antonio* que se quería hacer un requerimiento a Magallanes. Esto se lo comunicó a él el maestre Elorriaga, estando herido, lo cual da a mostrar que los vascos se entendían entre sí y aun se comunicaban secretos de importancia. Además, la declaración del bilbaíno, prestada después de la del piloto Mafra, tiene toda la intención y todo el alcance de una rectificación en forma de los graves cargos y de las maliciosas reticencias enderezadas contra Cano y Elorriaga, al afirmar que éste tenía merecido lo que le ocurrió, por estar al tanto del *negocio*, palabra comprometedora por su ambigüedad.

Veamos ahora lo que Cano declaró al alcalde Leguizamo, después de su vuelta a España, con fecha 18 de octubre de 1522, respecto a los sucesos de la bahía de San Julián. Expuso que Cartagena decía a Magallanes que él venía en la flota como conjunta persona suya, por orden de S. M., lo cual había sido reconocido por Magallanes, en cuya virtud, no podía éste proveer cosa alguna sin contar con él. Magallanes rechazaba esta ingerencia en el mando. Que a Cartagena le hizo preso al atravesar el golfo de Guinea y que le quiso abandonar en las costas del Brasil, lo que no efectuó por ruego de los demás capitanes. Que éstos, juntamente con Cartagena, le demandaban que tomase consejo con sus oficiales y diese el rumbo y no

anduviesen perdidos. Que no tomase puerto donde invernar y se comiesen los bastimentos; y que caminasen hasta donde pudieran sufrir el frío, para que si hubiera lugar pasaran adelante. Que como Magallanes tenía preso a Cartagena, los demás capitanes y gente temían que hiciese con ellos otro tanto, «por los numerosos portugueses e gente de muchas naciones que había en la armada». Que Juan de Cartagena y Gaspar de Quesada le *requirieron* a él, «como maestre, que obedeciese los mandamientos del Rey, e les diese ayuda para hacerlos cumplir. Que dijo él «QUE OBEDECÍA, e que está presto para hacerlo cumplir e requerir con ello a Hernando de Magallanes. E que los dichos capitanes *dijeron a este testigo*, e a toda la otra gente de la nao, que con el batel querían ir a la nao *San Antonio*, para prender a Alvaro de la Mezquita, PORQUE NO SE REVOLVIESE LA ARMADA; e que con aquel requerimiento requerían SIN REVUELTA NINGUNA al dicho Hernando de Magallanes; y que fueron y prendieron a Mezquita y enviaron un escribano y un alguacil a Magallanes a dar efecto al requerimiento y que éste contestó que no quería obedecer las instrucciones de Su Majestad».

En estas declaraciones de Cano sobresale una nota: la franqueza. Confiesa abiertamente su participación en la revuelta; pero agrega que fué requerido a ello, como maestre, en obediencia al cumplimiento de las instrucciones reales. Niega luego que el movimiento tuviese carácter sedicioso, porque dice que sólo se trataba de hacer un requerimiento al capitán general, sin

propósito de revuelta, y ello, para que no se *revolviese* la armada, es decir, no ocurriera un motín. En esta parte, lo dicho por Cano, se robustece con lo que declaró el bilbaíno Goperi, relativo a la entrevista de aquél con Elorriaga, es decir, que Cano no le dijo nada en cuanto a lo de *alzarse* con la nave. Con los antecedentes que quedan expuestos, el lector podrá juzgar si Cano se vindica o no de la nota de rebelde. A lo menos, pesando todas las circunstancias, tiene su proceder muchísimos atenuantes.

No conservaba Cano buenos recuerdos de Magallanes y de los portugueses. Afirma en estas declaraciones que la causa del descontento en la flota provenía de que los portugueses querían prevalecer en el mando de los buques; que colocó de capitanes a Mezquita y Duarte, parientes suyos, con el fin de que «teniendo capitanes portugueses, tuviera toda la gente a su mano»; que por esto quiso abandonar en el Brasil a Cartagena y aun dió muerte a Quesada con igual propósito; que Duarte Barbosa y Mezquita le importunaban porque les hiciese capitanes y que cuando lo fueron, «maltrataban y daban palo a los castellanos (*sic*), contra las instrucciones dadas por Su Majestad». Se ve, por esto, que Cano militaba en el bando antiportugués, que era antimagallanista.

Los historiadores de la época tomaron de él la explicación que dan de las causas de la división de la flota, que radicaban, al decir de Cano, en el antagonismo existente entre españoles y portugueses. Así lo afirma Transilvano, que oyó los relatos que Cano

hacía de su viaje a Carlos V, agregando que Magallanes castigaba las murmuraciones que se tenían contra él «más ásperamente de lo que convenía a hombre peregrino y extranjero». Asimismo los que volvieron desde el estrecho en el *San Antonio*, navío que desertó del resto de la flota, acúsanle a Magallanes de haber descoyuntado al piloto San Martín y al marinero Hernando de Morales y dicen que hacía *negras justicias*.

Es lo cierto que Magallanes, si bien con mano dura, por imponerlo así las circunstancias, restableció la disciplina; y que caso de que el movimiento de protesta hubiese triunfado con menoscabo de la autoridad del jefe de la escuadra, es por lo menos problemático el que se descubriera el estrecho de Todos de los Santos y conquistara Juan Sebastián del Cano la inmortalidad con su memorable hazaña.

III

Sublevada la nave *San Antonio*, que era la de mayor porte, se curó al maestre herido Elorriaga, pasó Cartagena al navío *Concepción*, y Gaspar de Quesada tomó el mando del *San Antonio*. De este modo, los sediciosos disponían de tres bajeles, y Magallanes de dos. Al día siguiente, 2 de abril, se dió principio a las negociaciones, al requerimiento de que habla Cano. Díjoles el capitán general que pasaran a su navío, pero desconfiando con razón los rebeldes, le replicaron que se tuviera la conferencia a bordo del *San Antonio*

Mientras tanto, disponíase Magallanes a reducir a las naves que trataban de negarle la obediencia. Detuvo al batel que andaba en las diligencias anteriores y despachó para el *Victoria* al alguacil de su nave según unos, al contramaestre, según otros, con seis hombres, ocultamente armados, llevando una carta para el tesorero y capitán Mendoza, quien era el que aconsejaba los requerimientos al decir de Cano Cuando Mendoza leía la carta, sonriéndose de su contenido, el contramaestre le asestó una puñalada y un marinero otra, dejándole muerto. Acto contínuo despachó Magallanes quince hombres, se apoderaron éstos del *Victoria* y lo condujeron al lado de la *Trinidad* y el *Santiago*, que le eran fieles.

Este acto de audacia amedrentó a los barcos sublevados. Se habló de rendirse, se puso en libertad al capitán Mezquita y trataron con éste de la manera de entrar en negociaciones sin llegar a un rompimiento abierto. Pero ocurrió que el navío *San Antonio*, que ocupaba la parte interior de la bahía contigua al río, por estar solo sobre un ancla y por efecto de la corriente, garró y fué a echarse sobre la nave capitana. Esta abrió los fuegos de artillería, abordó al *San Antonio* y penetró en él Magallanes al frente de su gente, al grito de—«¿Por quién estáis?»—«Por el Rey y por vuestra merced», contestaron a una. Luego se rindió la *Concepción*.

Ordenó Magallanes que fuese descuartizado el cadáver de Mendoza, muerto por el contramaestre, al asaltar el *Victoria;* e hizo que el capitán de la *Concepción*,

Gaspar de Quesada, fuese decapitado por su propio criado y su cuerpo descuartizado también. Al zarpar de la bahía y río de San Julián, el 24 de agosto, dejó abandonados en tierra al capitán Cartagena y al clérigo Sánchez de la Reina, quien trató de sublevar a las tripulaciones a pretexto de escasez de víveres para tan larga navegación.

A los pocos días, al efectuar una exploración de avanzada, sorprendido por un temporal, naufragó el navío *Santiago*, en la bahía de Santa Cruz, salvándose los efectos de a bordo. Al llegar la flota a esta bahía, Magallanes dió orden a los capitanes que siguieran siempre la costa hasta llegar al fin de aquella tierra, aun cuando para esto fuese necesario subir hasta el paralelo setenta y cinco, pues antes de retroceder con mengua e ignominia a España, fueron sus palabras, se le habían de desarbolar las naves dos veces y aun entonces iría a las Molucas doblando el cabo de Buena Esperanza.

No eran necesarios tantos sacrificios. El 21 de octubre, festividad de Santa Ursula, vieron un cabo, al que llamaron por este motivo de las Once Mil Vírgenes. Tras del cabo descubrieron una larga punta de arena y a continuación una boca o entrada. Se ordenó que el *San Antonio* y la *Concepción* explorasen aquella boca, dándoles para ello un término de cinco días. Volvió el primero y dijo que aquello era la entrada de un golfo, cerrado por altísimas peñas. La *Concepción*, de que era patrón Cano, trajo la noticia de que se trataba de un estrecho, pues habían caminado

por él durante tres dias sin hallarle fin. Fué enviado el *San Antonio* para que efectuase una nueva exploración y volvió asegurando que había navegado por el estrecho cincuenta leguas sin dar con su término.

No cabían dudas: por allí estaba el estrecho. Magallanes convocó a los capitanes, pilotos y gente principal de la flota a una junta para tomar consejo. Les expuso que había víveres para tres meses y les pidió parecer sobre si convenía continuar el viaje en demanda de las Molucas. El piloto Esteban Gómez, del *San Antonio*, opinó por el regreso. Dijo que no se sabía nada respecto a la extensión del otro mar, del situado en la parte opuesta del estrecho, por lo cual era aventurado el lanzarse por él en esta incertidumbre; y terminó manifestando que ya que se había dado con el paso, volviera la flota a España, para regresar con otra. Magallanes, con semblante grave, según cuenta Herrera, replicó que aunque hubiese que comer los cueros de vaca con que estaban forradas las antenas, había de pasar adelante y descubrir lo que había prometido al Emperador. Y para cortar de raíz todo intento de mudanza, mandó hacer pregonar por las naves que nadie, so pena de la vida, hablase del viaje y de los víveres, y dispuso que se aprestase la flota, porque quería partir al día siguiente por la mañana.

Ya tenemos indicado que navegando por el estrecho, en los primeros días, se fugó la nave *San Antonio*. Fué enviado este bajel a practicar una exploración en un brazo o canal que se veía al Sureste. Volvió de su comisión, no halló al resto de la escuadra, que se

adelantó algo; y en vista de ello, el piloto Esteban Gómez se sublevó contra el capitán, le puso preso, nombró por capitán a Gerónimo Guerra y emprendió viaje de retorno a España. Los demás barcos, después de buscarle inúltimente, continuaron su ruta.

La travesía del estrecho, que fué denominado de Todos los Santos, se efectuó en unos veinte o veintidós días. No vieron a ningún natural del país, pero sí hogueras por las noches en ambos lados, especialmente por la banda del Sur, por lo cual llamaron a aquella parte la Tierra del Fuego. Suponían que esta tierra tenía fin, «porque algunas veces oían las repercusiones y los bramidos que el mar hacía en las riberas y costas de aquella parte», escribe Transilvano. Un batel que fué enviado por Magallanes delante de la flota vino al tercer día anunciando que había visto el cabo en que terminaba el estrecho. «Todos lloramos de alegría, dice Pigafetta. Aquella punta fué llamada cabo Deseado, porque, en efecto, todos deseábamos verlo desde largo tiempo». A la banda del Norte divisaron otro cabo, que se llamó Victoria, en recuerdo de una de las naves. Desembocaron los tres navíos en el mar Pacífico el 27 de noviembre de 1520, al que saludaron con salvas de artillería, cuyas piezas, es oportuno recordar, fueron construídas en Bilbao, y la pólvora, fabricada en Fuenterrabía. Diéronle el nombre de Pacífico al nuevo mar, porque durante su navegación les acompañó siempre el buen tiempo.

Desde la salida de San Lúcar hasta la entrada en

el Pacífico fallecieron en las cinco naves dieciséis individuos, entre ellos el infortunado maestre Juan de Elorriaga, guipuzcoano. En el *San Antonio,* que desertó, llegaron a España hasta sesenta hombres, entre marineros y sobresalientes.

El viaje por el Pacífico fué en extremo penoso, no obstante la bonanza del mar. El aterrador fantasma del hambre se presentaba cada vez más imponente, y enfermedades desconocidas hasta entonces diezmaban las tripulaciones, especialmente el escorbuto, cuyos síntomas, por vez primera, describe Pigafetta. Murieron en este trayecto veinte hombres, comían por onzas, bebían agua hedionda y cocían el arroz con el agua del mar, escribe Herrera.

«Navegamos, dice Pigafetta, el cronista de la expedición, tres meses y veinte días sin repostarnos de vitualla. La galleta se había convertido en polvo, que estaba lleno de gusanos y escrementos de ratas; el agua potable estaba turbia y olía mal. Comíamos cuero de vaca, del que se pone debajo de las vergas para que no se estropeen las jarcias. Como este cuero había estado expuesto constantemente al sol, al viento y la lluvia, teníamos que dejarlo ablandar días enteros en agua del mar y tostarlo después entre ceniza caliente para poderlo comer. Las ratas se pagaban a media corona cada una. Si no hubiéramos tenido la ayuda de Dios y vientos favorables durante la larga travesía, hubiéramos muerto todos de hambre. Creo que ningún hombre emprenderá jamás viaje semejante».

IV

A fines de año descubrieron dos isletas, estériles y pequeñas Las llamaron las Desventuradas. El 29 de enero hallaron varias otras, a las que pusieron el nombre de Los Ladrones, hoy Marianas. Desde aquí pasaron a Cebú, una de las del archipiélago de San Lázaro o Filipinas. En esta isla pereció oscuramente el insigne Magallanes el 27 de abril de 1521. Deseaba que el rey de la isla Mactan se sometiese al de Cebú, y contra el consejo de los suyos y del rey indígena aliado, atacó con pocos soldados al rey de Mactan, siendo muerto, sin que su cadáver pudiera ser rescatado del poder de los bárbaros.

Lo que más se admira en Magallanes es su indomable voluntad para vencer todos los obstáculos opuestos a su arriesgada empresa. Las célebres frases que se le atribuyen, dichas en circunstancias difíciles y reproducidas por todos los historiadores, son un fiel reflejo del temple de su espíritu. El Padre Las Casas, que le conoció y habló con él cuando en la corte del emperador Carlos V andaba en las negociaciones para su viaje, hace de su carácter y persona la siguiente pintura: «Este Hernando de Magallanes debía ser hombre de ánimo, y valeroso en sus pensamientos, y para emprender cosas grandes, aunque la persona no la tenía de mucha autoridad, porque era pequeño de cuerpo y en sí no mostraba ser para mucho». Y en otra parte refiere que habiéndose encontrado él un día con Magallanes y «diciéndole qué

camino pensaba llevar, respondióme que había de ir a tomar el cabo de Santa María, que nombramos el Río de la Plata y de allí seguir por la costa arriba, y así pensaba topar con el estrecho. Díjele más: «¿Y si no halláis estrecho por donde habéis de pasar al otro mar?» Respondióme que cuando no hallase, irse ía por el camino que los portugueses llevaban». El cronista de la expedición Pigafetta escribe en su elogio «que la gloria de Magallanes sobrevivirá a su muerte. Estaba, añade, adornado de todas las virtudes. Mostró siempre una constancia inquebrantable en medio de las mayores adversidades. En el mar se condenaba a sí mismo a mayores privaciones que el resto de la gente. Versado más que ningún otro en el conocimiento de las cartas náuticas, poseía el arte de la navegación, como lo ha probado dando la vuelta al mundo, empresa que ningún otro había osado acometer». Fuera de que no es exacto que Magallanes diese la vuelta al mundo, no es tampoco cierto el que al proponerse llegar a las Molucas tueviese el ánimo de consumar la hazaña que el cronista lombardo Pigafetta atribuye al insigne portugués.

Murieron también en el combate en que Magallanes pereció, el capitán del *Victoria* y seis hombres, siendo numerosos los heridos. No se sabe si entre estas bajas se contaba la de algún vasco. Cano no concurrió al combate por hallarse enfermo, según declaró más tarde. Por muerte de Magallanes fué elegido capitán general Duarte Barbosa, y por capitán del *Victoria*, Luis Alfonso, portugués.

No debia ser éste el único contratiempo que le esperaba a la flota durante su permanencia en Cebú. El régulo de esta ista, de amigo, se tornó en enemigo de los europeos, por causas que no aparecen claras, pero según Cano y los historiadores que acogieron las referencias de éste, por la traición de un esclavo de Magallanes, natural de las Molucas. Les convidó el reyezuelo a un banquete, que se tuvo en medio de un bosque de palmeras, y allí fué muerta la gente principal de la flota, unos treinta, entre ellos los vascos José de Ezpeleta, escribano, y el marinero Rodrígo de Hurri o Hurrira. Sólo perdonaron la vida al capitán Serrano, a quien condujeron maniatado a la playa. El infelíz Serrano suplicaba con voces y lágrimas que le rescataran, pero viendo en ello los de la escuadra un ardid de los indígenas, izaron velas y se hicieron a la mar.

La salida de Cebú se verificó el 1.° de mayo de 1521, y al llegar a la isla Bohol, por insuficiencia de gente para gobernar los tres navíos, acordaron quemar la *Concepción,* por ser la más vieja, quedándoles sólo dos, el *Trinidad* y el *Victoria.* Atravesaron numerosas islas y el 8 de julio llegaron a fondear frente a la capital de Borneo. El rey moro de esta isla hízoles un espléndido recibimiento y les visitó con gran boato, acompañado de músicas y gente principal. Los de las naves le correspondieron lo mejor que les fué posible y enviaron una comisión, de la que formaba parte Cano, a devolverle el saludo.

Como tuvieran necesidad de brea para recorrer los

navíos, enviaron a la ciudad cinco hombres, que no regresaron. En vista de ello, se apoderaron de varios juncos, en uno de los cuales fué hecho prisionero un hijo del rey de Luzón, en cambio de quien rescataron dos de los suyos. Los tres restantes quedaron allí, entre ellos el lequeitiano Domingo de Urrutia.

Salieron de Borneo a principios de agosto, recorrieron la costa y en una ensenada de ella se estuvieron treinta y siete días, reparando los navíos. Estando para salir, resolvieron quitar de capitán general al portugués Juan Carballo, a quien procesaron, porque no daba cumplimiento a las instrucciones reales, volviéndole a encargar de las funciones de piloto mayor, y fué electo por jefe de la flota Gonzalo Gómez de Espinosa y por capitán del *Victoria* nuestro Juan Sebastián del Cano. El piloto Francisco Albo, en la declaración prestada en España ante el alcalde Leguizamo, después de terminado el viaje, dice que la gente eligió por capitán a Cano porque Carballo no hacía las cosas en servicio de Su Majestad.

Con el nuevo personal, se procuró ya con toda actividad acelerar el viaje a las Molucas. Entre los cargos formulados por Cano contra los jefes portugueses, existe el de que éstos tardaban mucho en tomar el rumbo a las islas de la Especiería, haciendo largas escalas por donde pasaban. Ya no fué así: los dos buques, no sin vencer dificultades para hallar un práctico que les indicara la posición del tan buscado archipiélago, llegaron el 8 de noviembre a las Molucas, arribando a Tidor, cuyo rey les hizo buen reci-

bimiento. Celebraron paces y amistades con él, se informaron de la situación de las demás islas, visitaron algunas de ellas y cargaron los navíos de canela. El mes de diciembre se disponían ya para emprender el viaje de retorno; pero estando las naves con las vergas izadas, despedidos del rey de Tidor y de toda su gente, escribe Navarrete, se descubrió en la nave *Trinidad*, que era la capitana, una vía de agua en la quilla, habiendo necesidad de descargar el navío para tomársela. Se trabajó durante siete días por reparar el daño, pero como se hacía diariamente mayor, fué forzoso echarla de quilla para carenarla. Esta operación requería unos tres meses de tiempo, por lo cual se resolvió que el capitán Cano partiese con el *Victoria* por la ruta de las Indias que hacían los portugueses, y que el *Trinidad*, reparada la avería, tomase la vuelta por Panamá, pasando por tierra el cargamento para ser remitido a España.

CAPITULO XV

EL NAVÍO «VICTORIA»

(1521-1522)

I. Sale de las Molucas.—Se lanza al mar abierto.—Llega al paralelo 42 para mejor montar el cabo de Buena Esperanza.—Nueve semanas de lucha.—Llegada a Cabo Verde.—Son presos varios tripulantes, entre ellos cuatro vascos.—II. Sorpresa de los navegantes en Cabo Verde. —El calendario y el Sol.—Llega el «Victoria» a San Lúcar.—Asombro de los escritores contemporáneos.—III. Ultimos detalles.—Nombres de los vascos que rodearon la tierra.—Fueron ocho.—De dónde eran.—Cómo terminó sus días el navio «Victoria».—La capitana «Trinidad».—Honores a Cano.

I

Ya tenemos al navío *Victoria*, único glorioso resto de los cinco que salieron de las playas de San Lúcar, navegando por el Mar Indico, después de haber atravesado el Atlántico y el Pacífico. Partió de la isla Tidor, con unos sesenta individuos, inclusos trece in-

dios, el 2 de diciembre de 1521. Pasó, primero, por el archipiélago de las Molucas, y a principios del año 1522 la situación del barco era 4° 45' latitud Sur, según observación del piloto Albo, que tomaba diariamente la altura. En febrero tocó en la isla Timor: en este lugar se fugaron dos hombres de a bordo, ambos no peninsulares. Salió de Mambay, puerto de Timor, el 8 de febrero, llegando el 13 cerca de dos islas, acercándose luego a Sumatra, llamada por los antiguos la isla de Trapovana, el Aurea Quersoneso de los romanos, y también, según la tradición, isla de Ofir, de donde el rey Salomón sacó tesoros fabulosos. Desde este punto tomaron la ruta en busca del cabo de Buena Esperanza en el Africa Meridional.

Como por las costas del Asia e islas vecinas navegaban los portugueses y hubiera sido peligroso encontrarse con dicha gente, pues lo menos que les hubiese sobrevenido habría sido que les fuera decomisada la nave y tratados los de a bordo cuasi como piratas, determinaron no acercarse a los lugares indicados y lanzarse al mar abierto, dejando a la mano derecha, al Norte, Pegú, Bengala, Calcuta, Calamar, Goa, Cambayse, el golfo de Ormuz y todas las costas de la llamda India Mayor, hoy Indostán. El 18 de mayo vieron una isla muy alta y trataron de fondear en ella para tomar algún refrigerio, pero no les fué posible abordarla por el estado del mar y las malas condiciones de la costa. Determinaron la posición de la isla y vieron que se hallaba a los 37° 35' y supónese que sea la isla Amsterdam.

Dice Pigafetta y se comprueba ello por las observaciones de alturas, que el *Victoria*, para doblar más fácilmente el llamado Cabo de las Tormentas, se echó al polo austral, llegando hasta cerca del parelelo cuarenta y dos. Aun así se encontraron con serias dificultades. Lucharon durante nueve semanas, según el mismo Pigafetta, para montar el cabo, soplándoles los vientos de proa.

El 1.º de abril tenían la latitud 35º 30'. El 7 de mayo creían hallarse a cincuenta y siete leguas del Cabo. El 8 vieron tierra y conocieron que se hallaban frente al río del Infante, a ciento sesenta leguas al Oriente del Cabo. Querían buscar un puerto, por encontrarse enferma la mayoría de la gente, pero no les fué posible Algunos deseaban que se fuese a Mozambique, posesión portuguesa, pero dijeron los más que antes preferían morir que dejar de ir directamente a España. El 16 se hallaban a veinte leguas distantes del Cabo; se les rindió el mastelero y la verga del trinquete y estuvieron todo el día reparándolos con viento. El 17, en los 35º 03' demoraba el Cabo al ONO, distante diez leguas y el 18 conservaban igual posición, a ocho leguas del Cabo, sin poder avanzar por la fuerza de la corriente. Entre este día y el 19, montaron el cabo de Buena Esperanza, puès ya en esta última fecha lo tenía al ENE, distante veinte leguas. El 22 se hallaban en pleno Atlántico, a setenta leguas del Cabo y a las 31º 57' latitud. Cortaron la línea equinoccial entre los días 7 y 8 de junio, por los 3º 40' longitud Oeste del meridiano de Cádiz, y haciendo varias

recaladas y fondeos, llegaron el 9 de julio a las islas de Cabo Verde.

Antes de tocar en este punto, hubo consulta a bordo. Se deliberó si convenía mejor dirigirse a la costa de Africa por víveres o fondear en las antedichas islas. La resolución fué la de llegar a las islas. Así lo hicieron, fondeando frente al puerto de Río Grande, isla Santiago. En un principio fueron bien recibidos y se les vendieron víveres, pues sólo se alimentaban con arroz. Enviaron luego a tierra doce hombres en el batel, con el objeto de comprar negros. La nave hacía mucha agua, la gente venía muy enferma y se querían negros para achicar las bombas. En el batel se embarcaron tres quintales de clavo para la negociación. Pero la gente dejó de venir aquel día, no apareció en el siguiente, y el *Victoria* se dirigió al puerto para inquirir lo que hubiese. En el puerto, una barca portuguesa se arrimó al *Victoria* y le intimó que se rindiera por dedicarse al contrabando. El comercio de clavo era monopolio de los reyes de Portugal, su venta estaba rigurosamente prohibida y de aquí la orden comunicada a Cano. Éste izó velas y se alejó en demanda del cabo de San Vicente Quedaban en poder de los portugueses los doce tripulantes, entre ellos los vascos Pedro de Tolosa, guipuzcoano; el bermeano Pedro Chindurza, grumete; el marinero Juan de Segura, natural de la villa de este nombre, y el guipuzcoano Lorenzo de Iruña, cuyos nombres deben agregarse a los de los demás que llegaron a Sevilla, como los primeros hombres en la historia que rodearon el planeta.

II

Los tripulantes del *Victoria* se encontraron con una sorpresa al arribar a las islas de Cabo Verde: habían vivido un día menos que los demás mortales y su calendario habíase retrasado en veinticuatro horas. Véase lo que dice el piloto Francisco Albo: «El día 9 no tomé el sol y surgimos—fondeamos—en el puerto de Río Grande, y este día fué miércoles, y este día tienen ellos por jueves; y así creo yo que nosotros íbamos *errados* en un día». Pigafetta escribe a su vez lo que sigue: «Cuando quisimos ver si nuestra cuenta del tiempo estaba en orden, supimos con gran admiración que era jueves cuando nosotros teníamos miércoles, y sin embargo, yo, que siempre disfruté de buena salud, había llevado con el mayor cuidado mi diario. No podíamos explicarnos tan extraño suceso, hasta que supimos más tarde que esta diferencia de tiempo tiene lugar cuando se circunda la Tierra de Oriente a Occidente». Si la navegación hubiera sido en el sentido que indica Pigafetta, habríanse adelantado en un día; se retrasaron aparentemente en veinticuatro horas por haberse efectuado el viaje de Occidente a Oriente. La gente de a bordo estaba, pues, en la creencia de que habían errado en un día la cuenta del tiempo, y de que comieron carne en viernes y celebraron la Pascua en lunes.

La brusca partida de las islas de Cabo Verde fué el 15 de julio; el 15 de agosto pasaron por entre

las islas Fayal y Flores y el 4 de septiembre divisaron el cabo San Viente, fondeando el 6 en San Lúcar de Barrameda, después de tres años menos catorce días de haber partido de él y navegado catorce mil leguas: eran sólo dieciocho los que regresaban.

A los dos días, o sea el 8 de septiembre, según cuenta Oviedo, aquellos dieciocho héroes fueron en Sevilla, en camisa y descalzos y con sendas hachas en las manos, a la Iglesia Mayor, a dar gracias a Dios por haberlos traído salvos después de una tan extraordinaria navegación, pues como el propio Oviedo escribe, fué el camino que esta nave hizo la mayor y más nueva cosa que desde que Dios crió al primer hombre y compuso el mundo hasta nuestros días se ha visto, y no se ha oydo ni escrito cosa más de notar en todas la navegaciones».

Con iguales frases de admiración se expresan otros escritores contemporáneos. Transilvano, que trató al héroe de Guetaria, termina así el relato que publicó sobre este viaje: «Son por cierto estos dieciocho marineros que con esta nave aportaron a Sevilla más dignos de ser puestos en inmortal memoria, que aquellos argonautas que con Jasón navegaron y fueron a Cólchide, de quien los antiguos poetas hacen tanta celebridad. E mucho más digna cosa es por cierto que esta nuestra nao sea colocada y ensalzada entre las estrellas, que la en que navegó aquel griego».

«¿Qué son, se pregunta el cronista Gomara, los peligros y trabajos de Ulises, en comparación de los que tuvieron que sufrir Magallanes, Sebastián del

Cano y sus compañeros? El *Argos* de Jasón, con tanta frecuencia citado por los historiadores y poetas, es de escaso mérito al lado del *Victoria*. Las travesías realizadas por los barcos de Salomón fueron grandes; pero la llevada a efecto por el del emperador Carlos V fué infinitamente más grandiosa e importante. Este buque debía de haberse conservado como recuerdo eterno de tales triunfos en el arsenal de Sevilla, pues él fué el primero que, a semejanza del Sol, había circundado por completo al planeta».

Los ingleses han sido más cuidadosos de sus glorias marítimas. «La nave con que Drake, se lee en el *Diccionario Hispano-Americano,* consumando infinitas piraterías y saqueando e incendiando poblaciones, dió la vuelta al mundo, fué colocada en lugar particular, como un monumento glorioso, y más tarde, cuando se inutilizó por completo para la navegación, se hizo con una parte de sus materiales un sillón, que todavía se conserva en la universidad de Oxford».

Francisco Drake pasó el estrecho de Magallanes en los últimos días de noviembre de 1577, fué costeando el litoral americano por el lado del Pacífico, subió hasta las costas de California, y temeroso de encontrar a la vuelta a la escuadra española, resolvió tomar el rumbo de las Molucas, llegando a Inglaterra en el mes de noviembre de 1580. Hizo presas por valor de ochocientas mil libras, perdío cuatro de los cinco navíos que sacó y el en que volvió se llamaba *La Cierva de Oro*. La vuelta de Drake fué celebrada como un gran triunfo, el pirata dió un banquete a

la reina Isabel y fué condecorado con una orden de caballería.

III

El 7 de septiembre de 1522, un navío de pequeño porte—era su capacidad de ochenta y cinco toneles vizcaínos o de ciento dos toneladas, medida común—, subía por el río Guadalquivir, remolcado por una embarcación de seis remos, comprada al efecto. En la víspera había fondeado en San Lúcar y se dirigía al puerto de las Muelas, en Sevilla, término de su viaje. Venía su escasa tripulación enferma, incluso el capitán, con motivo de la larga y penosa navegación realizada. A la vez presentaba el barco señales de hallarse muy maltratado por los embates del océano y hacía mucha agua. El día anterior, estando en San Lúcar, se compró pan, vino, carne, melones, etc., con que levantar las fuerzas de los heróicos hombres que componían su dotación. Era ésta de dieciocho hombres, su capitán Cano, el navío se llamaba *Victoria*.

Como la posesión de las Molucas se disputaban España y Portugal, pues cada uno alegaba estar dentro de los límites de sus demarcaciones respectivas, hubo el año 1524 varias juntas de los representantes de ambos países. Con tal motivo, se les llamó como testigos para que declararan acerca de la posición de dichas islas a dieciséis de los dieciocho hombres que vinieron en el *Victoria*. De ellos, eran vascos cuatro, extranje-

ros cinco, un mallorquín y seis de otras provincias españolas.

Lo poco que de estos hombres sabemos, a excepción del capitán, se debe a esta circunstancia. Hé aquí los nombres de los cuatro vascos:

Juan Sebastián del Cano, capitán, natural de Guetaria.

Juan de Acurio, de 30 años y más, contramaestre, natural de Bermeo.

Juan de Arratia, de 20 años y más, grumete, natural de Bilbao.

Juan de Zubieta, de 18 años y más, paje, de la anteiglesia de Baracaldo.

«Localidades, escribe el historiador Labayru, que deben gloriarse de ellos e inscribir sus nombres para perpetua memoria de estos héroes que yacen olvidados en su tierra».

A estos nombres deben unirse los de los que quedaron detenidos por los portugueses en las islas de Cabo Verde, al apoderarse del batel del *Victoria* en que saltaron a tierra trece de los tripulantes. De ellos, cuatro fueron vascos, y son:

Martín de Insaurraga o Izaurraga, piloto, natural de Bermeo.

Pedro de Chindurza o Indarchi, grumete, natural de Bermeo.

Lorenzo de Iruña, marinero, guipuzcoano.

Pedro de Tolosa, grumete, natural de Tolosa.

¿Qué fin tuvo la histórica nave *Victoria?* Después de recibir algunas reparaciones, se le destinó a la carrera de Indias. Hizo un viaje a la ciudad de Santo Do-

mingo en la isla del mismo nombre, y tornó a Sevilla; desde Sevilla volvió otra vez a la misma isla y en el viaje de retorno a España se perdió, sin que se supiera más de ella ni de la tripulación que llevaba. Estas noticias han sido conservadas por Oviedo.

La nave capitana *Trinidad*, que quedó en Tidor al partir el *Victoria*, después de reparado, salió el 6 de abril de 1522 para Panamá. Rechazado en el camino por fuertes tempestades, volvió al punto de partida, donde sus tripulantes fueron hechos prisioneros por los portugueses. Eran en número de veintiuno, y el capitán portugués Antonio Brito los retuvo durante tres años, siendo la mayoría víctima de las enfermedades, pues el jefe portugués, con toda intención, los mandaba a habitar a lugares malsanos. Por fin, fueron enviados a la India, para ser conducidos a Portugal, a excepción de un Antonio, carpintero, cuyo apellido no se indica, y el calafate bermeano Antonio de Basozábal, a quienes retuvo el portugués por necesitar de ellos. Sólo tres arribaron a la Península.

El capitán Juan Sebastián del Cano fué recibido en Valladolid por emperador Carlos V. Al efecto, le escribió una carta, fechada en esa ciudad el 13 de septiembre de 1522, en la que le ordenaba viniese en compañía de dos personas, las más cuerdas de las que le hubiesen acompañado en su memorable hazaña, a darle cuenta del viaje. Meses después, en enero del año inmediato, le hizo el Emperador merced de quinientos ducados de renta durante su vida, cantidad que ni el ilustre navegante ni probablemente su familia llegó a

percibir. También obtuvo del César el título de nobleza con un escudo de armas, que llevaba en su primera mitad, en lo alto, en campo de gules, un castillo de oro: en la mitad inferior, un campo dorado sembrado de especiería con dos palos de canela, tres nueces moscadas en aspa y dos clavillos de especia; encima un yelmo con la visera calada y en la parte superior un globo, con esta inscripción: ***Primus circundedisti me:*** «fuiste el primero en rodearme». Por este tiempo elevó Cano un memorial al Emperador, en que pedía le hiciese merced, primero, de la capitanía de cualesquier armada o armadas que se enviasen al Maluco, contestándosele que el cargo estaba proveído; segundo, que se le diera la tenencia de la fortaleza o fortalezas que se mandaran construir en dichas tierras, proveyéndose que se tendría presente a su tiempo lo solicitado; tercero, que se le concediera el hábito de Santiago, como se había concedido a Magallanes, respondiéndosele que no estaba en la facultad del Emperador otorgar tal hábito fuera de capítulo; y cuarto, que se atendiese con alguna remuneración a sus parientes más cercanos, supuesto que eran pobres y le habían ayudado en sus expediciones, diciéndosele que se había dispuesto lo conveniente. El memorial fué redactado de manos de Cano, y solicitaba las mercedes anteriores en atención a los servicios que había prestado y «grandes fatigas de hambres» que había sufrido en su inmortal expedición

CAPITULO XVI

NUEVA EXPEDICIÓN POR EL ESTRECHO DE MAGALLANES

(1525)

I. Buques y tripulantes.—Gran número de vascos.—Naufragio de la nave mandada por Cano.—Aventuras de Aréizaga y Urdaneta.—El remate de la América Austral.—El piloto Uriarte estudia el primero el estrecho de Magallanes.—II. Dispersión de las naves en el Pacífico.—Muerte de Cano.—Noticias acerça de su vida.—Cómo pagó sus servicios el gobierno español.—III. El patache «Santiago» gana las costas occidentales de México.—Acto heróico de Aréizaga.—Queda resuelto el problema de la navegación en el Pacífico.—IV. Luchas entre españoles y portugueses.—Hechos de Urdaneta.—Lo que cuenta de los países occidentales y de su viaje de vuelta.

I

El *Victoria* trajo un valioso cargamento. Consistía en quinientas treinta y siete arrobas de clavo, cuya venta produjo tan pingües rendimientos que hubo para

cubrir todos los gastos y aun se pagó a la gente. Este resultado alentó para armar otra expedición. Se estableció, además, en la Coruña, una Casa de Contratación de especias, por el estilo de la que existía en Sevilla para el comercio con América. Al frente de esta casa se puso al portugués Cristóbal de Haro, persona rica y de negocios, que vino a España con Magallanes y que contribuyó a los gastos de la primera armada. Se creía que el comercio de clavos, especias, canela y otros productos con que traficaban los portugueses, sería de tanto provecho como los metales preciosos que venían de América. De aquí el entusiasmo para aparejar una nueva flota.

Se componía ésta de siete navíos: *Santa María de la Victoria,* de trescientos toneles, capitana, mandada por Loayza; *Sancti Spiritu,* de doscientos, por Juan Sebastián del Cano, piloto mayor y guía; *Anunciada,* de ciento setenta; *San Gabriel,* de ciento treinta; *Santa María del Parral*, de ochenta; *San Lesmes*, de ochenta, y el patache *Santiago,* de cincuenta, capitán Santiago de Guevara, guipuzcoano.

Cuatro de estos navíos fueron fabricados en Portugalete, Vizcaya, los tres restantes en Galicia. Para acelerar la construcción de aquéllos vino Cano al puerto vizcaíno; pasando luego a Guetaria, su patria, lugar que debía visitar por última vez y donde reunió varios maestres, pilotos y gente de mar, entre ellos dos hermanos y otros parientes. Se embarcó allí en las naves recién terminadas en Portugalete, y se trasladó a la Coruña, de donde debía hacerse a la mar la flota. To-

maron parte además Andrés de Urdaneta, piloto, natural de Villafranca, Guipúzcoa, hombre de un valor extraordinario, de raras aventuras y que fué marino, soldado, cosmógrafo, escritor y fraile; Martín de Uriarte, piloto distinguido; el presbítero Juan de Aréizaga y Guevara, cuñado de Sebastián del Cano y primo del capitán del patache o galeón *Santiago*, «hombre hazañoso y resuelto y autor de una relación de estas y otras expediciones»; Diego Ortiz de Orúe, Diego de Vitoria, Martín Iñíguez de Carquizano, natural de Elgóibar, donde tiene su solar y que por sus incuestionables méritos llegó a ser jefe de las fuerzas en las islas Molucas durante las luchas con los portugueses; Martín García de Carquizano, sobrino o hermano del anterior, que peleó bravamente en las Molucas; Toribio Alonso de Salazar, encartado; Andrés de Gorostiaga, que figura como testigo en el testamento de Cano, al igual que Joanes de Zabala y Andrés de Aleche; Martín de Somorrostro, Martín Vizcaíno, Bartolomé Vizcaíno, Juan de Gorri, Martín Pérez del Cano y Antón Martín del Cano, hermanos de Juan Sebastián del Cano, el primero piloto y ayudante de piloto el otro; Ortuño de Alango, piloto del famoso patache *Santiago*, que adquirió gran renombre, de la anteiglesia de Guecho, o según Bernal Díaz y Gomara, de la villa de Portugalete, a más de otros muchos cuyos nombres se ignoran o que irán apareciendo más adelante.

La flota zarpó de la Coruña el 24 de julio de 1525 y su tripulación se componía de cuatrocientos cin-

cuento hombres, al mando de Garcia Jofre de Loayza; «caballero vizcaíno—vasco—, aunque nacido en Ciudad Real, comendador de la orden de San Juan, persona de mucha experiencia en guerras de mar y tierra», escribe el P. Fray Rodrigo de Aganduru Móriz, natural de Orío, Guipúzcoa, autor de una muy recomendable *Historia General de las Islas Occidentales al Asia adyacentes*. La mala fortuna fué compañera inseparable de estos navíos. El 14 de enero del año siguiente, cuatro de ellos, creyendo que entraban por el estrecho de Magallanes, fueron a encallar en el estuario de un río distante unas cinco leguas del paraje que buscaban. Enviaron a tierra en un bote al piloto Martín Pérez del Cano, al clérigo Juan de Aréizaga y a otro, para que averiguasen si se encontraba el estrecho por el lugar en que los navíos quedaban encallados. A fin de cerciorarse mejor, pues en un principio se dividieron los pareceres, Aréizaga, Cano y compañero se internaron bastante por el río, y como los barcos encallados se hubiesen puesto a flote al subir la marea, éstos los abandonaron en tierra, yendo a fondear al cabo de Vírgenes, que se halla a la entrada del estrecho.

Cuando los de tierra volvieron de su exploración, convencidos de que no se hallaba por allí el paso al otro mar, encontraron anegado el esquife y muy apartado del punto donde lo habían dejado. Tuvieron que esperar a la marea del día siguiente. Pero cargó tanto el tiempo, que les fué forzoso quedarse allí cuatro días, comiendo raíces y mariscos, y al quinto se dirigieron a una isla situada en medio del río a cazar

pájaros con que aprovisionarse. Salieron después en busca de las naves y llegaron con el esquife a la boca del río, donde lo vararon por el mal tiempo.

Tenemos dicho que los navíos fondearon en el cabo de las Vírgenes. Días antes, por efecto de un temporal, se les separó la capitana y otra nave, de las que no tenían noticias. A causa de otro temporal, hallándose las naves surtas al abrigo del indicado cabo, garraron a tierra, yendo a estrellarse contra las costas el *Sancti Spiritu*, buque mandado por Cano, ganando la gente la tierra a nado, y ahogándose nueve hombres, entre otros el contador Diego de Estella. La mar arrojó a la playa los restos del barco náufrago, a más de pipas de vino y otras mercancías. Los demás navíos, para no zozobrar, echaron al agua la artillería y lo que tenían más a mano.

El capitán Cano, el piloto Urdaneta y otras personas se trasladaron a la *Anunciada* para meter las naves al estrecho. Allí encontraron a la capitana y a otra, que estaban fondeadas. Estando en la boca, corrieron otro temporal, y ya se tenía a la capitana por perdida hasta el punto de que la abandonaron el capitán Loayza y demás gente no de mar, quedando en ella sólo el maestre o patrón y los marineros, quienes después de grandes esfuerzos lograron salvarla, arrojando al agua la artillería y todo lo que pudieron. También las demás naves se vieron obligadas a alijar la carga y tres de ellas perdieron los botes.

Tenemos dicho que el presbítero Aréizaga, Martín Pérez del Cano y otro compañero llegaron a la boca

del río, convencidos de que no estaba por allí el estrecho. En este punto hallaron una carta de Juan Sebastián del Cano, en la que les avisaba que se fueran por tierra al cabo de las Vírgenes. Para esto tenían que caminar más de veinte leguas por terrenos ásperos, de cerrados y espesos boscajes, encontrándose en el viaje con numerosos patagones, quienes les hicieron prisioneros.

Cuenta Oviedo, con referencia a Aréizaga, muchas cosas curiosas respecto al modo de ser y las costumbres de estos salvajes, en las que sin duda hay muchas exageraciones. Pondera su voracidad, pues en solo un bocado ingerían una libra de carne cruda y en cuanto a su estatura afirma que eran tan altos que Aréizaga apenas les llegaba a la cintura, no osbtante ser más alto que bajo. Refiere también que al caer en poder de los indios, les hicieron desnudar y ponerles penachos de pluma a su usanza en las cabezas, y, lo que es más grave, les tocaban en las carnes de un modo sospechoso, hasta el punto de que recelando si pensarían en celebrar con ellos un festín, se encomendaban a Dios de todas veras, creyendo que les había llegado el último momento. La aparición inesperada del cacique puso término a la sospechosa actitud de los indios, pues dejaron de estarles palpando y continuaron, abandonadas las ropas que no se atrevieron a recoger y desnudos, en compañía de los patagones, hasta que llegaron a la playa y a vista de los navíos. Tuvieron más tarde ocasión de apoderarse de tres de aquellos salvajes, y refiere Aréi-

zaga que sus compañeros les hubieran dado muerte, por el enojo que conservaban de haberlos obligado a caminar desnudos, sufriendo mucho por el frío, a no oponerse él a aquella venganza.

Urdaneta refiere por su parte otras aventuras. Fué enviado con cinco compañeros más al lugar donde había ocurrido el naufragio del navío *Sancti Spiritu*, para recoger las mercaderías, vino, munición, artillería, jarcias y otros efectos que arrojaba el mar. Les acompañaban diez patagones, llamados así por las huellas de los pies que dejaban en la nieve y en la arena; pero cuando notaron éstos que las provisiones andaban escasas, les abandonaron. Tardaron cuatro días en llegar y «al tercero, son sus palabras, pensamos de perecer de sed, y con las nuestras orinas nos remediamos, hasta que hallamos agua». En otra expedición, los patagones los dejaron desnudos.

Cuando fué Cano con los navíos a recoger los efectos que el mar arrojaba, reunidos ya en la playa, le sorprendió otro temporal, habiendo uno de los barcos corrido fuera del estrecho la costa hacia el Sur hasta el paralelo cincuenta y cinco, «e dijeron después, cuando tornaron, que les parecía que era allí acabamiento de tierra». Las palabras anteriores son de Urdaneta, y de haber ellas sido conocidas, no hubiera prevalecido hasta mucho tiempo después la creencia de que la Tierra del Fuego formaba parte de un continente austral, error reproducido en las cartas geográficas de la época y aun de otras posteriores.

El piloto Uriarte, durante la travesía, hizo un estu-

dio concienzudo y detallado del estrecho, dando a conocer todas las particularidades relativas para la navegación de los buques. Es el estudio del piloto vasco el primero que se conoce de aquel paso entre ambos Océanos. Hallaron al estrecho cien leguas de largo, desde el cabo de la Vírgenes al cabo Deseado.

II

De la brillante escuadra que zarpó de la Coruña, sólo cuatro navíos lograron desembocar en el Pacífico. Habíase estrellado uno a la entrada del estrecho: el *Sancti Spiritu.* El *San Gabriel,* separado de los demás buques por los temporales, volvió a España. A la altura del Brasil, se encontró con navíos franceses, que intentaron hacer presa de él, por hallarse España en guerra con Francia. Se defendió valerosamente y logró arribar a la Península. No se sabe nada del fin de la nave *Anunciada:* en la imposibilidad de penetrar en el estrecho, pretendió ir a las Molucas por la ruta del cabo de Buena Esperanza, y se vió navegar sin piloto, que había muerto, sin batel, ni velas, ni ajustes, convertido en una tumba flotante en medio del Océano, quedando ignorado su paradero.

Los cuatro navíos que lograron llegar al Pacífico, fueron: *Santa María de la Victoria, Santa María del Parral, San Lesmes* y *Santiago.* Navegaron en conseva hasta los 47° 30' latitud Sur, y una nueva tempestad los volvió a dispersar, esta vez definitavamente, pues nunca más volvieron a juntarse. Como en la ca-

pitana iba la gente del *Sancti Spiritu,* hubo de acortarse las raciones. Hacía también mucha agua y apenas bastaban dos bombas para achicarla. Mucha gente iba enferma y todos los días se pagaba al mar un tributo de cadáveres. Como antes del descubrimiento de América y los viajes de los portugueses a la India Oriental no se efectuaban largas navegaciones, no era conocida una enfermedad que por aquellos días causaba muchos estragos: el escorbuto. El 2 de julio, hallándose la flota a un grado de la equinoccial, sintiendo Sebastián del Cano acercarse el fin de sus días, hizo testamento, cuyo documento firman como testigos Hernando de Guevara, Martín de Uriarte, Martín García de Carquizano, Andrés de Gorostiaga, Joanes de Zabala, Andrés de Urdaneta y Andrés de Aleche. El 30 de julio falleció el capitán general de la flota, Loayza, y vista una provisión secreta del emperador, fué jurado Sebastián del Cano para aquel puesto. Se nombró a un sobrino de Loayza, de nombre Alvaro, contador, y a Martín del Cano, sobrino del nuevo general, de piloto.

El día 2 de agosto de 1526 navegaba la capitana por 0° 35' latitud Norte y los días 3 y 4 seguía rumbo Oeste. En este útimo día falleció Juan Sebastián del Cano, el inmortal capitán del *Victoria,* con el que logró dar el primero la vuelta al mundo. Dicen Herrera y Oviedo que los funerales que se hicieron a su cadáver fueron los de todo marino: sendos *Pater Noster* y Ave María antes de darle por tumba el Océano.

No son copiosas las noticias que se poseen de Cano

anteriores al tiempo en que llegó a formar parte de la expedición de Magallanes. Fueron sus padres Domingo Sebastián del Cano y Catalina del Puerto. Debieron poseer algunos bienes de fortuna, pues se sabe que ayudaron al hijo con recursos en las dos famosas expediciones, con gran generosidad, hasta el punto de quedar en una situación extrema. Tuvo dos hermanos y hermanas, y, según parece, numerosos parientes. Una contrariedad, que en un principio le obligó a que su nombre permaneciese eclipsado, vino a ser, sin duda, causa ocasional de que tomase parte en una expedición de las más arriesgadas, y, sobre todo, una de las más famosas en la historia.

Servía Cano de maestre o patrón en una nave del Estado del porte de doscientos toneles. Prestaba sus servicios en Levante y Africa, y formó parte con su navío de la expedición organizada por el cardenal Cisneros al continente africano. Como el gobierno no le pagaba los salarios, tomó dinero a cambio, de unos mercaderes, vasallos del Duque de Saboya. Mas no pudo cumplir sus compromisos, ni debió el gobierno atender a las solicitudes relativas al pago de lo que tenía devengado por sus sueldos, cosa que le ocurrió más tarde, no obstante su inmensa fama, a su desamparada familia; y en este trance resolvió vender el navío a los acreedores. Este acto obligó a Cano a vivir retirado en la oscuridad, pues la venta de un navío del Estado a extranjeros, aun en las circunstancias en que lo hizo, estaba penada por las leyes españolas, que la conceptuaban como crimen.

Ocasión propicia de salir de esta oscuridad y aun de volver a la gracia del emperador Carlos V se le brindó con motivo de la audaz empresa de Magallanes de llegar a las partes orientales del Asia por la ruta de Occidente. Todos los historiadores y papeles coetáneos están conformes en que no se hallaban marinos para este viaje, por ser considerado atrevido y peligroso en extremo. En efecto, fueron escasos los peninsulares españoles que se enrolaron en las tripulaciones. La oficialidad se componía de portugueses, atraídos por la fama de Magallanes; de unos pocos italianos, y de tres vascos, Sebastián del Cano, el infortunado Juan de Elorriaga, guipuzcoano, víctima de su fidelidad a los dictados de la disciplina, y de Juan de Acurio, bermeano. Estos debieron arrastrar entre la marinería a numerosos compatriotas, como lo da a entender respecto del primero el historiador guipuzcoano Aganduru Móriz. De vuelta de su viaje de circunnavegación, viéndose ensalzado por la fama, Carlos V, a petición del mismo Cano, y acatando el señalado servicio prestado a la Corona en el descubrimiento de la Especiería y los trabajos pasados en esta empresa, le exoneró de toda responsabilidad civil y criminal.

Se ha visto en otra parte, los elogios que los escritores de la época prodigan a Cano por su extraordinaria hazaña. No parece que fuera propósito de Magallanes el dar la vuelta al mundo. Su objeto era hallar un paso al través de América, un camino por donde se pudiera llegar a la región insular del Oriente de Asia. La empresa, aun reducida a estos términos,

era digna de un caudillo tan esforzado como Magallanes. Pero éste, al igual que Colón, no tenía ideas exactas respecto a la superficie o volumen de nuestro planeta. Creía que la ruta proyectada por él, era más corta, como lo repetía, que la que empleaban los portugueses por el Cabo. Pero al hallarse el resto de la gloriosa flota en los mares orientales del Asia, sabedores sus expertos pilotos y capitanes de lo dilatado del trayecto recorrido, resolvieron el regreso a Europa por la vía descubierta por Vasco de Gama. Aquí comienza la grandeza de Cano. Disponiendo sólo de un frágil buque de ochenta toneles vizcaínos, equivavalentes a ciento dos toneladas, medida común, logró traer el barco y a casi toda la tripulación, si se descarta el involuntario contratiempo ocurrido en las islas de Cabo Verde, al punto de partida de donde salieron tres años antes, sin haberse detenido más que el tiempo indispensable para proveerse de algunos víveres en las islas últimamente mencionadas. Sin embargo, al leer los documentos oficiales, ora los emanados de la corte de Carlos V como otros numerosos que más tarde se redactaron por el Fiscal del Consejo de Indias con motivo de las reclamaciones hechas de parte de su familia de lo que a Cano se le adeudaba por los sueldos y la renta que tenía asignada, no se observa ningún rasgo en que se haga notar la importancia del extraordinario viaje efectuado por el héroe de Guetaria, ya respecto a las ciencias geográficas, ora respecto a otros múltiples aspectos sociales, políticos, económicos, etcétera. El emperador se complace en hacer

algunas mercedes a Cano, no todas a las que era acreedor. por el egoísta motivo de haber acrecentado sus rentas con la adquisición de las islas donde se criaban drogas y especias. El más vulgar mercantilismo se respira en las comunicaciones de Su Majestad cesarea.

En el tiempo que transcurrió durante sus dos expediciones al estrecho, empleó a Cano el gobierno español como a uno de sus representantes, el más autorizado, en la disputa que sostenía con Portugal acerca de la posesión de las islas Molucas. En las juntas que con tal fin se tenían, servía de materia de discusión y documento de consulta, un mapa, trazado por Cano, de la navegación efectuada por él junto con Magallanes a las islas orientales del Asia.

Pondera mucho Martín Fernández de Navarrete, al fin como historiador de los reyes, en su justamente celebrada *Colección de viajes*, la liberalidad y munificencia del soberano de Castilla para premiar a los que tomaron parte en el viaje de Magallanes. En efecto, no faltaron promesas, largas y pródigas... «Si su subsistencia› escribe un biógrafo de nuestro héroe, hubiera dependido de la honradez del gobierno, la madre de Cano hubiese tenido que perecer mendigando de puerta en puerta». Veamos los hechos. Existe una cédula real de 1525, encontrándose Cano en el segundo viaje, ordenando el pago a su familia o representantes de ella› de lo que se le debía por la merced de los quinientos ducados vitalicios, pues no se le había pagado nada. No se debió hacer efectiva esta cédula, pues, más tarde, se produjeron otras peticiones sobre lo mismo.

La madre de Cano, en 1533, ocho años después de la partida de su hijo en la armada de Loayza, formuló un pedimento al gobierno en que expresa que Sebastián del Cano fué en dicha armada, con otros sus hermanos; que ella, por darles y suplirles para ir en la dicha armada, «ha vendido mucho de sus bienes, muebles y raíces, y venido en mucha necesidad y fatiga»; que hasta ahora se lo ha proveído el factor Cristóbal de Haro, y ahora no le quiere proveer, diciendo que no tiene—lo proveído alcanzó a la modesta suma de treinta ducados—; que Cano y sus hermanos están en servicio de S. M., lo que indica que la madre del famoso marino ignoraba aún, por estas fechas, la muerte de su hijo, ocurrida siete años antes; y que se le haga merced del sueldo de ellos o de una parte, por hallarse en *extrema* necesidad.

Más tarde, el apoderado del ilustre marino hizo otra petición, solicitando el pago de los créditos caídos del sueldo y de la merced de los quinientos ducados, «para poder socorrer a su madre necesitada y para satisfacer los empeños que hizo en su primer viaje». El fiscal rechazó este pedimento, «por presumirse haber fallecido Cano muchos años há, por ser pública voz y fama que todos los que fueron con Loayza son difuntos», y por no existir la Casa de Contratación de Coruña, donde debían hacerse efectivos dichos cobros.

El pleito se prolongó aún por mucho tiempo, haciéndose parte en él la madre de Cano, y, por fin, fué la sentencia favorable a la reclamante, y se ordenó

que se efectuara el pago de doscientos mil maravedís, un tercio al final del presente año—, la sentencia lleva fecha 16 de febrero de 1535, es decir, a los comienzos del año—, otro tercio al año siguiente y otro al otro año. Apeló de esta sentencia el apoderado de la madre de Cano, ya por ser corta la cantidad que se mandaba pagar, pues Cano vivió cuatro años después que le fueron señalados los quinientos ducados de renta, como también porque «viéndose doña Catalina viuda y pobre con hijas, le eran grovosos tales plazos para poderse mantener». Vino nueva sentencia en que se disponía el pago de ciento sesenta mil maravedís, veinte mil en el plazo de veinte días y el resto en los plazos indicados en la sentencia anterior.

¿Creerá el lector que después de todas estas diligencias y demoras, la desamparada madre de Sebastian del Cano llegó a recibir en su viudez todo o algo de lo que justísimamente reclamaba, ya de los quinientos ducados de renta de su hijo, ora lo que por los sueldos de sus tres hijos le correspondía? Pues no fué así. «A pesar de las dos sentencias del Consejo de Indias y de la cédula de la Emperatriz, escriben los coleccionadores de los *Documentos inéditos para la Historia de España*, vemos por un documento de la *Colección Vargas Ponce*, que todavía en 1567, en el reinado de Felipe II, el bachiller Rodrígo Sánchez de Gaínza, sobrino de Juan Sebastián del Cano, otorgó poder en la villa de Guetaria a favor de Francisco de Gaínza, residente en la corte, para cobrar todos o cualesquier maravedís e otras cosas debidas a su tío

por los servicios de su fatigosa carrera, de los cuales dice estas notables palabras: «e no le fueron gratificados dichos servicios que así hizo a la majestad del Emperador nuestro Señor». No sabemos si en esta ocasión, aunque tardía, se llegó a satisfacer a los herederos de Cano lo que este marino de inmortal memoria había tan justamente ganado, así en extender el imperio español, como en acrecentar los intereses de la corona».

III

Hemos dicho que los restos de la escuadra se dispersaron navegando por el Pacífico. El patache *Santiago*, mandado por el guipuzcoano Guevara, arribó a las costas de México. Iba en él el esforzado sacerdote don Juan de Aréizaga y Guevara, primo del capitán. Según referencias de éste, cuando el galeón perdió de vista a los demás navíos, se vió perplejo acerca de la ruta que les convenía seguir. Eran cincuenta personas a bordo, y sólo tenían cuatro quintales de bizcocho polvo y ocho pipas de agua, sin ninguna otra comida. El pan, por ser pequeño el pañol del patache, lo habían trasladado a la capitana, de donde, por este motivo, se surtían de víveres quincenalmente. La distancia a que se creían hallar de las primeras tierras habitadas en dirección de las Molucas era de dos mil leguas. Para no perecer todos de hambre, determinaron ganar las costas de México, de las que suponían hallarse separados por mil leguas.

El patache llegó al istmo de Tehuantepec, en México, país recientemente conquistado por el insigne capitán Hernán Cortés. Como el galeón no tenía bote, permanecieron unos días sin poder saltar a tierra. Esta situación no podía prolongarse, pues apretaba el hambre a bordo, por cuya causa venían muchos enfermos, y el clérigo Aréizaga se ofreció a ir a tierra. Le disuadieron de la temeraria aventura, pero porfió en ofrendar su existencia en bien de todos. Propuso que le ataran a una cuerda, y valiéndose de una pequeña caja, ganaría la costa a nado en último término. Se colocaron en la caja algunas baratijas con que procurarse víveres para todos, se ató a la cuerda «y se echó al mar, escribe Oviedo, en calzas y jubón, y con su espada en lugar de breviario». La caja, por el embate de las olas, dió vuelta de campana, e intentó ganar la orilla a nado. Le faltaba aún un largo cuarto de legua y hacía esfuerzos inauditos; pero abandonándole las fuerzas iba a ser tragado por el mar, cuando cinco indios que por casualidad se hallaban en la playa se lanzaron a salvarle. Le sacaron y le depositaron en la orilla y junto a él la caja y demás objetos y se alejaron de allí.

El clérigo Aréizaga permanecía sin sentido. Volvió en sí como una hora más tarde y a poco se encontró con varios indígenas. Estos tocaban el suelo con las manos y hacíanle diferentes visajes, todo lo cual trataba de imitar el buen clérigo para darles a entender que venía de paz. Tampoco tenían otro propósito las manifestaciones de los indios. El número de éstos iba en

aumento a medida que avanzaba en tierra, sumándose al fin unos cuantos miles, muchos de los cuales iban limpiando el camino por donde pasaba. Le condujeron a la presencia del cacique, y estando allí, vió en tierra hincada una tosca cruz de palo, ante cuya vista le saltaron las lágrimas al buen clérigo. El cacique, mostrando con el dedo la cruz, le decía:—«Santa María»; y Aréizaga, puesto de rodillas, le adoró e hizo oración.

Inútil es decir que los indios le trataron a cuerpo de rey. No fué posible aquel día establecer comunicación con el patache *Santiago*. Aréizaga pasó la noche en una confortable habitación, cubierta con esteras. Al otro día, se consiguió tender una cuerda desde tierra a bordo e iban los indios a nado llevando comida a los de la nave. Mientras tanto, el cacique avisó secretamente al gobernador español de un pueblo vecino de la aparición del barco, cuyos tripulantes saltaron a tierra. La población en que residía el cacique se llamaba Macatán, y la otra en que estaba el gobernador español Tecoantepeque, distante ciento cincuenta leguas de México.

Por enfermedad de Guevara, se acordó que marchase Aréizaga a la capital a hablar con Cortés. De esta visita resultó que el conquistador de México se convenciese de que era posible despachar una expedición desde aquellas tierras a las Molucas y a China, asunto que por entonces estaba tratando con el emperador Carlos V. En efecto, aparejó una armada de tres barcos que salió de la costa del Pacífico para

informarse del resultado de las expediciones de Loayza y de Sebastián Caboto. También este famoso navegante había salido con algunos barcos para las Molucas, pero no pasó más allá del río Solís o de la Plata.

La expedición preparada por Cortés tuvo un fin desastroso. Se perdieron los barcos en la travesía, llegando sólo uno a las Molucas, el de Saavedra, jefe de la flota. Cuando más tarde intentó éste volver a América, quedó perdido en los archipiélagos de Oceanía.

El historiador Gomara estuvo mal informado acerca de las causas del arribo del patache *Santiago* a las costas mexicanas. Dice que Cortés determinó enviar tres navíos a las Molucas por haberlo así ofrecido al emperador Carlos V, «y también porque aportó a Ciuatlán, Hortunio de Alango, de Portugalete, con un patache —Alango era el piloto—, que fué con la armada de Loaisa, *por sobra de muchos vientos o por falta de no saber la navegación de Tidore*», islas Molucas. No fué por nada de ello: fué deliberadamente y supone el hecho audacia e intuición geográfica, si vale la frase, en los que mandaban el patache, para buscar la costa occidental de México, de cuyo país debían poseer noticias imperfectas por ser reciente el conocimiento que se tenía de él. Además, con este rasgo de audacia se demostró que era posible la navegación entre la costa Oeste de América y las orientales del Asia y de sus islas, como quedó convencido Cortés.

En cuanto a los demás navíos de la expedición Loaysa, el *Parral* se perdió en las islas Célebes, y el

San Lesmes fué a parar, según Navarrete, a un archipiélago situado en los 17° 33' latitud Sur, descubierto por Domingo de Boenechea, en un viaje que realizó saliendo del Callao, Perú, en 1772, en una de cuyas islas halló una antiquísima cruz, único indicio que Navarrete aduce para afirmar que fué a parar allí el *San Lesmes*.

Santiago de Guevara y el capellán Juan de Aréizaga, capitán el primero del patache *Santiago*, vinieron a España, mandados por el conquistador de México. El famoso piloto portugalujo Ortuño de Alango, continuó en las tierras mexicanas.

IV

Después de la muerte de Cano, fué nombrado capitán de la *Santa María de la Victoria* el encartado Toribio Alonso de Salazar. También falleció éste y se nombró en su lugar a Martín Iñíguez de Carquizano, natural de Elgóibar, y por maestre de la nave a Iñigo de Elorriaga, guipuzcoano.

En una de las islas de la Oceanía encontraron a un Gonzalo de Vigo, que había pertenecido a la expedición de Magallanes y que vivía en aquellos parajes, después de haber desertado de la armada. Este los condujo al archipiélago de las Molucas. Una de las islas, la de Terrenate, estaba ocupada por los portugueses y hubieron de sostener con éstos largas y empeñadas luchas cuyo relato llenaría muchas páginas

Carquizano, desde los primeros momentos, rechazó

con energía las demandas de los portugueses. En una ocasión desafió al capitán portugués, García Gutiérrez, porque trató a los españoles de corsarios y ladrones por ser aquellas tierras posesión del rey de Portugal. En contestación a tales insultos y para probar que los portugueses eran los usurpadores, le desafió Carquizano de persona a persona o de tantos a tantos, proposición que estuvo por aceptar el capitán portugués, estorbándoselo otros oficiales.

Pero merecen mención especial los valerosos hechos de Urdaneta. Venía en una ocasión, después de batir a un pueblo indio fundado sobre estacas altas como gavias de buque de ciento cincuenta toneles, con muchos prisioneros, y rechazó a ocho paraos portugueses, embarcaciones indígenas, con sólo dos con que él contaba, no siendo más que él y otro *castellano*, como rezan las crónicas oficiales. En otra, se presentaron en las costas de Tidor dos paraos portugueses. Salió Urdaneta con indios y ocho españoles a perseguirlos, huyendo los portugueses. Los siguieron detrás legua y media, pero se cansaron los remeros y queriendo volverse dispararon una pieza; mas el fuego halló descubierto un barril de pólvora, que se inflamó, quemando a varios españoles y quince indios, de los que murieron seis. Para librarse Urdaneta del tormento del fuego, se tiró al agua. Cuando quiso volver al parao nadando, no le alcanzó, porque los indios bogaban de huída y por más que hicieron no pudieron tomarlo y Urdaneta nadaba en vuelta de tierra. Los portugueses, al enterarse del accidente del

fuego, se dirigieron sobre el parao, y descubriendo al que andaba nadando, fueron hacia él disparándole muchos escopetazos que por fortuna no le acertaron. Cuenta Herrera que Urdaneta, durante algunos días, no habló palabra por el mucho humo que recibió por las narices y boca y tuvo bastante que curar de las llagas que le hizo el fuego; y Aganduru Móriz, historiador guipuzcoano, agrega que a causa de haberse abrasado el rostro, «quedó, mientras vivió, con notable fealdad».

Como hiciesen treguas con los portugueses y hubiesen éstos causado daños a indios amigos, fuése Urdaneta a ellos en una conoa con bandera blanca. Los indios no querían por desconfianza acercar la canoa al paraje ocupado por los portugueses, y Urdaneta se echó a nado, fué a tierra y les afeó su acción, de que se disculparon.

Varios portugueses, en son de paz, visitaron a Martín Iñíguez de Carquizano, y uno de ellos le dió veneno en una taza de vino, hecho confesado más tarde por los mismos portugueses. «Era Martín Iñíguez de Carquizano, escribe Herrera, valiente y hombre de buen consejo, liberal en sus ejecuciones, y afable, aunque algo colérico». Oviedo le llama «hombre sagaz y de grande ánimo. Verdad es, agrega, que como colérico era furioso y recio y con ímpetus algunas veces se aceleraba; pero por otra parte era de muy buena conversación y liberal en lo que había de hacer» Tenía un sobrino de nombre Martín García de Carquizano. Su muerte acaeció en 11 de julio de 1527. Le sucedió

en el mando de la fuerza Hernando de la Torre, montañés.

En un combate murió Martín de Somorrostro, al defender un pueblo de la isla de Maquián, cuyo rey quiso aliarse con los españoles, por cuyo motivo le atacaron los indios.

Se puso fin a estas luchas con la venta de las islas Molucas a Portugal en trescientos cincuenta mil ducados. Pero aun después de efectuada la negociación, los españoles continuaron allí sin poder volver a la Península por falta de recursos. Sólo eran siete de todos los de la expedición Loayza, y solicitaron fondos de los portugueses a cuenta del rey de España, y de este modo pudieron ponerse en camino.

Es muy interesante el relato que de su viaje de regreso hace Urdaneta, por las curiosas noticias que da acerca de las regiones que atravesó. Partió de las Molucas el 15 de febrero de 1535, en compañía de un mercader, Lisuarte Cairo, en un junco de éste, llegando a Banda el 5 de marzo. Salió de Banda en marzo y llegó a la ciudad de Panaruca, en la isla de Java, al mes siguiente. Es notabilísima y hermosa la descripción de esta isla, de sus productos y su comercio que era muy floreciente. Prosiguió el viaje y llegó a Malaca, donde permaneció de julio a noviembre. Era en aquel tiempo Malaca centro de activísimo comercio, donde concurrían los mercaderes de muchas regiones asiáticas e insulares con sus artículos. Continuando la ruta, pasó a Cochín, tocando antes en la isla Ceilán, embarcándose en una nave portuguesa y llegando a

Lisboa en junio de 1526. Antes de saltar a tierra, el guarda mayor le decomisó todos sus libros, mapas y papeles, que eran, dice Urdaneta, a más de la correspondencia de sus compañeros, «el libro de la contaduría de la nao en que fuimos a Maluco, con otro libro grande mío; e asimismo traíamos asentadas la islas de Maluco e Banda e otras islas en papel blanco, e después cerradas como cartas mensajeras por traerlas más disimuladas, las cuales también tomaron. Asimismo tomaron de la dicha caja la derrota que hicimos de aquí a Maluco, e por consiguiente la derrota que hizo la carabela que fué de la Nueva España—México—, con otras memorias e escrituras: lo cual todo tomó la dicha guarda mayor sin auto de escribano, ni nada, sino así de hecho».

Determinó quejarse de estos abusos al rey de Portugal y con este fin se encaminó a Ebora donde residía; pero allí le disuadió de su propósito al embajador de España, aconsejándole que se pusiera inmediatamente en camino, lo que ejecutó sin pérdida de tiempo, «dejando en Lisboa a una hija que traía de Maluco y otras cosas», circunstancia esta última que da a conocer que contrajo matrimorio en Maluco, pues lo de la existencia de la hija lo confiesa él mismo. Era Urdaneta, por este tiempo, de 28 años, más o menos, y dícese que el rey de Portugal tenía el propósito de asesinarle.

Dice Urdaneta al final de su exposición que para apreciar el valor de las islas de la Especiería, no había de tomarse en cuenta las especias que se traen

a Portugal, pues por cada arroba de éstas, «llevan a Armuz—Ormuz—que está a la entrada del mar de Persia, más de seis mil quintales de clavo, e años hay que venden más de diez mil, y más de seis mil de nuez moscada, y más de ochocientos quintales de masía, porque a Armuz van a comprar mercaderes moros que pasan a Arabia, e Persia e toda Asia hasta Turquía».

Ya tendremos ocasión de encontrarnos aún con este extraordinario y famoso marino, cuya vida y cuyos viajes no se han estudiado cual se debieran.

FIN DEL TOMO I

ÍNDICE

CAPITULO III

LOS VASCOS EN EL PRIMER VIAJE DE COLÓN

CAPITULO IV

JUAN DE LA COSA Y LA TRIPULACIÓN DE SU BARCO

CAPITULO V

SEGUNDO VIAJE DE COLÓN

CAPITULO VI

DESCUBRIMIENTO DEL CONTINENTE

CAPITULO VII

EL PRIMER MAPA DE AMÉRICA

CAPITULO VIII

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

CAPITULO IX

EL RÉGIMEN COLONIAL EN AMÉRICA

CAPITULO X

LA VIDA EN LAS COLONIAS

CAPITULO XI

LOS PRIMEROS POBLADORES

DE LA AMÉRICA CONTINENTAL

CAPITULO XII

DESCUBRIMIENTO DEL OCÉANO PACÍFICO

CAPITULO XIII

LA EXPEDICIÓN DE MAGALLANES

CAPITULO XIV

LA VUELTA AL MUNDO EN TRES AÑOS

CAPITULO XV

EL NAVÍO «VICTORIA»

CAPITULO XVI

NUEVA EXPEDICIÓN POR EL ESTRECHO DE MAGALLANES



Ispizua, Segundo de
Historia de los vascos en el descubrimiento

